

LA VIRGEN DEL MUNDO

DE

HERMES MERCURIUS TRISMEGISTUS

YO ISIS, SOY TODO LO QUE HA EXISTIDO, ESTO ES ASÍ, Y ASÍ DEBE SER,
Y NINGÚN MORTAL HA LEVANTADO MI VELO

Introducción y Notas:
Anna Bonus Kingsford &
Edward Maitland

Título del original: “The Virgin of the World of Hermes Mercurius Trismegistus”

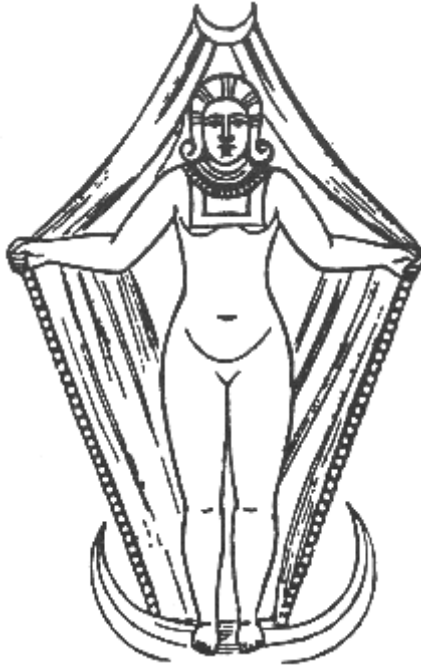
Traducción al castellano: Traduccions Maremagnum MTM S.L.

LA VIRGEN DEL MUNDO

PARTE I

Habiendo dicho esto, Isis vierte para Horus la dulce bocanada de la inmortalidad que las almas reciben de los Dioses, y así empieza el discurso más sagrado.

El cielo, coronado con estrellas, está situado encima de la naturaleza universal, Oh hijo mío, Horus, y no hay nada que le falte de aquello que constituye el mundo entero. Es necesario, entonces, que toda la naturaleza sea adornada y completada con aquello que está por encima, ya que este Orden no puede funcionar de abajo a arriba. La supremacía de los grandes misterios sobre los inferiores es imperativa. El orden celestial reina sobre el terrenal, ya que está absolutamente determinado y es inaccesible a la idea de la muerte. Entonces las cosas que están supeditadas al lamento se llenan de miedo ante la maravillosa belleza y la eterna permanencia del mundo divino. Porque es cierto que eran un espectáculo digno de contemplar y desear estas magnificencias del cielo, las revelaciones de Dios todavía desconocidas, y esta suntuosidad de la noche iluminada con un penetrante resplandor, aunque ciertamente menor al del cielo, y todos los otros misterios que se mueven en lo alto en una armoniosa cadencia, y gobiernan y mantienen las cosas que están por debajo mediante influencias secretas. Y mientras que el Arquitecto Universal se abstuvo de poner fin a este incesante miedo, a estas investigaciones ansiosas, la ignorancia envolvió el universo. Pero cuando Él creyó que era bueno revelarse al mundo, insufló a los Dioses el entusiasmo del amor, y vertió en sus mentes el esplendor que su pecho contenía, para que fueran primero inspirados con la voluntad de buscar, después con el deseo de encontrar, y finalmente con el deseo de modificar.



“YO, ISIS, SOY TODO LO QUE HA EXISTIDO, ESTO ES ASÍ, Y ASÍ DEBE SER, Y NINGÚN MORTAL HA LEVANTADO MI VELO”

[EN ESTE TRATADO SE REPRESENTA A LA DIOSA LEVANTÁNDOSE EL VELO]

Ahora, mi maravilloso hijo Horus, todo esto no podía pasar entre los mortales, ya que ellos no existían; pero tuvo lugar en el Alma universal en coalición con los misterios del cielo. Este era Hermes, el Pensamiento Cósmico. Él contemplaba el universo de las cosas, y habiendo visto, comprendió, y habiendo comprendido, tuvo el poder de manifestar y revelar. Aquello que él pensó, lo escribió; aquello que escribió, en parte lo escondió, en silencio, sabiamente y hablando en turnos, para que mientras que el mundo durara, estas cosas se buscaran. Y así, habiendo obligado a los Dioses, sus hermanos, a que siguieran su marcha, ascendió a las estrellas. Pero tuvo como sucesor a su hijo, y el heredero de sus conocimientos, Tat, y un poco más tarde a Asclepio, hijo de Imouthè, según los consejos de Pan y Hephaistos, y todos aquellos para quien la soberana Providencia reserva un conocimiento exacto de las cosas divinas.

Hermes entonces se justificó a sí mismo en presencia de aquellos que le rodeaban, ya que no había revelado por completo la teoría a su hijo, debido a su juventud. Pero yo, habiéndome levantado, pude contemplar con mis ojos, que ven los secretos invisible del

principio de las cosas¹⁶, y desde la distancia, pero con certeza, comprendí que los símbolos sagrados de los elementos cósmicos estaban escondidos cerca de los secretos de Osiris. Hermes volvió al cielo, habiendo pronunciado un discurso invocatorio.

No es adecuado, Oh hijo mío, que este recital se deje incompleto; debes estar informado de las palabras de Hermes cuando estableció sus libros “Oh sagrados libros”, dijo él, “de los Inmortales, vosotros en cuyas páginas mi mano ha grabado los remedios por los que la incorruptibilidad se confiere, permaneced para siempre fuera del alcance de la destrucción y la corrupción, invisibles y escondidos de todos aquellos que frecuentan estas regiones, hasta que llegue el día en que el antiguo cielo dé instrumentos dignos de ti, a los que el Creador llamará almas”.

Habiendo pronunciado sobre sus libros esta invocación, los envolvió con sus cubiertas, volvió a la esfera que le pertenecía, y todos ellos permanecieron escondidos por un tiempo suficiente.

Y la Naturaleza, Oh hijo mío, permaneció estéril hasta la hora en que aquellos a los que se les ordenó contemplar los cielos, avanzando hacia Dios, el Rey de todas las cosas, condenaron la inercia general, y afirmaron la necesidad de partir el Universo. Sólo Él podía llevar a cabo este trabajo.

“Te rogamos”, dijeron ellos, “que consideres aquello que ya existe, y aquello que es necesario para el futuro”.

Con estas palabras, el Dios sonrió benigno, y ordenó a la naturaleza que existiera. Y, fluyendo con su voz, lo FEMENINO se presentó con toda su belleza. Los Dioses, admirados, contemplaron esta maravilla. Y el gran Ancestro, vertiendo para la Naturaleza un elixir, le ordenó ser fértil; e inmediatamente, penetrando el universo con su mirada, gritó, “Deja que el cielo sea la plenitud de todas las cosas, y del cielo, y del éter”. Dios habló, y se hizo. Pero la Naturaleza, en comunión consigo misma, entendió que no debía transgredir el mandato del Padre, y, en unión con el Trabajo, produjo una hija muy bonita, a la que llamó Invención, y con cuya existencia Dios estuvo de acuerdo.

Y habiendo diferenciado las cosas creadas, las llenó de misterios, y les dio la orden de la Invención.

¹⁶ Esta frase es muy oscura, los participios están en la línea masculina, como si el autor hubiera olvidado que estaba hablando una Diosa. Creo que el texto de este pasaje ha sido alterado.

Entonces, como no quería que el mundo superior fuera inactivo, consideró adecuado llenarlo de espíritus, para que ninguna región permaneciera inmóvil y en inercia; y para llevar a cabo esta tarea utilizó su sagrado arte. Porque, sacando de sí mismo la esencia que era necesaria, y mezclándola con la llama intelectual, combinó estos con otros materiales mediante procedimientos desconocidos. Y habiendo conseguido a través de fórmulas secretas la unión de estos principios, dotó de movimiento a la combinación universal. Gradualmente, en medio del protoplasma, brilló una sustancia más sutil, pura y límpida que los elementos de los que se había generado. Era transparente, y sólo el Artista la percibía. Pronto, consiguió su perfección, sin ser derretida por el fuego, ni enfriada por el aliento, pero que poseía la estabilidad de una combinación especial, y que tenía su propio tipo y constitución. Le otorgó un nombre feliz, y de acuerdo con la similitud a sus energías, la llamó Conciencia.

De este producto formó las miríadas de las Almas, empleó la parte más selecta de la mezcla para el fin que tenía en mente, y procedió con orden y medida, de acuerdo con Su sabiduría y Su razón. Las almas no eran necesariamente diferentes, pero la parte más escogida, animada por el movimiento Divino, no era idéntica al resto. La primera capa era superior a la segunda, más perfecta y pura; la segunda, en verdad inferior a la primera, era superior a la tercera; y así hasta los sesenta grados, en que se completaba el número total. Solo, Dios estableció esta ley, que todos debían ser eternos de manera igual, ya que tenían una única esencia, cuyas formas sólo Él determinaba.

Trazó los límites de su estancia en las alturas de la naturaleza, para que movieran la rueda de acuerdo con las leyes del Orden y de la sabia discreción, para alegría del Padre.

Entonces, habiendo reunido en estas espléndidas regiones de éter las almas de todos los grados, les dijo: “Oh almas, hijos hermosos de mi aliento y de mi cuidado, vosotros a quien yo he producido con mis manos, para consagraros a mi universo, escuchad mis palabras como una ley: No dejéis el lugar que se os ha asignado según mi voluntad. La morada que os espera es el cielo, con sus galaxias de estrellas y sus tronos de virtud. Si intentáis cualquier transgresión contra mi decreto, juro por mi aliento sagrado, por este elixir del que os formé, y por mis manos creativas, que rápidamente forjaré cadenas para vosotros y arrojaré sobre vosotros un castigo”.

Habiendo hablado así, Dios, mi Maestro mezcló el resto de los elementos congeniales, tierra y agua, y mientras pronunciaba ciertas palabras potentes y místicas –aunque diferentes a las primeras– insufló en el protoplasma líquido movimiento y vida, lo hizo más grueso y más plástico, y formó de él seres vivientes de forma humana. Aquello que quedaba lo dio a las almas más nobles que habitaban la región de los Dioses en la zona de las estrellas, a las que se llaman Sagrados Genios. “Trabajad –dijo Él– hijos míos, hijos de mi naturaleza; tomad los residuos de mi tarea, y dejad que cada uno de vosotros haga seres a su imagen. Os daré modelos”.

Entonces tomó el Zodiaco y ordenó el mundo en conformidad con los movimientos vitales, y situó los signos animales después de aquellos de forma humana. Y después de haber dado aliento a las fuerzas creativas y generativas para todos los seres que quedaban aún por venir, Él se retiró, prometiendo unir a cada obra visible un aliento invisible y un principio reproductivo, para que cada ser engendrara a sus similares sin la necesidad de crear continuamente nuevas entidades¹⁷.

¿Y qué hicieron las almas, Oh Madre mía?

E Isis respondió: Tomaron el material mezclado, y empezaron a reflexionar sobre él, y a adorar esta combinación, el trabajo del Padre. Después, buscaron descubrir de qué estaba compuesto, y la verdad es que no era fácil de encontrar. Entonces, temiendo que esta búsqueda provocara el miedo del Padre se dispusieron a llevar a cabo sus órdenes. Así, tomando la parte superior del protoplasma, aquella que era más ligera, crearon de ella la raza de los pájaros. El compuesto era ahora más compacto y de consistencia más densa, formaron de él los cuadrúpedos; mientras que de la parte más gruesa que

¹⁷ Este recital de la creación de las almas recuerda al *Timæus* de Platón. Después de que todos los Dioses hubieran nacido, el Artífice del universo se dirigió a ellos de esta manera: “Dioses de dioses, de los que yo soy el Creador y Padre, y quien, formados por mí, sois según mi voluntad indisolubles, aprended lo que os digo ahora... Para que las naturalezas mortales existan, y el universo sea realmente universal, dedicaros de acuerdo con vuestra naturaleza a la formación de animales, imitad el poder que yo empleé en vuestra generación... Yo mismo arrojaré las semillas y los principios; y el resto tejed vosotros la naturaleza mortal e inmortal, construid y producid animales”. Esto dijo, y en la misma copa en que había mezclado y templado el alma del universo, vertió el residuo y lo mezcló de la misma manera, pero en una combinación menos pura que un segundo y tercer orden. Y habiendo constituido el Universo, otorgó almas a las estrellas en número igual, y distribuyó una a cada una; y haciendo que cada una montara su vehículo, les mostró la naturaleza del universo, y les enseñó las leyes del Destino.

[Debería añadirse, también, que esta leyenda, curiosa y grotesca como es en muchos de sus detalles, es también, de acuerdo con la Cábalá, que cuenta la historia premundana de las almas, su creación, su transgresión y su castigo, de una forma muy parecida. La creación del mundo visible por los “dioses trabajadores”, o Titanes, como agentes del Dios Supremo, es una idea rigurosamente Hermética, reconocible en todos los sistemas religiosos, y de acuerdo con la investigación científica moderna, que nos muestra en todas partes el Poder Divino que opera en secreto mediante las fuerzas naturales]. [A. K.]

necesitaba un vehículo húmedo como vehículo de soporte, hicieron los peces. Lo que quedaba, frío y pesado, lo utilizaron las almas para hacer los reptiles.

Inmediatamente, Oh hijo mío, orgullosos de su trabajo, no tuvieron miedo de transgredir la ley divina, y a pesar de la prohibición, se retiraron de los lugares que les habían sido asignados. Como no querían permanecer más en la misma morada, se movían incesantemente, el reposo les parecía la muerte¹⁸.

Pero, Oh Hijo mío – (así me habló Hermes) – su conducta no podría escapar al ojo del Señor de todas las cosas; Él se preocupó de castigarles, y de preparar para ellos lazos muy fuertes. El Gobernador y Maestro del universo decidió entonces como penitencia para las almas, moldear el organismo humano, y después de llamarme, dijo Hermes, Él me habló de esta manera: “Oh alma de mi alma, sagrado pensamiento de mi pensamiento, ¿por cuánto tiempo debe permanecer la Naturaleza terrenal triste? ¿Por cuánto tiempo debe la creación ya realizada permanecer inactiva y sin alabanzas? Trae aquí frente a mí a todos los Dioses del cielo”.

Así habló Dios, dijo Hermes, y todos obedecieron su decreto. “Mirad la tierra”, les dijo, “y todas las cosas que hay por debajo de ella”. Rápidamente miraron, y entendieron la voluntad del Señor. Y cuando Él les habló de la creación del Hombre, y preguntó a cada uno que podía ofrecerle a la raza que estaba a punto de renacer, el Sol contestó en primer lugar: “Yo iluminaré a la humanidad”. Entonces la Luna prometió a su vez iluminación, añadiendo que ella ya había creado previamente el Miedo, el Silencio, el Sueño y la Memoria. Cronos anunció que él había engendrado la Justicia y la Necesidad. Zeus dijo “para evitar a la futura raza guerras perpetuas, he generado la Fortuna, la Esperanza y la Paz”. Ares se declaró a sí mismo padre del Conflicto, el Celo impetuoso y la Emulación. No tardaron en invitar a Afrodita: “Respecto a mí, Oh Maestro”, dijo ella, “le concederé a la humanidad Deseo, con Alegría voluptuosa y Risa, que el castigo al que están destinadas nuestras hermanas las Almas no pese mucho en ellas”. Estas palabras de Afrodita, Oh hijo, fueron escuchadas con

¹⁸ Al leer esta alegoría, debe tenerse en cuenta que la palabra “Alma” se usa como término general para todos los Egos o Inteligencias, sean genios o hombres. Además, también debe considerarse que en estos Fragmentos, al igual que en las Escrituras hebreas, las mismas verdades se repiten bajo diferentes símbolos en diferentes pasajes. De ahí que la creación de la Naturaleza y de “las formas diferenciadas” haya sido descrita de diferente manera en diferentes párrafos, y todo el proceso de la evolución del Alma haya sido personificado en la fábula de la creación del protoplasma. El descenso en generaciones ocurre, de hecho, cuando los Titanes empiezan la manipulación de este protoplasma. El cuerpo humano, aunque sea el último en manifestarse, es el primero en intención Divina, y es la última causa de una serie de formas objetivas. Hablando Herméticamente, no hay nada en todo el universo excepto el Hombre. [A. K.]

felicidad. “y yo”, dijo Hermes, “otorgaré a la Naturaleza humana Sabiduría, Temperancia, Persuasión y Verdad, y no pararé de aliarme con la Invención. Protegeré siempre la vida mortal de aquellos hombres que hayan nacido bajo mi signo, viendo que el Creador y Padre ha atribuido en el Zodiaco signos de Conocimiento e Inteligencia; sobretodo, cuando el movimiento que mueve las estrellas esté en armonía con las fuerzas físicas de cada uno”¹⁹.

Él que es el Maestro del mundo se regocijó al oír estas cosas, y decretó la creación de la raza humana. Respecto a mí, –dijo Hermes– busqué qué material necesitaba ser empleado en esta obra, e invoqué al Señor. Él ordenó a las almas que soltaran el residuo de la sustancia protoplásmica, y después de haberla cogido, vi que estaba completamente seca. Entonces, usé un gran exceso de agua con la que renovar la combinación de la sustancia, de manera que el producto fuera soluble, flexible, y ligero, y que la Fuerza no pudiera añadirse allí a la Inteligencia. Cuando finalicé mi trabajo era hermoso, y me regocijé al verlo. Y desde abajo llamé al Señor para que contemplara lo que había hecho. Lo vio, y lo aprobó. Rápidamente me ordenó que las Almas se incorporaran, y estas se horrorizaron cuando vieron cuál era su condena.

Estas palabras, dijo Isis, me conmovieron. Por esto, hijo mío Horus, te enseño este misterio. Nuestro ancestro Kamephes lo aprendió también de Hermes, que inscribe el recital de todas las cosas; a su vez yo lo recibí del anciano Kamephes cuando me admitió en la invitación del velo negro²⁰; y tú de la misma manera, Oh maravilloso e ilustre hijo, recíbelo de mí.

Las almas estaban a punto de ser encarceladas en cuerpos, a lo que algunos suspiraron y se lamentaron, como cuando un animal salvaje y libre es de repente encadenado, en el primer momento de sujeción de servidumbre y ruptura de los estimados hábitos de la jungla, lucha y se rebela, rechazando seguir a su conquistador, y si la ocasión se presenta, matándolo. Otros, en cambio, silbaron como serpientes, o dieron rienda suelta a los gritos más desgarradores y a las palabras más afligidas, mirando sin esperanza de arriba a abajo.

¹⁹ Hereen ve en estas metáforas una alusión a la creación de Pandora en Hesiodo. Recuerdan también al pasaje en el Poimandres donde los Gobernantes de los Siete Planetas provocan que el hombre participe en su Naturaleza; una idea desarrollada también por Macrobius en su comentario en *El sueño de Scipio – Lib. L. cap. xii*.

²⁰ Canter traduce esto por *atramentum*, que significaría iniciación mediante la escritura, pero es posible que las cabezas de las personas iniciadas estuvieran cubiertas por un velo negro, o quizás aquí se refiere al velo de Isis.

“Grandes Cielos”, dijo uno, “principio de nuestro nacimiento, éter, aires puros, manos y sagrado aliento del Dios soberano, y vosotras, estrellas brillantes, ojos de los Dioses, incansable luz del Sol y de la Luna, nuestro temprano hermano, ¡qué dolor, qué rendición es esta! ¿Debemos abandonar estos grandes y fulgentes espacios, esta esfera sagrada, todos estos esplendores de la empírea y feliz república de los Dioses, para ser precipitados en estas viles y miserables moradas? ¿Qué crimen, Oh malditos, hemos cometido? ¿Cómo podemos habernos merecido, pobres pecadores que somos, los castigos que nos esperan? Contemplad el triste futuro preparado para nosotros – ¡estar sometidos a las necesidades de un cuerpo disoluble y fluctuante! ¡Nunca más distinguirán nuestros ojos las Almas divinas! Difícilmente entre estas esferas acuosas percibiremos, con suspiros, nuestro cielo ancestral; durante intervalos incluso dejaremos de verlo. Mediante esta desastrosa sentencia se nos niega la visión directa; sólo podemos ver con la ayuda de la luz externa; no son más que ventanas que poseemos– no ojos. Y no será nuestro dolor menor cuando oigamos en el aire el suspiro fraternal de los vientos con los que ya nunca más podremos mezclar los nuestros, ya que estos tendrán como morada, en vez del mundo abierto y sublime, la estrecha prisión de nuestro pecho. Tú, que nos conduces a esto y que provocas que un sitio tan alto descienda tanto, pon límite a nuestros sufrimientos. ¡Oh Maestro y Padre, tan pronto te vuelves indiferente a tu Trabajo, pon término a nuestra penitencia, dígnate a darnos unas últimas palabras, mientras podamos aún contemplar la expansión de las esferas luminosas!”.

Esta plegaria de las Almas fue concedida, hijo mío Horus, ya que el Señor estaba presente, y sentado en el trono, les habló así:

“Oh Almas; debéis estar gobernadas por el Deseo y la Necesidad; después de mí, estos deben ser vuestros Maestros y Guías. Almas, subordinadas a mi cetro que nunca falla, sabed que siempre que os mantengáis sin tacha habitaréis las regiones de los cielos. Si entre vosotros encontramos a alguno que merezca reproche, habitará la morada destinada a él en organismos mortales. Si vuestras faltas son leves, deberéis, salvados de los lazos de la carne, volver al cielo. Pero si os convertís en culpables de un crimen mayor, si os apartáis de los fines por los que habéis sido creados, entonces no habitaréis

ni en el cielo ni en los cuerpos humanos, sino que pasaréis a los de los animales sin razón”²¹.

Habiendo hablado así, Oh hijo mío Horus, él respiró sobre ellos y dijo “No se debe a la suerte que haya ordenado vuestro destino; si actuáis mal, será peor; será mejor si vuestras acciones son acordes a vuestro nacimiento. Seré yo y no otro quien será vuestro testigo y juez. Entended que es por vuestros errores en el pasado que debéis ser castigados y encerrados en cuerpos humanos. En cuerpos diferentes, como os he dicho, vuestro renacimiento será diferente. La disolución será un beneficio, que restaurará vuestra anterior condición. Pero si vuestra conducta no es merecedora de mí, vuestra prudencia, volviéndose ciega y guiándoos hacia atrás, os llevará a considerar buena fortuna aquello que en realidad es una reprimenda, y temer algo mucho mejor como si fuera una injuria cruel. Los más justos de vosotros deberán en sus transformaciones futuras aproximarse a lo divino, convirtiéndose entre los hombres, erguidos reyes, verdaderos filósofos, líderes y legisladores, verdaderos videntes, recolectores de plantas saludables, astutos músicos, astrónomos inteligentes, sabios augures, instruidos ministros: todos hermosos y buenos cargos; como entre los pájaros son las águilas que no buscan devorar a aquellos de su misma clase, y no permiten que los más débiles sean atacados en su presencia, porque la justicia está en la naturaleza del águila; entre los cuadrúpedos, el león, porque es un animal fuerte, indomable por el sueño, en un cuerpo mortal y que realiza trabajos inmortales, y por nada se cansa o se deja engañar; entre los reptiles, el dragón, porque él

²¹ Se ha cuestionado si la doctrina Hermética afirma la teoría hindú de la trasmigración, a saber –La posibilidad del pasaje del Ego culpable a formas menores a la del hombre. Considero que debemos admitir la ortodoxia de la doctrina, que, cuando se entiende correctamente, no conlleva ninguna paradoja. En el Divino Poimandres se expone claramente que si un alma humana continua siendo malvada “no probará ni la inmortalidad ni será partícipe de lo bueno, pero echada hacia atrás, volverá a las cosas que se arrastran, y esta es la condena de un alma manchada”. Así, Trismegisto, se apresura a explicar y matizar esta información añadiendo que esta calamidad no puede ocurrirle a ningún alma realmente humana –esto es, a un alma que posee la Mente divina, por mucho que haya caído en desgracia, porque siempre que el alma retenga este fuego viviente, es el alma de un hombre, y el hombre “no es comparable a ninguna bestia bruta de la tierra, sino a aquellas que están arriba en el cielo, que se llaman Dioses”. Pero hay una condición tan baja y perdida donde la llama divina se extingue, y el alma se queda oscura y sin Dios, ya no es un alma humana. “Y este alma, Oh Hijo”, dice Hermes, “no tiene Mente; *por lo tanto no puede ser llamada Hombre*”. Así pues, aunque es verdad que “ningún otro cuerpo es capaz de un alma humana, ni tampoco es justo para un alma humana caer en el cuerpo de un ser vivo no racional”, también es verdad que un alma privada de la Partícula Divina, que era lo único que la hacía humana, ya no es humana, y, siguiendo la ley universal de afinidad, gravita directamente al nivel adecuado, se hunde con sus semejantes y es arrojada a sus análogos. Sin embargo, cuando su purgación se ha cumplido, este Alma puede “venir a sí misma y decir, me alzaré e iré hacia mi Padre”. Algunos Rabinos han pensado que este significado oculto se encuentra escondido en la parábola del pródigo, siendo el cerdo considerado universalmente como una figura de lujuria y sórdido deseo. La doctrina Hermética, así interpretada, es idéntica a la de la Cábala en el mismo punto, como tendremos ocasión de ver en otro lugar, y también a las enseñanzas de Apollonius de Tyana. (v. *Perfect Way*, III, 21, etc.). [A. K.]

es potente, de larga vida, inocente, y amigo de los hombres, se deja domesticar, sin tener ningún veneno, y muere a mucha edad aproximándose a la naturaleza de los Dioses; entre los peces, los delfines, porque esta criatura tiene piedad de aquellos que caen al agua y los lleva a tierra si continúan vivos, y se abstiene de devorarlos si están muertos, aunque es el más voraz de todos los animales acuáticos”.

Con estas palabras, Dios se convirtió en una Inteligencia Incorruptible (esto es, reasume lo no manifiesto).

Después de estas cosas, hijo mío Horus, se alzó de la tierra un Espíritu sumamente potente, sin ninguna carga de envoltura corpórea, fuerte en sabiduría, pero salvaje y aterrador; aunque no podía ignorar el conocimiento que buscaba, al ver que el modelo humano era hermoso y augusto de aspecto, y que las almas estaban a punto de entrar en sus envolturas:

“¿Quién son estos”, dijo él, “Oh Hermes, Ministro de los Dioses?” “Estos son los hombres”, respondió Hermes. “Es un trabajo impetuoso”, dijo él, “hacer a los hombres con unos ojos tan penetrantes, una lengua tan sutil, un oído tan delicado que puede incluso oír aquellas cosas que no le afectan, una esencia tan fina, y en sus manos un sentido del tacto capaz de apropiarse de todo. Oh Espíritu generador, ¿Pensabas que sería bueno que estuviera libre de cuidado –este futuro investigador de los hermosos misterios de la Naturaleza? ¿Lo vas a dejar exento de sufrimiento –aquél cuyos pensamientos tratarán de averiguar los límites de la tierra? Los hombres arrancarán las raíces de las plantas, estudiarán las propiedades de los jugos naturales, observarán la naturaleza de las piedras, diseccionarán no sólo a los animales sino a sí mismos, deseando saber cómo fueron formados. Extenderán sus osadas manos sobre el mar, y, cortando la madera de la jungla salvaje, pasarán de una costa a otra buscándose los unos a los otros. Buscarán los secretos más recónditos de la Naturaleza incluso en sus alturas, y estudiarán los movimientos del cielo. No será esto suficiente, cuando ya no quede nada más por conocer que el más lejano límite de la tierra, buscarán incluso allí las últimas extremidades de la noche. Si no perciben ningún obstáculo, si viven libres de problemas, fuera del alcance de ningún miedo o ansiedad, ni el cielo podrá poner freno a su audacia; buscarán extender su poder sobre los elementos. Enséñales, entonces, el deseo y la esperanza, de una forma que conozcan asimismo el temor al accidente y a la dificultad, y el doloroso aguijón de la esperanza frustrada. Deja que la curiosidad de sus almas tenga como equilibrio el deseo y el miedo, el cuidado y la vana esperanza. Deja que sus

almas sean presas del amor mutuo, ahora satisfecho, ahora engañado, de tal manera que incluso la dulzura del éxito sea un presagio que les arroje hacia el infortunio. Deja que el peso de la fiebre les oprima, y rompe en ellos todo deseo”.

¿Sufres acaso, Horus, al oír este recital de tu madre? ¿La sorpresa y el asombro se apoderan de ti en presencia del mal que cae ahora sobre la humanidad? Lo que estás a punto de oír es todavía más triste. El discurso de Momos gustó a Hermes; consideró que su consejo era bueno, y lo siguió.

“¡Oh, Momos”, dijo él, “la naturaleza del aliento divino que envuelve todas las cosas no puede ser inútil! El Maestro del universo me ha encargado ser su agente y supervisor. La Deidad del ojo penetrante (Adrastia)²² observará y dirigirá todos los acontecimientos; y por mi parte, diseñaré un instrumento misterioso; una medida inflexible e inviolable, a la que todo estará sujeto desde el nacimiento hasta la destrucción final, y que será el lazo de las entidades creadas. Este instrumento gobernará aquello que esté en la tierra, y todo el resto”.

Es así –dijo Hermes– como hablé a Momos, e inmediatamente funcionó el instrumento. Rápidamente las almas se incorporaron y fui alabado por mi trabajo.

Entonces el Señor convocó de nuevo la asamblea de los Dioses. Se reunieron, y Él se dirigió a ellos de esta manera:

“Dioses, que habéis recibido una naturaleza soberana e imperecedera, y el influjo de la vasta eternidad, vosotros cuya función es mantener incesantemente la armonía mutua de las cosas, ¿durante cuánto tiempo debemos gobernar un imperio desconocido? ¿Durante cuánto tiempo ha de permanecer invisible la creación al sol y la luna? Dejemos que cada uno de nosotros desarrolle su función en el universo. Dejemos que con el ejercicio de nuestro poder pongamos fin a la cohesión de la inercia. Dejemos que el caos se convierta en una fábula, increíble para la posteridad. Inaugurad vuestros grandes trabajos; yo os dirigiré”.

Él habló, e inmediatamente la unidad Cósmica, hasta ahora oscura, se abrió, y en las alturas aparecieron los cielos con todos sus misterios. La tierra, hasta ahora inestable, se volvió más sólida bajo el brillo del sol, y se presentó adornada con envolturas de riqueza. Todas las cosas son hermosas a ojos de Dios, incluso aquellas que a los mortales les parecen faltas de

²² Este nombre parece haber sido una interpolación al margen, insertada en el texto por el copista. Sirve como clave para lo que sigue, Adrastia (o Némesis) es la personificación de la ley necesaria (o instrumento inflexible) de la que Hermes está a punto de hablar.

hermosura, porque todo está hecho de acuerdo con las leyes divinas. Y Dios se regocijó al contemplar sus obras llenas de movimiento; y con manos extendidas alcanzando los tesoros de la naturaleza. “Toma estos”, Él dijo, “¡Oh sagrada tierra, toma estos, Oh venerable, que debes ser la madre de todas las cosas, y en lo sucesivo no permitas que te falte nada!”

Con estas palabras, abriendo sus manos divinas, derramó sus tesoros en la fuente universal. Pero todavía eran desconocidos, pues las almas, nuevamente personificadas e incapaces de soportar su oprobio, buscaban rivalizar con los Dioses celestiales, y, orgullosas de su origen elevado, presumiendo de una creación igual a la de ellos, se revelaron. Entonces los hombres se convirtieron en su instrumento, opuestos los unos a los otros, e instigaron guerras civiles. Y así, la fuerza oprimió a la debilidad, los fuertes quemaron y masacraron a los débiles, y la carne y los muertos fueron expulsados de los lugares sagrados.

Entonces los elementos decidieron quejarse frente al Señor de la salvaje condición de la Humanidad. Como el mal era ya muy doloroso, los elementos fueron al Dios Creador, y le suplicaron de esta manera –siendo el fuego el primero en hablar²³:

“Oh Maestro”, dijo él, “Creador de este nuevo mundo, Tú quien tu nombre, misterioso entre los Dioses, ha sido hasta ahora venerado entre todos los hombres; ¿hasta cuándo, Oh Divinidad, has decretado dejar a la vida humana sin Dios? Revélate al mundo que te llama, corrige su existencia salvaje con la instauración de la paz. Concédete a la vida ley, concédete a la noche oráculos; llena todas las cosas con augurios felices, deja que el hombre tema el juicio de los Dioses, y que ningún hombre peque nunca más. Deja que los crímenes reciban su justo castigo, y los hombres se abstendrán de apartarse de la

²³ En el Libro de Enoch aparece una leyenda similar “Los Gigantes se volvieron hacia los hombres para devorarlos, y empezaron a hacer daño a los pájaros y a las bestias del campo y a los reptiles y peces; y devoraron de golpe su carne y bebieron su sangre. Cuando la tierra levantó su voz sobre los injustos,... y contra la perdición de los hombres, se oyó un grito que llegó hasta el cielo. Entonces, Miguel y Gabriel, y Souryan y Ouryan, miraron desde las alturas del cielo, y contemplaron la abundancia de sangre que se había derramado sobre la tierra, y toda la iniquidad que se había llevado a cabo, y se dijeron el uno al otro: La voz de su grito asciende, el clamor de la tierra se oye incluso en las puertas del cielo, y ante vosotros, Oh sagrados de los cielos, las almas de los hombres se quejan y dicen –Vénganos en presencia del Señor”. (VII. 14, 15; VIII. 8, 9; IX. 1, 2, 3).

[Ver también el primer libro de las Metamorfosis de Ovidio, V, VI, VII. En todas estas versiones la humanidad es conducida al mal y a la impiedad por los Gigantes, que son, en la enseñanza Hermética, considerados como las fuerzas mundanas más bajas, o “Ángeles caídos”. Son, probablemente, las primeras “almas” creadas mencionadas en uno de los primeros pasajes de la alegoría, y en otros lugares se les considera Demonios. Casi todos los poetas, ya sean hebreos, helénicos, hindúes, persas, nórdicos o cristianos, celebran la revuelta de los Gigantes contra el cielo. No es necesario recordar al lector que todas estas fábulas sagradas tienen una aplicación esotérica e individual, relacionada con el Microcosmos dentro del hombre, así como con el Macrocosmos o el mundo exterior. El texto es manifiestamente imperfecto]. [A.K.]

rectitud. Temerán violar los juramentos, y la locura llegará a su fin. Enséñales a tener gratitud ante los beneficios, y así consagraré mi llama a las ofrendas y libaciones puras, y los altares producirán para ti exhalaciones de dulces sabores. Ahora estoy contaminado, Oh Maestro, porque la temeridad impía de los hombres me fuerza a consumir carne. ¡Ellos no me permitirán permanecer en mi naturaleza; pervertirán y corromperán mi pureza!”

Cuando le llegó el turno habló el aire: “Yo estoy corrompido por el efluvio de los cadáveres, Oh Maestro; me convierto en pestilente e insano, y desde las alturas presencio cosas que no debería contemplar”.

Entonces el agua tomó la palabra, y habló de esta manera, Oh mi ilustre hijo:

“¡Padre y maravilloso Creador de todas las cosas, Divinidad encarnada, Autor de la Naturaleza que lo conduces todo, ordena a las aguas de los arroyos que sean siempre puras, pues ahora tanto los ríos como los mares están obligados a bañar al destructor y a recibir a sus víctimas!”

Entonces, al final, apareció la tierra, Oh glorioso hijo mío, y empezó así:

“Oh Rey, Jefe de los coros celestiales y Señor de sus órbitas. Maestro y Padre de los elementos que permiten crecer y decrecer a todas las cosas, y al que todos debemos volver; contempla como la impía e insensata tribu de los hombres me inunda; Oh Venerable, yo que según tus órdenes soy la morada de todos los seres, soportándoles y recibiendo en mi pecho a todos los caídos, este es mi reproche. Tu mundo terrestre en el que se contienen todas las criaturas está privado de Dios. Y como no veneran nada, transgreden cada ley y me abruman con todo tipo de trabajos malvados. Para mi vergüenza, Oh Señor, admito en mí el producto de la corrupción de los cadáveres de los animales. Pero yo, que recibo todas las cosas, recibiría de buen grado a Dios. Concédeme a la tierra esta gracia, y si no vinieras tú mismo, pues es verdad que yo no te puedo contener, déjame como mínimo recibir un sagrado efluvio de ti, deja que la tierra se convierta en el más glorioso de los elementos; y ya que es sólo ella la que nos da todas las cosas, podría ella venerarse a sí misma como receptora de tus favores”.

Así fue el discurso de los elementos, e inmediatamente Dios llenó el universo con su voz divina. “Ves”, dijo él, “sagrado hijo, merecedor de la grandeza de tu Padre, no busques

cambiar nada, y no rechaces dar tu ministerio a mis criaturas. Te mandaré un efluvio de mí mismo, un Ser puro que investigará todas las acciones, que será el temible e incorruptible juez de los vivos; una justicia soberana que extenderá su reino incluso en las sombras bajo la tierra. Así cada hombre recibirá su merecido”.

Inmediatamente los elementos pararon de quejarse, y cada uno de ellos volvió a asumir sus deberes y su influjo.

¿Y de qué manera, Oh madre mía, dijo Horus, obtuvo la tierra posteriormente el efluvio de Dios?

No contaré esta Natividad, dijo Isis; no me atrevo, Oh potente Horus, a declarar el origen de tu raza, por si los hombres pudieran aprender en el futuro la generación de Dioses. Sólo diré que el Dios Supremo, Creador y Arquitecto del mundo, acordó con la tierra, tu padre Osiris y la gran Diosa Isis, que trajeran la esperada Salvación. A través de ellos la vida consiguió todo su significado, las guerras salvajes y sangrientas acabaron; consagraron templos a sus ancestros los Dioses, e instituyeron oblaciones. Dieron a los mortales leyes, nutrición, y vestiduras. “Deberán leer”, dijo Hermes, “mis escritos místicos, y dividiéndolos en dos partes, deberán creerlos e inscribir en columnas y obeliscos aquellos que sean útiles para el hombre”. Los que instituyeron los primeros tribunales, establecieron en todas partes el reino de la justicia y el orden. Con ellos empezó la fe de los tratados, y la introducción en la vida humana de los deberes y los juramentos religiosos. Enseñaron los ritos de la sepultura hacia aquellos que dejan de vivir; interrogaron los horrores de la muerte; mostraron a los espíritus tristes como volver a sus cuerpos humanos, y que si el camino de entrada se les cierra, conduce a un fracaso de vida. Instruidos por Hermes, grabaron en tablas que el aire está lleno de genios. Instruidos por Hermes en las leyes secretas de Dios, sólo ellos fueron los profesores y legisladores de la humanidad, iniciándoles en las artes, las ciencias y los beneficios de la vida civilizada. Instruidos por Hermes en lo que respecta a las afinidades por compasión que el Creador ha establecido entre la tierra y el cielo, instituyeron representaciones religiosas y misterios sagrados. Y, considerando la naturaleza corruptible de los cuerpos, ordenaron la iniciación profética, para que el profeta que eleva sus manos a Dios fuera instruido en todas las cosas, y que de esta manera la filosofía y la magia nutrieran el alma, y que la medicina curara los sufrimientos de la carne.

Habiendo realizado todas estas cosas, Oh hijo mío, y viendo que el mundo llegaba a su esplendor, Osiris y yo fuimos llamados por los habitantes del cielo; pero no podíamos

volver allí sin haber alabado al Señor, para que la Visión celestial llenara la extensión, y que el camino de una ascensión feliz se abriera ante nosotros, ya que Dios se deleita en los himnos.

Oh madre mía, dijo Horus, enséñame estos himnos para que yo también sea instruido.

Escucha, hijo mío, contestó Isis....



PARTE II

Oh mi ilustre hijo, si quieres saber algo más, pregunta. Y Horus dijo, Reverenda Madre, me complacería saber cómo nacen las almas reales. E Isis contestó: Aquí, mi hijo Horus, se encuentra el carácter distintivo de las almas reales. En el Universo hay cuatro regiones, gobernadas por una ley fija e inmutable: el cielo, el éter, el aire, y la tierra más sagrada. Arriba, en el cielo, habitan los Dioses, gobernados como lo está todo el resto, por el Creador del universo; en el éter están las estrellas, gobernadas por el gran cielo, el sol; en el aire están las almas de los genios, gobernadas por la luna; en la tierra están los hombres y otros animales gobernados por el alma que, durante ese tiempo, es su rey. Porque los Dioses mismos engendran a aquellos que serán reyes de acuerdo con la raza terrestre. Las princesas son la descendencia de los reyes, y aquel que es más digno de ser rey, es un rey mayor que el resto²⁴. El sol, que está más cerca de Dios que la luna, es mayor y más fuerte que ella, y ella está sujeta a él tanto en rango como en poder. El rey es el último de los Dioses y el primero de los hombres. Mientras dure su estancia en la tierra, su parte divina está escondida, pero posee algo que lo distingue de los otros hombres y lo aproxima a Dios. El alma que hay en él procede de una región más elevada que aquella de la que provienen las almas de los hombres comunes. Las almas destinadas a reinar sobre la tierra descienden allí por dos motivos. Hay aquellas que en vidas anteriores han vivido sin tacha, y que merecen la apoteosis; para ellos esta realeza es una preparación para el estado divino. De nuevo, hay almas sagradas que, por algún leve incumplimiento de la ley interior y divina, reciben con la

²⁴ Esto no debe entenderse en el sentido vulgar de una mera monarquía terrenal, sino de almas cuyo destino es ser jefes y líderes entre los hombres, ya sea espiritualmente, intelectualmente o políticamente. [A. K.]

realiza una penitencia donde el sufrimiento y la pena de la encarnación están mitigados. La condición de estos es tomar un cuerpo que no se parece al de los otros; son tan bendecidas como cuando eran libres²⁵.

Respecto a las características de estos reyes, la variedad no está en sus almas, porque todas son reales, sino que se debe a la naturaleza de los ángeles y de los genios que los asisten. Porque las almas destinadas a estos cargos no están sin ministerio y compañía. La justicia celestial, incluso cuando los ha exiliado de la morada de los Bendecidos, los trata como corresponde a su naturaleza. Cuando, entonces, Oh hijo mío Horus, los ángeles del Señor y los genios designados son belicosos, el alma a su cargo toma este carácter, olvidándose del suyo propio, o más bien dejándolo aparte hasta un futuro cambio de condición. Si los ángeles de la guardia son de un orden noble, entonces el alma sigue sus pasos en paz; si son amigos de juzgar, entonces el alma juzga; si son músicos, entonces el alma canta; si aman de verdad, entonces el alma es filósofa. Así pues las almas siguen por fuerza las enseñanzas de sus guardianes; cayendo en cuerpos humanos predicen su estado real, y mientras están exiliados de él se aproximan alas inteligencias por las que han sido encarnadas.

Tu explicación es completa, madre mía, dijo Horus, pero no me has informado todavía sobre de qué manera nacen las almas nobles.

Hay en la tierra, Oh hijo mío, diferentes cargos. Lo mismo sucede entre las almas; ocupan diferentes puestos, y el alma que surge de una esfera más elevada es más noble que el resto, incluso como el que es libre entre los hombres, es más noble que el esclavo. Las almas elevadas y reales son necesariamente los maestros de los hombres.

¿Cómo nacen las almas, hombres o mujeres? Las almas, hijo mío Horus, son todas iguales en naturaleza, ya que vienen de una región donde el Creador las ha formado. No hay entre ellos ni hombres ni mujeres; esta distinción existe sólo en los cuerpos, y no entre los seres incorpóreos. Pero algunas son más energéticas, otras más suaves; y estas pertenecen al aire en que se forman todas las cosas. Porque un cuerpo etéreo envuelve el alma; en él están los elementos de la tierra, el agua, el aire y el fuego. Entre las mujeres esta combinación contiene más de frío y humedad que de sequedad y calor, y el alma que está envuelta allí es acuosa y está predispuesta a la blandura. Lo contrario sucede

²⁵ Este pasaje se refiere quizás, aunque de manera oscura, a los *Avâtars* de las almas que ya han conseguido la beatitud, aunque no la apoteosis. [A. K.]

entre los hombres; su envoltura contiene más de sequedad y calor, menos de frío y humedad; así en cuerpos tan formados las almas manifiestan más vivacidad y energía.

¿Y cómo, Oh madre mía, nacen las almas de los sabios?

E Isis contestó: El órgano de la visión está envuelto en túnicas. Cuando estas túnicas son gruesas y densas, la vista es opaca; cuando son buenas y sutiles, la vista es penetrante. Lo mismo sucede con el alma; ella también tiene sus coberturas, incorpóreas como ella misma. Estas coberturas son los aires interiores; cuando son sutiles, claras, y transparentes, entonces el alma es perspicua; cuando, por el contrario, son densas, gruesas y ampulosas, entonces ella no puede ver lejos, y sólo discierne, como en tiempo nublado, aquello que está justo delante de sus pasos.

Y Horus dijo: ¿Por qué razón, madre mía, son las almas de los hombres que no son de nuestro país sagrado menos abiertas que las almas de los que pertenecen allí?

E Isis contestó²⁶: La tierra está situada en medio del universo como un hombre estirado sobre su espalda y contemplando el cielo, y las varias regiones de la tierra corresponden a los diferentes miembros de los hombres. La tierra vuelve su mirada hacia el cielo como hacia su padre, siguiendo en sus cambios los cambios de los cielos. Su cabeza permanece al sur, su hombro derecho al este, el izquierdo está vuelto hacia el viento de Libia, sus pies están bajo la constelación del Oso, el derecho bajo la cola, y el izquierdo bajo la cabeza del Oso; su lomo está bajo las regiones del cielo más cercanas al Oso; la mitad de su cuerpo está bajo el centro del cielo. Contempla como prueba de estas cosas, como aquellos que habitan en el Sur tienen un semblante hermoso y pelo abundante; mientras que los orientales tienen manos fuertes en el conflicto y preparadas para el arco, pues son diestros; los occidentales son fuertes y luchan con la mano izquierda, atribuyendo al lado izquierdo las funciones que pertenecen en otros al derecho; aquellos que habitan bajo el Oso se distinguen por los atributos de sus pies, y la belleza de sus piernas; aquellos que habitan más allá del Oso en el clima de Italia y de Grecia destacan por la belleza de sus lomos, y de ahí su tendencia a preferir machos. Esta parte del cuerpo como también es más blanca que el resto, produce hombres de color más blanco. La región santificada de nuestros ancestros está en medio de la tierra, y como la mitad

²⁶ Creo que debe considerarse todo el pasaje que sigue como altamente metafórico, y relacionado con las distinciones ocultas y divisiones de las siete grandes razas de la humanidad. No es difícil interpretar las alusiones. [A. K.]

del cuerpo humano es el asiento del corazón, y el corazón del alma, este es el motivo, hijo mío, por el que el hombre de esta tierra, además de todas las cualidades que posee en común, también tiene una inteligencia y sabiduría superior, porque el corazón de la tierra le conduce y le nutre.

Además, hijo mío, el Sur es el almacén de las nubes; es allí donde se reúnen, y allí, según se dice, fluye nuestro río (el Nilo), cuando el frío es abundante. Ahora, donde las nubes descienden, el aire se convierte en más grueso y se llena de vapores que se expanden como un velo no sólo sobre la vista, sino también sobre la inteligencia. El Este, hijo mío Horus, está continuamente perturbado y brillando bajo el amanecer, como lo está el oeste por el anochecer; entonces, aquellos que habitan en estas regiones pueden difícilmente preservar una percepción clara. El Norte, mediante su temperatura glacial, espesa la mente igual que lo hace con el cuerpo.

Sólo la tierra central, clara y serena, está favorecida al igual que aquellos que la habitan. Da a luz en perpetua tranquilidad, adorna y completa a sus crías, lucha sola contra todos los otros, triunfa, y como un gobernador valioso comparte con los vencidos los frutos de la victoria.

Explícame más, mi augusta Madre, que es lo que causa en los hombres vivos durante largas enfermedades, una alteración del discernimiento, de la razón, incluso del alma misma.

E Isis contestó: Entre los animales hay aquellos que tienen afinidad con el fuego, otros con el agua, otros con la tierra, otros con el aire, otros otra vez con dos o tres elementos, o con los cuatro. O, de forma inversa, algunos sienten antipatía por el fuego, otros por el agua, otros por la tierra, otros por el aire, o de nuevo, por dos, tres o los cuatro elementos. Así, la langosta y toda clase de insectos huyen del fuego; el águila, el halcón, y otros pájaros de vuelo temen el agua; los peces tienen terror del aire y la tierra; la serpiente aborrece el aire abierto, y como todas las criaturas que se arrastran adoran el suelo; todos los peces se deleitan en lo profundo, los pájaros en el aire donde pasan su vida; aquellos que vuelan más alto se deleitan en el fuego (o el sol) y viven en sus inmediaciones. Hay incluso ciertas criaturas que se retozan en el fuego, como las salamandras que tienen su morada en él. Los elementos envuelven el cuerpo, y cada alma que habita un cuerpo está abrumada y encadenada por los cuatro elementos; entonces, es natural que el alma tenga afinidad con ciertos elementos y aversión por

otros, por lo que no puede gozar de una perfecta felicidad. Sin embargo, como el alma es de origen divino, lucha y medita incluso bajo esta cobertura corporal; pero sus pensamientos no son lo que serían si estuvieran libres del cuerpo. Y si el cuerpo estuviera perturbado y molestado por la enfermedad o el terror, el alma misma se agitaría como un hombre en medio de tempestuosas olas.



PARTE III

Me has dado una admirable instrucción, Oh Isis, la más potente de las Madres, sobre la maravillosa creación de las Almas por Dios, y estoy lleno de admiración; pero todavía no me has mostrado donde parten las almas libres de los cuerpos. De buen grado admiraría yo este misterio, y te daría a ti sólo las gracias por la iniciación.

E Isis dijo: Escucha, hijo mío, pues esta necesaria pregunta ocupa un lugar muy importante, y no debe ser olvidada. Escucha mi respuesta.

Oh gran y maravilloso descendiente del ilustre Osiris, no pienses que las almas al dejar el cuerpo se mezclan de forma confundida en la vaga inmensidad y se dispersan en el espíritu universal e infinito, sin poder para volver a sus cuerpos, preservar su identidad, o buscar de nuevo su morada primigenia. El agua que se derrama de un vaso no vuelve más a su lugar allí, no tiene su propia localidad, se mezcla con la masa de las aguas; pero no es así con las almas, Oh sabio Horus, yo estoy iniciada en los misterios de la naturaleza inmortal; ando en los caminos de la verdad, y te lo revelaré todo sin la mínima omisión. Y primero te diré que el agua, siendo un cuerpo sin razón, compuesto de miríadas de partículas fluidas, difiere del alma que es, hijo mío, una entidad personal, el trabajo real de las manos y de la mente de Dios, perdurable en inteligencia. Aquello que procede de la Unidad, y no de la multiplicidad, no se puede mezclar con otras cosas, y para que el alma se una al cuerpo, Dios sujeta esta armoniosa unión a la Necesidad.

Las almas, entonces, no vuelven confusamente, ni por casualidad, al mismo lugar, sino que cada una parte al lugar que le corresponde. Y este viene determinado por aquello

que el alma experimenta cuando todavía está en la vecindad del cuerpo, cargada con un peso contrario a su naturaleza. Escucha, entonces, esta comparación, Oh querido Horus; imagina que estuvieran encerrados en la misma prisión, hombres, águilas, palomas, cisnes, halcones, golondrinas, gorriones, moscas, serpientes, leones, leopardos, lobos, perros, liebres, bueyes; y ciertos animales anfibios, como focas, hidras, tortugas, cocodrilos, y que todas las criaturas fueran liberadas a la vez. De repente escaparían; el hombre buscaría ciudades y lugares públicos, las águilas el éter, donde la naturaleza les enseña como vivir, las palomas el aire bajo, los halcones la expansión más alta; las golondrinas se retirarían a los lugares frecuentados por los hombres; los gorriones al huerto, los cisnes a regiones donde pudieran cantar; las moscas seguirían las proximidades del suelo tan alto como las exhalaciones humanas se extienden, porque la propiedad de las moscas es vivir allí y revolotear sobre la superficie de la tierra; los leones y los leopardos huirían a las montañas, los lobos a las soledades; los perros seguirían los pasos de los hombres; las liebres se trasladarían a los bosques, los bueyes a los campos y a las praderas, las ovejas a los pastos; las serpientes buscarían las cuevas de la tierra; las focas y las tortugas se reunirían en las aguas poco profundas y constantes, para disfrutar, de acuerdo con su naturaleza, de la misma manera de la costa y de la profundidad de las aguas. Cada criatura volvería, conducida por su discernimiento interior, a la morada acorde a ellos. De esta manera, cada alma, ya sea humana o habite la tierra en otras condiciones, sabe dónde tiene que ir; a menos que, de veras, algún hijo de Tifón hiciera ver que un toro sobrevive en las aguas o una tortuga en el aire. Si, entonces, incluso cuando están inmersas en la sangre y en la carne, las almas no infringen la ley del orden, aunque estén bajo penitencia –porque la unión al cuerpo es una penitencia– ¡mucho mejor se ajustarán al lugar cuando sean liberadas de sus lazos y puestas en libertad!

Ahora, esta sagrada ley, que se extiende incluso en el cielo, es de esta manera, Oh ilustre hijo: ¡contempla la jerarquía de las almas! La extensión entre el empíreo y la luna está ocupada por los Dioses, las estrellas, y los poderes de la Providencia. Entre la luna y nosotros, hijo mío, está la morada de las almas. El aire imposible de medir, al que llamamos viento, tiene en sí mismo una forma encomendada en la que se mueve para refrescar la tierra, como yo voy a contarte sucesivamente. Pero este movimiento del aire sobre sí mismo no dificulta el camino de las almas, ni tampoco dificulta que asciendan y descendan sin obstáculo; vuelan a través del aire sin mezclarse con él, o sin confundirse en él, como el agua fluye sobre el aceite. Esta expansión, hijo mío, está dividida en

cuatro provincias, y en sesenta regiones. La primera provincia desde la tierra hacia arriba comprende cuatro regiones, y se extiende tan lejos como algunas cumbres o promontorios, que es incapaz de trascender. La segunda provincia comprende ocho regiones en que se levantan los movimientos de los vientos. Estate atento, hijo mío, porque has oído los misterios inefables de la tierra, de los cielos, y del sagrado fluido que se extiende entre ellos²⁷. En la provincia de los vientos vuelan los pájaros; encima de este no hay ningún aire que se mueva ni ninguna criatura. Pero el aire, con todos los seres que contiene se distribuye por todos los límites a su alcance, y entre los cuatro cuartos de la tierra, mientras que la tierra no puede levantarse en las mansiones del aire. La tercera provincia comprende dieciséis regiones llenas de elemento puro y ligero. La cuarta contiene treinta y dos regiones en las que el aire, completamente ligero y diáfano, se deja penetrar por el elemento del fuego. Este es el orden que, sin confusión, reina de las profundidades a las alturas; –a saber, cuatro divisiones generales, doce intervalos, sesenta regiones, y en estas habitan las almas, cada una de acuerdo con la naturaleza que le corresponde. Son en verdad todas de una sustancia, pero constituyen una jerarquía; y cuanto más está una región apartada de la tierra, más alta es la dignidad de las almas que la habitan.

Y ahora queda por explicarte, Oh glorioso Horus, cuáles son las almas que habitan en cada una de estas regiones, y esto es lo que voy a exponer, empezando por las más elevadas.

El espacio que se extiende entre la tierra y el cielo se divide en regiones, hijo mío Horus, de acuerdo con la medida y la armonía. A estas regiones nuestros ancestros les han dado varios nombres; algunos las llaman zonas, otros firmamentos, otros esferas. Allí habitan las almas que son liberadas del cuerpo, y aquellas que todavía no se han incorporado. Las estaciones que ocupan dependen de su dignidad. En la región superior se encuentran las almas divinas y reales, las almas más innobles –aquellas que flotan sobre la superficie de la tierra– están en la esfera más baja, y en las regiones medias están las almas de grado ordinario. Así, hijo mío, las almas destinadas a gobernar descenden de las zonas superiores, y cuando están liberadas del cuerpo, allí regresan, o incluso más alto, a menos que hayan actuado de manera contraria a la dignidad de su naturaleza y de las leyes de Dios. Porque si las han transgredido, la Providencia desde

²⁷ Esta pista es suficiente para entender que Isis habla en un lenguaje metafórico. La descripción entera debería entenderse como aplicable igualmente al macrocosmos y al microcosmos, considerando como un alma la conciencia de cada partícula constituyente en el sistema del hombre. [A. K.]

arriba las obliga a descender a las regiones más bajas de acuerdo con la medida de sus faltas; y de esta misma manera también conduce a otras almas, inferiores en poder y dignidad, de las esferas bajas a una morada más elevada. Porque arriba habitan dos ministros de la Providencia universal; uno es guardián de las almas, el otro es su director, que las envía a su lugar y predestina para ellas un cuerpo. El primer ministro las vigila, el segundo las libera o las ata de acuerdo con la voluntad de Dios.

De esta manera la equidad preside los cambios que tienen lugar arriba, de la misma forma que en la tierra moldea y construye los recipientes en que se encierra a las almas. Esta ley está complementada por dos energías, la Memoria y la Experiencia. La Memoria dirige en la naturaleza la preservación y el mantenimiento de todos los tipos originales adjudicados en el cielo; la función de la Experiencia es dotar a cada alma que descende a la generación de un cuerpo apropiado; de manera que las almas apasionadas tendrán cuerpos vigorosos; almas perezosas tendrán cuerpos gandules; almas activas cuerpos activos; almas gentiles cuerpos gentiles, almas poderosas cuerpos poderosos; almas astutas cuerpos hábiles; –en resumen, que cada alma tenga una naturaleza que se le adecue. Porque no es sin motivo justo que las criaturas voladoras están vestidas de plumas; que las criaturas inteligentes están dotadas de sentidos mejores y superiores a los de las otras; que las bestias del campo están dotadas de cuernos, colmillos, garras y otros instrumentos; que los reptiles están dotados de cuerpos ondulantes y flexibles, y a menos que su naturaleza húmeda les convierta en débiles, están armados con dientes o con escamas puntiagudas, de manera que están, menos que los otros, en peligro de muerte. Respecto a los peces, estas almas tímidas tienen asignadas como sitio donde vivir este elemento donde la luz está privada de su doble actividad, porque en el agua, el fuego ni ilumina ni quema. Cada pez, nadando con la ayuda de su espinosa aleta, huye donde quiere, y su debilidad está protegida por la oscuridad de la profundidad. Así las almas están enclaustradas en cuerpos que se parecen a ellas; en forma humana, aquellas almas que han recibido razón; en criaturas voladoras, almas de naturaleza salvaje; en bestias, almas sin razón, cuya única ley es la fuerza; en reptiles, las almas tramposas, pues no atacan a su presa cara a cara, sino con emboscadas; mientras que los peces consagran esas almas tímidas que no merecen el disfrute de otros elementos.

En cada orden animal hay individuos que transgreden las leyes de su ser.

¿De qué manera, madre mía? dijo Horus.

E Isis respondió: De esta manera: Un hombre que actúa contra la razón, una bestia que elude la necesidad, un reptil que se olvida de su astucia, un pez que pierde su timidez, un pájaro que renuncia a su libertad. Has oído lo que debía decirse respecto a la jerarquía de las almas, su descenso, y la creación de sus cuerpos.

Oh hijo mío, en cada orden de almas se encuentran unas pocas almas reales, y de diversos caracteres: algunas fieras, algunas frías, algunas orgullosas, algunas gentiles, algunas astutas, algunas simples, algunas contemplativas, algunas activas. Esta diversidad pertenece a las regiones de donde descienden a los cuerpos.

¿Y cómo, dijo Horus, denominas a estas realezas?

Oh hijo mío, el rey de las almas que ha existido hasta ahora es tu padre Osiris; el rey de los cuerpos es el príncipe de cada nación, el que gobierna. El rey de la sabiduría es el Padre de todas las cosas; el iniciador es el tres veces grande Hermes; sobre la medicina preside Asclepio, el hijo de Hefesto; la fuerza y el poder están bajo el influjo de Osiris, y después de él, bajo el tuyo, hijo mío. La filosofía depende de Arnebaskenis; la poesía, otra vez, de Asclepio, el hijo de Imouthè. Entonces, si piensas en ello, verás que hay muchas realezas y muchos reyes.

Pero la realeza suprema pertenece a la región más alta; parentescos menores corresponden a las esferas que les dan a luz. Aquellos que provienen de la esfera más encendida tocan el fuego; aquellos que vienen de la zona acuosa frecuentan las esferas líquidas; en la región del arte y el aprendizaje han nacido aquellos que se dedican al arte y a la ciencia; de la región de la inactividad, aquellos que viven en la calma y la pereza. Todo aquello que se hace y se dice en la tierra tiene su origen en las alturas, donde se otorga a todas las esencias medida y equilibrio; como tampoco hay nada que no emane de arriba que no vuelva allí.

Explícame esto que dices, Oh madre mía.

E Isis contestó: Una prueba evidente de estos intercambios ha sido estampada en todas las criaturas por la sagrada Naturaleza. El aliento que tomamos del aire superior lo exhalamos y otra vez lo inhalamos mediante unos pulmones que realizan esta función dentro nuestro. Y cuando el camino para recibir nuestro aire se cierra, no permanecemos

más en la tierra; partimos allí. Además, Oh mi glorioso hijo, hay otros accidentes por los que puede destruirse el equilibrio de nuestra combinación²⁸.

¿Cuál es, entonces, esta combinación, Oh Madre mía?

Es la unión y la adición de los cuatro elementos, de donde emana un vapor que rodea el alma, penetra en el cuerpo y comunica a ambos su carácter. Así se producen variedades entre las almas y los cuerpos. Si en la composición de un cuerpo domina el fuego, entonces el alma, siendo ya de una naturaleza ardiente, recibe de esta manera un exceso de calor que la convierte en la más energética y furiosa, y al cuerpo en el más vivaz y activo. Si domina el aire, el cuerpo y el alma de la criatura son entonces inestables, errantes e inquietos. La dominación del agua provoca que el alma sea blanda, afable, simple y fácilmente moldeable, porque el agua se dobla y se mezcla cómodamente con las otras cosas, las disuelve si es abundante, y las humedece y las penetra si es menor en cantidad. Un cuerpo ablandado por demasiada humedad ofrece una débil resistencia, una ligera enfermedad lo desintegra, y poco a poco disuelve su cohesión.

De nuevo, si el elemento de la tierra lo domina, el alma es obtusa, porque al cuerpo le falta sutileza, y no puede buscar un camino a través de la densidad de su organismo. Entonces, el alma permanece encerrada en sí misma, aplastada por el peso que soporta, y el cuerpo es sólido, inactivo y pesado, y se mueve sólo con esfuerzo.

Pero si los elementos están todos en justo equilibrio, entonces la naturaleza entera es ferviente en sus acciones, sutil en sus movimientos, fluida en sus sensaciones, y de constitución robusta. De la predominancia del aire y el fuego nacen los pájaros, cuya naturaleza se parece a la de los elementos que lo generan. Los hombres están dotados de una abundancia de fuego unida a un poco de aire, y de agua y tierra en partes iguales. Este exceso de fuego se convierte en sagacidad, viendo que la inteligencia es un tipo de llama, que no consume, sino que penetra. La predominancia de agua y tierra con una adición suficiente de aire y un poco de fuego engendra a bestias; aquellas que están dotadas de más fuego que el resto tienen más coraje. El agua y la tierra en cantidades iguales dan lugar a los reptiles, que, privados de fuego no tienen coraje ni sinceridad, mientras que el exceso de agua los convierte en fríos, el de tierra, en sórdidos y pesados, y la falta de aire hace sus movimientos difíciles. Mucha agua con poca tierra produce

²⁸ Isis habla aquí no como Diosa, sino como mortal. [A.K.]

peces; la ausencia de fuego y tierra en ellos les causa la timidez, y los dispone a permanecer escondidos, mientras que la predominancia de agua y tierra en su naturaleza les aproxima por afinidad natural a la tierra disuelta en agua. Además, a través del incremento proporcional de los elementos que compone el cuerpo, el cuerpo mismo se incrementa, y su desarrollo cesa cuando se consigue la medida plena. Y siempre que, querido hijo, se mantenga el equilibrio en la combinación primitiva y en los vapores que se elevan de ellos, esto es, siempre que la proporción normal de fuego, aire, tierra, y agua permanezca inalterada, la criatura continuará en un estado de salud. Pero si los elementos se desvían de la proporción determinada originalmente – (no hablo ahora del crecimiento de actividades, ni de lo que resulta de un cambio de orden, sino de la ruptura del equilibrio, ya sea por adición o disminución de fuego o de otros elementos) – es cuando la enfermedad sobreviene. Y debería el aire y el fuego, cuya naturaleza es una con la del alma misma, prevalecer en el conflicto, entonces, mediante la dominación de estos elementos, destructores de la carne, la criatura abandona su propio estado. Porque el elemento de la tierra es el pábulo del cuerpo, y el agua con el que está impregnado contribuye a consolidarlo; pero es el elemento aéreo el que le confiere movimiento, y el fuego engendra todas las energías. Los vapores producidos por la unión y combinación de estos elementos mezclándose con el alma, como si fuera por fusión, la llevan con ellos, y la visten con su propia naturaleza, sea buena o mala. Siempre que permanezca en esta asociación natural el alma mantiene el rango que ha conseguido. Pero si sucediera un cambio, ya sea en la combinación misma o en cualquiera de sus partes o subdivisiones, los vapores, al alterar su condición, alterarían de la misma manera las relaciones entre el alma y el cuerpo; el fuego y el aire, aspirando hacia arriba, se llevan consigo el alma, su hermana, mientras que los elementos del agua y el fuego, que tienden hacia la tierra como el cuerpo, le ponen un lastre y la aplastan.

FIN DE LA VIRGEN DEL MUNDO



UN TRATADO DE INICIACIONES O ASCLEPIO

PARTE I

Hermes:

Es Dios quien te ha traído a nosotros, Asclepio, para que así puedas asistir a un discurso divino, y uno que va a ser el más verdaderamente religioso de todos los que hayamos tenido, o por el que nosotros hayamos sido inspirados desde lo alto. Cuando lo hayas comprendiendo estarás en posesión de todas las bendiciones, —si es que hay verdaderamente varias, y no es más correcto decir que sólo hay una bendición que las comprende todas. Pues cada una de ellas está unida a la otra; todas son derivadas de una y sólo hacen una, para que sus mutuos lazos hagan las separaciones imposibles. Esto es lo que comprenderás al prestar atención a lo que nosotros estamos a punto de decir²⁹. Pero primero, Asclepio, vete por un momento y busca a otro oyente para nuestro discurso.

[Asclepio propone llamar a Amón].

No hay objeción a la presencia de Amón entre nosotros, dice Trismegisto. No he olvidado que ya me he dirigido a él, como a un querido hijo, en varias escrituras sobre Naturaleza y otros temas relacionados con el aprendizaje esotérico. Pero es tu nombre, Asclepio, el que yo inscribiré al principio del presente tratado. Y no llames a otra persona más que a Amón. Pues el discurso sobre los más sagrados temas de religión sería profanado por una audiencia demasiado numerosa. Es una impiedad dar a conocer a un gran número, un tratado lleno de majestad divina.

[Amón entra en el santuario, y completa el sagrado cuarteto³⁰, lleno de la presencia de Dios. La invitación al devoto silencio viene de los labios de Hermes, y en presencia de

²⁹ Es la indiscriminada revelación de los misterios espirituales a aquellos que, por su exclusiva condición carnal, son incapaces de apreciar y reverenciarlos, lo que fue llamado por Jesús “tirando perlas ante el cerdo”. [A. K.]

³⁰ El cuarto es Tatios, hijo de Trismegisto. Todos los discursos requieren —por razones ocultas— la presencia de un mínimo de cuatro personas. Los cuatro presentes representan las cuatro grandes divisiones de la existencia, y constituyen un epítome del universo. “La forma del cuarto es como el hijo de Dios”, exclama Nabucodonosor en la alegoría Hermética de Daniel, representando la transmutación —en vez de la esperada destrucción— de los elementos terrestres del Hombre bajo la fiera ordalía alquímica del sufrimiento. [A.K.]

las atentas almas que quedan suspendidas por sus palabras, el divino Amor comienza así³¹]:

Cada alma humana, Asclepio, es inmortal; pero esta inmortalidad no es uniforme. Difiere tanto en modo como en duración.

Asclepio:

Es porque las almas, Trismegisto, no son de la misma calidad.

Hermes:

¡Qué rápido comprendes la razón de las cosas, Asclepio! Aún no he dicho que todo es uno y uno es todo, pues todas las cosas estaban en el Creador antes de la creación y podemos llamarlas a todas Él, pues todas son partes de Él. Por lo que, durante todo este discurso, ten presente a Él que es Uno y Todo, el Creador de todas las cosas.

Todo descende del cielo a la tierra, en el agua, en el aire: sólo el fuego es vivificante, pues tiende hacia arriba; y lo que tiende hacia abajo está subordinado a ello. Aquello que descende desde lo alto es generativo; lo que emana y crece es nutritivo. La tierra, sostenida por sí misma, es el receptáculo de todas las cosas, y reconstruye los tipos que ella recibe. Aquel Ser Universal que contiene todo y que es todo, pone en movimiento el alma y el mundo, todo lo que la naturaleza comprende. En la múltiple unidad de la vida universal, las innumerables individualidades distinguidas por sus variaciones, son, en cambio, unidas de tal manera que el todo es uno, y que todo procede de la unidad.

Ahora, esta unidad, que constituye el mundo, está formada por cuatro elementos: fuego, agua, tierra, y aire: –un solo mundo, una sola alma, un único Dios. Ahora préstame todo el poder y toda la penetración de tu pensamiento; pues la idea de Divinidad, que no puede ser concebida salvo por asistencia divina, se asemeja a un rápido arroyo precipitándose progresivamente con impetuosidad, y con frecuencia, por tanto, deja atrás la atención de los oyentes, e incluso a aquel que la enseña.



³¹ Esta identificación de Hermes con Eros –la única instancia que el Dr. Ménard dice que ha encontrado en la literatura– concuerda con el axioma Hermético: “Amor y Sabiduría son Uno”. [A.K.]



PARTE II

El cielo —declara Dios— regula todos los cuerpos. Su crecimiento y decadencia están determinados por el sol y la luna. Pero Él que dirige el cielo —el alma misma y todo lo que existe en el mundo— es el Gran Dios, el Creador.

Desde las alturas donde Él reina descienden innumerables influencias que se extienden alrededor del mundo, dentro de todas las almas tanto generales como particulares, y en la naturaleza de las cosas.

El mundo ha sido preparado por Dios para recibir todas las formas particulares. Haciendo estas formas por medio de la Naturaleza, Él ha ascendido el mundo al cielo a través de los cuatro elementos.

Cada cosa está en concordancia con los designios de Dios; pero aquello que se origina desde lo alto ha sido separado en individualidades de la siguiente manera. Los tipos de todas las cosas siguen sus (representativas) individualidades de tal manera que el tipo es un todo; el individuo es parte del tipo.

Así los Dioses constituyen un tipo, los genios también. De igual manera, el hombre, los pájaros, y todos los seres que el mundo contiene, constituyen tipos que reproducen individualidades asemejándose a ellos.

Aún hay otro tipo, sin sensación, pero no sin alma. Consiste en esos seres que se sostienen en la tierra a través de raíces. Individualidades de este tipo se encuentran en todas partes.

El cielo está lleno de Dios. Los tipos de los que hemos estado hablando tienen su morada extendiéndose hacia aquellos seres cuya individualidad es inmortal. Pues la individualidad es una parte del tipo, como, por ejemplo, el hombre es parte de la humanidad; y cada uno sigue el carácter de su tipo. De ahí que, mientras todos los tipos son imperecederos, las individualidades no sean todas imperecederas.

La Divinidad forma un tipo en que todas las individualidades son inmortales como ella misma. Entre otros seres, la eternidad sólo pertenece al tipo: el individuo perece, y sólo se perpetúa por reproducción. Hay, entonces, algunas individualidades mortales. Así el hombre es mortal, la humanidad es inmortal.

Sin embargo, individuos de todos los tipos se mezclan con todos los tipos. Algunos son primitivos; otros son producidos por estos, por Dios, por los genios, por el hombre, y todos se asemejan a sus tipos respectivos.

Pues los cuerpos sólo pueden ser formados por la voluntad divina; las individualidades no pueden ser caracterizadas sin la ayuda de los genios; la educación y el entreno de los animales no puede ser conducido sin los hombres.

Todos esos genios que han abandonado su propio tipo, y se han unido a la individualidad en una individualidad del tipo divino, son reconocidos como vecinos y socios de los Dioses.

Los genios que conservan el carácter de su tipo, y son llamados de forma apropiada genios, aman aquello que se relaciona con la humanidad. El tipo humano se asemeja, o incluso sobrepasa, su carácter; pues la individualidad de lo humano es múltiple y variada, y resulta de la asociación mencionada antes. Es la unión indispensable entre casi todas las otras individuales.

El hombre que tiene afinidad con los Dioses a través de la inteligencia que comparte con ellos, y a través de la piedad, está próximo a Dios. El que tiene afinidad con los genios se aproxima a ellos. Aquellos que están satisfechos con la mediocridad humana se mantienen como parte del tipo humano. Otras individualidades humanas serán vecinas de los tipos o individualidades con los que ellos tendrán afinidad.



PARTE III

El hombre, entonces, Asclepio, es una gran maravilla; una criatura merecedora de respeto y adoración. Porque en medio de esta divina Naturaleza se mueve como si él mismo fuera un Dios. Él sabe la orden de los genios, y, como sabe que él es del mismo origen, desprecia el lado humano de su ser para atarse exclusivamente a su lado divino.

¡Qué felizmente constituida y cerca de los Dioses está la humanidad! Al unirse con lo divino, el hombre desprecia lo que tiene en él de terrestre; se conecta con un lazo de amor a todos los otros seres, y por eso se siente necesario para el orden universal. Contempla el cielo; y en esta esfera mediana en la que habita, ama todo lo que está por debajo suyo, y es querido por todo lo que está por encima suyo. Cultiva la tierra; toma prestada la velocidad de los elementos; su penetrante pensamiento profundiza en las profundidades del océano. Todo está claro para él. El cielo no le parece tan alto, puesto que el conocimiento le levanta hacia él. El brillo de su mente no está oscurecido por las gruesas nieblas del aire; la gravedad de la tierra no es un obstáculo para sus esfuerzos; la profundidad del mar no le molesta; lo incluye todo y permanece en todas partes igual.

Todos los seres animados tienen unas raíces que pasan por debajo de la tierra; los seres inanimados, en cambio, tienen una sola raíz que pasa de abajo arriba y aguanta una

floresta de ramas completa. Algunas criaturas se nutren de dos elementos, otras sólo de uno. Hay dos clases de alimentos para las dos porciones de una criatura –una para el alma y otra para el cuerpo. El alma del mundo se sostiene por un movimiento perpetuo. Los cuerpos se desarrollan por medio del agua y la tierra, los alimentos del mundo inferior. El espíritu que lo llena todo, se mezcla con todo, y vivifica todo, añade conciencia a la inteligencia, que, por un privilegio particular, el hombre toma prestada del quinto elemento, el éter. En el hombre, la conciencia ha sido creada para alcanzar el conocimiento del orden divino.

Ya que soy conducido a hablar de la conciencia, en breve voy a exponeros su funcionamiento, que es grande y sagrado como el de la divinidad misma. Pero dejemos primero completar la exposición ya iniciada. Estaba hablando de la unión con Dios –un privilegio que sólo conceden a la humanidad. Sólo unos pocos hombres tienen la alegría de crecer hasta la percepción de lo Divino que subsiste sólo en Dios y en la inteligencia humana.

Asclepio:

¿Entonces, no todos los hombres son conscientes de forma similar, Trismegisto?

Hermes:

No todos, Asclepio, tienen la verdadera inteligencia. Son engañados cuando ellos mismos sufren al ahogarse ante la imagen de las cosas, sin buscar la verdadera razón de ellas. Es por esto que se produce el demonio en el hombre; y que la primera de todas las criaturas se rebaja a sí misma hasta el nivel de las bestias.

Pero os hablaré de la conciencia y de todo lo que le concierne cuando llegue a mi exposición de la mente. Pues el hombre en sí es una criatura dual. Una de cuyas partes es solitaria, y, como dicen los griegos, esencial; esto es, formada tras la semejanza divina. La parte que los griegos llaman Cósmica –es decir, perteneciente al mundo– es cuádruple y constituye el cuerpo, que, en el hombre, sirve como un envoltorio del principio divino. Este principio divino, y lo que le pertenece, la percepción de la pura inteligencia, se ocultan tras la exuberancia del cuerpo³².

³² Los cinco elementos del Microcosmos están aquí nombrados según los cinco elementos que los griegos concedían al Macrocosmos: tierra, agua, aire, fuego, y éter. Trismegisto dice que el hombre



PARTE IV

Asclepio:

¿Por qué, entonces, Oh Trismegisto, era necesario que el hombre fuera puesto en el mundo, en vez de donde Dios está, para habitar con Él en suprema beatitud?

Hermes:

Esta pregunta es natural, Oh Asclepio, y pido a Dios que me asista para poder responder a ella, pues todo depende de su voluntad, especialmente esas grandes cosas que en este momento son el tema de nuestra interrogación; escúchame, entonces, Asclepio. El Señor y Autor de todas las cosas, a quien llamamos Dios, trajo afuera un segundo Dios, visible y consciente; le describo así, no porque él mismo tenga sensibilidad, pues este no es el lugar para tratar dicha cuestión, sino porque Él es perceptible por los sentidos. Habiendo, pues, producido a este único Ser que tiene el rango primero entre todas las criaturas y el segundo después de sí mismo, Él encontró su producción bella y llena de todo género de bien, y la amó como a su propio hijo³³. Quiso, entonces, que otro pudiera ser capaz de contemplar ese Ser tan excelso y tan perfecto al que Él había sacado fuera de sí mismo, y con este fin creó al hombre, dotado de razón e inteligencia.

obtiene su inteligencia del “éter –el quinto elemento”. Trismegisto incluye en el cuerpo las porciones físicas, la conciencia exterior, las fuerzas magnéticas, y la mente sensible o mundana. En el quinto elemento incluye la parte inmortal –el alma y el espíritu; ya que habla de “el principio divino y *lo que le pertenece*– las percepciones de la inteligencia pura”. El alma, como ya hemos visto en la “Virgen del mundo”, es el principio perceptor del hombre; el espíritu es la luz divina por medio del cual puede ver. Es aconsejable en este punto, señalar en vistas a una mejor comprensión de lo que continuará, que la doctrina Hermética atribuye al hombre una naturaleza dual. Pues es en un sentido un hijo de la tierra, desarrollado por una evolución progresiva de abajo a arriba; un verdadero animal, y por tanto contenido por estrictos lazos de afinidad con las razas inferiores, y lealtad con la Naturaleza. En el otro sentido, el hombre descende de lo alto, y tiene origen celestial; porque cuando se alcanza un cierto punto en su desarrollo desde lo inferior, el alma humana enfoca su atención y se fija en el Espíritu Divino, que es peculiarmente un atributo humano, y en cuya posesión se basa la soberanía sobre todas las otras criaturas. Y hasta que esta vivificación del alma ocurra, el hombre no es verdaderamente un Hombre en sentido Hermético. [A. K.]

³³ Este “segundo Dios” es el Universo Visible, que en la mayoría de escritos Herméticos es descrito como “el Hijo de Dios” –”La palabra hecha carne”.

La voluntad de Dios es absoluta perfección; querer y hacer son para Él el trabajo del mismo instante. Y, como sabía que lo esencial no podía aprehender todas las cosas sino que estaba envuelto por el mundo, dio al hombre un cuerpo como lugar donde habitar. Quiso que el hombre tuviera dos naturalezas; las unió íntimamente y las combinó en la justa proporción.

Así, Él formó al hombre con espíritu y cuerpo; de una naturaleza eterna y una naturaleza mortal, para que, una criatura así constituida, pudiera, por medio de su doble origen, admirar y adorar aquello que es celestial y eterno; cultivar y gobernar aquello que está en la tierra. Hablo aquí de cosas mortales, no de los dos elementos que están sujetos al hombre, para entendernos, tierra y agua, pero de cosas venidas del hombre, que están dentro de él o dependen de él, como la cultura del abono, el pastoreo, la construcción de edificios, puentes, navegación, comercio, y aquellos intercambios recíprocos que son el lazo más fuerte entre los hombres. La tierra y el agua forman una parte del mundo, y esta parte terrestre está sostenida por las artes y las ciencias, sin las que el mundo sería imperfecto a los ojos de Dios. Es por esto que la voluntad de Dios es necesaria, y el efecto acompaña su voluntad; y no es creíble que cualquier cosa que le haya parecido bien pueda dejar de parecerle bien, porque desde el principio Él sabía qué debía ser y qué debía satisfacerle.



PARTE V

Pero percibo, Oh Asclepio, que estás ansioso por saber de qué manera el Cielo y aquellos que lo habitan pueden ser objeto de la aspiración y admiración del hombre; aprende, entonces, Oh Asclepio, que aspirar al Dios del cielo y todos aquellos que están alrededor es rendirles homenajes frecuentes; puesto que sólo el hombre entre todos los seres animados, divinos y humanos, es capaz. La admiración, adoración, celebración y homenaje del hombre regocija al cielo y a sus celestiales habitantes; y el coro de las Musas ha sido enviado al hombre por la suprema Divinidad para que el mundo terrestre no pueda quedar sin la dulce ciencia de los himnos; o más bien para que la voz humana pueda celebrar a Dios que Él solo lo es Todo, pues Él es el Padre de todas las cosas, y que las tiernas armonías de la tierra puedan algún día unirse con los coros celestiales. Sólo a unos pocos hombres, raramente dotados con pura inteligencia, se les confía la sagrada facultad de contemplar el cielo con claridad. Aquellos en quienes la confusión entre sus dos naturalezas mantiene

cautiva a la inteligencia bajo el peso de sus cuerpos, son señalados por estar en comunión con los elementos inferiores. El hombre no es, entonces, degradado porque tenga una parte mortal; al contrario, su mortalidad aumenta sus aptitudes y su poder; su doble facultad es posible sólo debido a su doble naturaleza; está constituido de tal manera para que pueda abrazar tanto a lo terrestre como a lo divino. Deseo, Oh Asclepio, que tú puedas aportar a esta exposición toda la atención y ardor de tu mente; pues muchos son los que quieren con su fe interesarse por estas cosas. Y ahora estoy a punto de descifrar los verdaderos principios para la enseñanza de las sagradas inteligencias.



PARTE VI

El Maestro de la Eternidad es el primer Dios, el mundo es el segundo, el hombre es el tercero. Dios, creador del mundo y de todo lo que contiene, gobierna todo este universo y lo sujeta a la ley del hombre. Y el hombre hace de él el objeto de su actividad, para que el mundo y el hombre se vuelvan pertenecientes el uno al otro, es por esta razón que en griego el mundo se llama *Cosmos*. El hombre se conoce a sí mismo y al mundo; debería pues distinguir aquello que está en acuerdo consigo mismo, aquello que es para su uso y aquello a lo que tiene derecho para su adoración. Mientras dirige a Dios su gloria y sus actos de gracia, debería venerar al mundo, que es la imagen de Dios, recordando que él mismo es la segunda imagen de Dios. Porque Dios tiene dos similitudes: el mundo y el hombre. Al ser la naturaleza del hombre tan compleja, aquella parte de él que está compuesta por el alma, la conciencia, la mente, y la razón, es divina, y desde los elementos superiores parece capaz de llegar al cielo; mientras que su parte cósmica y mundana, formada por el fuego, el agua, la tierra, y el aire, es mortal y permanece sobre la tierra; para que lo que se toma prestado del mundo le pueda ser repuesto.

Es por ello que los seres humanos están compuestos por una parte divina y otra mortal, para entendernos, el cuerpo. La ley de este ser dual, el hombre, es la religión, cuyo efecto es la bondad. La perfección se consigue cuando la virtud preserva al hombre del deseo, y le hace despreciar todo lo que es ajeno a él. Pues las cosas terrenales, de las que el cuerpo desea su posesión, son ajenas a todas las partes del Pensamiento divino. Tales cosas pueden muy bien llamarse posesiones, puesto que no nacen con nosotros, son adquiridas posteriormente.

Son, por tanto, ajenas al hombre, e incluso el mismo cuerpo es ajeno al hombre, de tal manera que el hombre debería despreciar tanto el objeto de deseo, como aquello que le hace accesible desearlo.

Es el deber del hombre dirigir su alma a través de la razón, para que la contemplación de lo divino pueda llevarle a adquirir sólo una pequeña cantidad de la parte mortal que ha sido unida a él por el bien de la preservación de los mundos inferiores. Para que el hombre pueda estar completo en ambas partes, observa que cada una de ellas posee cuatro subdivisiones binarias –a saber, las dos manos y los dos pies, que, junto a los otros órganos del cuerpo, le colocan en relación con el mundo terrestre e inferior. Y, por otra parte, posee cuatro facultades: sensibilidad, alma, memoria y previsión, que le permiten conocer y percibir las cosas divinas. Él es capaz, por tanto, de incluir en sus investigaciones, diferencias, cualidades, efectos y cantidades. Pero si está demasiado bloqueado por el peso de su cuerpo, se verá incapaz de penetrar en la verdadera razón de las cosas.

Cuando el hombre, así formado y constituido, habiendo recibido sus facultades del Dios supremo, el gobierno del mundo y la veneración a la Divinidad, se libera de su doble deber y obedece la sagrada Voluntad, ¿cuál debería ser su recompensa? Porque, si el mundo es el trabajo de Dios, aquel que bajo su protección sujeta y aumenta su belleza, es el ayudante de la Voluntad divina, que emplea su cuerpo y su trabajo diario al servicio del trabajo producido por la mano de Dios. ¿Cuál debería ser su recompensa, sino aquella que sus antepasados han obtenido? ¡Que plazca a la bondad divina conceder esta recompensa también a nosotros; todas nuestras aspiraciones y todas nuestras súplicas tienden a este logro; que podamos, liberados de la prisión del cuerpo y de nuestros lazos mortales, volver, santificados y puros, a la divina herencia de nuestra naturaleza!

Asclepio:

Lo que dices es justo y verdadero, Oh Trismegisto. Este es verdaderamente el premio de la piedad hacia Dios y del cariño empleado en el mantenimiento del mundo. Pero la vuelta a los cielos es denegada a aquellos que han vivido impíamente; entre ellos se impone una pena de la que las almas sagradas escapan, para entendernos, la transmigración en otros cuerpos. El final de este discurso, Oh Trismegisto, nos lleva a la esperanza en un eterno futuro para el alma, como resultado de su vida en la tierra. Pero este futuro es difícil de creer para algunos; para otros es una fábula, para otros, de nuevo, tal vez tema de burla. Pues es dulce disfrutar lo que uno posee en la vida corporal. En ello estriba el mal que, como podría

decirse, gira la mente del alma, la ata a su parte mortal, impide el conocimiento de su parte divina, y envidia la inmortalidad. Pues yo digo ante ti, por una inspiración profética, que ningún hombre después de nosotros escogerá el camino fácil de la filosofía, que se encuentra por completo en la aplicación al estudio de las cosas divinas y la sagrada religión. La mayoría de los hombres oscurecen la filosofía con diversas cuestiones. ¿Cómo pueden sobrecargarla con ciencias que deberían no ser comprendidas en ella, o qué propósito tienen al mezclar en ella cuestiones tan diversas?

Hermes:

Oh Asclepio, mezclan en ella, a través de sutilidades, una diversidad de ciencias que no le pertenecen –aritmética, música, geometría. Pero la filosofía pura, cuyo verdadero objeto es la sagrada religión, debería ocuparse de otras ciencias sólo para admirar las fases regulares de las estrellas, su posición y curso, determinado por el cálculo; la dimensión de la tierra, sus cualidades y cantidades; la profundidad del océano; el poder del fuego; y saber el efecto de todas estas cosas; para adorar al Arte, al artista, y a su divina inteligencia. En cuanto a la música, esta se aprehende cuando uno comprende la razón y el orden divino de las cosas. Pues este orden por el cual todo está colocado individualmente en la unidad del todo, es verdaderamente una armonía admirable y una divina melodía.

Asclepio:

¿En qué, entonces, después de nosotros, se convertirá el hombre?

Hermes:

Engañado por las sutilezas de los sofistas, los hombres se apartarán de la verdadera, pura y sagrada religión. Adorar a Dios en su simplicidad de pensamiento y alma, venerar su trabajo, bendecir su voluntad, que es en sí el bien completo, –esta es la única filosofía que no es profanada por la vaga curiosidad de la mente. Pero dejemos ya este asunto.



PARTE VII

Empecemos a hablar de la Mente y otras cosas similares. Al principio, sólo había Dios e *Hylè* –este es el nombre Griego para la primera materia o sustancia del universo. El Espíritu estaba con el universo, pero no en la misma forma como con Dios. Las cosas que constituyen el universo no son Dios, por tanto antes de su creación no existían, pero estaban contenidas en aquello que las produjo. Pues, además, las cosas no creadas no sólo son aquellas que todavía no han nacido, sino también aquellas que no pueden generar fecundidad, y que no pueden hacer crecer nada. Todo lo que tiene poder para generar cosas contiene en su germen todo lo que puede nacer de él, pues es sencillo para aquello que ha sido dado a luz llevar en sí aquello que podrá dar a luz. Pero el gran Dios no puede y no podría nunca, haber nacido; Él es, Él ha sido, Él será. La naturaleza de Dios es ser su propio Principio. Pero la materia, o la naturaleza del mundo, y la mente, aunque parezcan haber sido dadas a luz desde el principio, poseen el poder del nacimiento y la procreación –la energía de la fecundidad. Pues los principios son la cualidad de la Naturaleza, que posee en sí misma la potencialidad de la concepción y la producción. Ella es, entonces, sin ninguna intervención ajena a sí misma, el principio de la creación. Sino sólo sería aquello que posee el poder de concepción por medio de la mezcla con una segunda naturaleza. La matriz del universo y de todo lo que contiene parece no haber nacido, y aguanta sin embargo, en sí, potencialmente, toda la Naturaleza. Yo llamo a eso la matriz que contiene todas las cosas, pues no podría haber existido sin un vehículo que las contuviera. Todo lo que existe debe existir en algún lugar (o vehículo). Ni cualidades, ni cantidades, ni posición, ni efectos podrían distinguirse en las cosas sin lugar y existencia en parte alguna. El mundo, aunque no haya nacido, tiene como principio todo lo nacido; ya que permite a todas las cosas una matriz para su concepción. Es, entonces, la suma total de las cualidades y la materia susceptible de creación, aunque todavía no haya sido creada.

La materia, fecundada con todos los atributos, es capaz también de engendrar el mal. Por eso hago, Oh Asclepio y Amón, la pregunta que muchos se hacen: “¿no podría Dios haber escondido el mal en la naturaleza de las cosas?” No hay nada que decirles; pero para vosotros seguiré el discurso que he empezado y daré una explicación. Ellos afirman que Dios debería haber preservado al mundo del mal; ahora bien, el mal es una parte integral del mundo. El Dios soberano proveyó verdaderamente contra él cuanto fue razonable y posible al distribuir los sentimientos humanos, el conocimiento y la inteligencia. Sólo a través de estas facultades, que nos sitúan por encima de los animales, podemos escapar de las trampas del vicio y del mal. El hombre que es sabio y está

protegido por la inteligencia divina, sabe como preservarse de tales males tan pronto como entra en contacto con ellos, y antes de que haya sido atrapado. El fundamento del conocimiento es la bondad suprema. El Espíritu gobierna y da vida a todo lo que hay en este mundo; es un instrumento empleado por la voluntad del Dios soberano. Así debemos comprender, sólo mediante nuestra inteligencia, la Inteligibilidad suprema llamada Dios. Es Él quien dirige el segundo y sensible Dios (el universo), que contiene todo el espacio, todas las sustancias, la materia de todo lo que engendra y produce, –en una palabra, todo lo que existe.

A través del Espíritu (o Mente), todos los seres individuales del mundo se mueven y son gobernados, dependiendo de la naturaleza que Dios les haya asignado. La materia – *Hylè* o Cosmos es el receptáculo, el motor, la réplica de todo lo que Dios dirige, y distribuye a cada cosa aquello que le es necesario, y la llena del espíritu de acuerdo con sus cualidades.

La forma del universo es como un esfera vacía, y tiene en sí misma la causa de sus cualidades o su figura, totalmente invisible; si, al escoger cualquier punto de su superficie, uno quisiera observar sus profundidades, no sería capaz de ver nada. Sólo aparece visible a través de esas formas especiales cuya imagen aparece grabada en ellas, sólo se muestra en efigies; pero en realidad siempre es invisible en sí misma. Por tanto, el centro, la profundidad de esta esfera –si verdaderamente uno puede llamarlo un lugar– se llama en griego *Hades*, lo invisible, de *eidein*, ver, porque el centro de la esfera no puede verse desde fuera. Además, los tipos o las apariencias formativas fueron llamadas Ideas, porque son las formas de lo Invisible. Este interior de la esfera, al que los griegos llaman Hades, porque es invisible, los latinos le llaman Infierno (Inferno), de acuerdo con su profunda posición. Estos son los principios fundamentales, las fuentes esenciales, de todas las cosas. Todo está en ellos, o es a través de ellos, o viene de ellos.

Asclepio:

¿Estos principios son, entonces, Oh Trismegisto, la sustancia universal de todas las apariencias individuales?

Hermes:

El mundo nutre los cuerpos, el espíritu nutre las almas. Pero, la ofrenda celestial que es el feliz privilegio de la humanidad, nutre la inteligencia, pero sólo muy pocos hombres tienen una inteligencia capaz de recibir semejante beneficio. El pensamiento es una luz que ilumina la inteligencia, como el sol ilumina la tierra. Y aún más, pues la luz del sol puede ser interceptada por la luna, o por la tierra cuando se hace de noche; pero cuando el pensamiento ha penetrado en el alma humana, la mezcla profundamente con su naturaleza, y la inteligencia no puede ser oscurecida por ninguna nube nunca más. Por tanto, con razón se ha dicho que las almas de Dios son las inteligencias. Por mi parte, no digo esto de todas ellas, sino de aquellas de los grandes Dioses supremos.



PARTE VIII

Asclepio:

¿Cuáles, Oh Trismegisto, son los principios primordiales de las cosas?

Hermes:

Os revelo los grandes y divinos misterios, y mientras empiezo esta iniciación, imploro el favor del cielo.

Hay muchas órdenes de los Dioses; y en todas ellas hay una parte inteligible. No ha de suponerse que ellos no aparecen en el rango de nuestros sentidos; al contrario, los percibimos, mejor aún que aquello que llamamos visible, como te informaré en este discurso.

Comprenderás este hecho si prestas toda tu atención a nuestro discurso; pues este orden de ideas tan sublime, tan divino, tan elevado, por encima de la inteligencia del hombre, exige una ininterrumpida atención sin la cual esto vuela por la mente y se desvanece, o mejor dicho, vuelve a su fuente y allí se pierde.

Hay, entonces, Dioses superiores a cualquier apariencia; después de ellos vienen los Dioses cuyo principio es espiritual; estos Dioses al ser sensibles, en conformidad con su doble origen, manifiestan todas las cosas a través de su naturaleza sensible, cada uno iluminando el trabajo

del otro³⁴. El Ser supremo del cielo, o de todo lo que se comprende bajo este nombre, es Zeus, pues es mediante el cielo que Zeus da vida a todas las cosas. El Ser supremo del sol es la luz, pues es por este disco del sol que nosotros recibimos los beneficios de la luz. Los treinta y seis horóscopos de las estrellas fijas tienen por Ser supremo o príncipe, aquel que tiene por nombre *Pantomorphos*, o el que tiene todas las formas, porque da divinas formas a los distintos tipos. Los siete planetas, o las esferas errantes, tienen como Espíritus Supremos a la Fortuna y al Destino, que mantienen la eterna estabilidad de las leyes de la Naturaleza alrededor de la incesante transformación y la agitación perpetua. El éter es el instrumento o el medio por el cual todo se produce.

Así, desde el centro al extremo de las partes, todo se mueve, y las relaciones se establecen de acuerdo con las analogías naturales. Aquello que es mortal se aproxima a aquello que es mortal, aquello que es perceptible se aproxima a aquello que es perceptible. La dirección suprema pertenece al Maestro supremo, con tanta sabiduría que la diversidad se resuelve en la unidad. Puesto que todas las cosas dependen de la unidad o se desenvuelven a partir de ella, y como aparecen separadas unas de otras se cree que son muchas, cuando, en su colectividad sólo forman uno, o mejor, dos Principios. Estos dos Principios, de los que todas las cosas proceden, y por los que todo existe, son la sustancia por la que las cosas se forman, y la Voluntad de Él es quien las diferencia.

Asclepio:

¿Cuál es la razón de esto, Oh Trismegisto?

Hermes:

Es esta, Asclepio. Dios es el Padre, el Legislador universal —o cualquier otro nombre aún más sagrado y religioso que pueda dársele— y quien, debido a nuestra inteligencia, debería ser mantenido sagrado entre nosotros; pero, si consideramos su divinidad, no podemos definirle con ningún nombre. Pues la voz es el resultado de un sonido a través de la sacudida del aire, y que declara la voluntad del hombre, o la impresión que su mente ha recibido a través de los sentidos. Este nombre, compuesto por un determinado número de sílabas, sirve como una señal entre la voz y el oído, y, más aún, sensación, respiración, aire, todo lo concerniente con, y perteneciente, a su expresión —esto

³⁴ Hermes incluye aquí como Dioses a Fuerzas sensibles de la Naturaleza, a los elementos y a los fenómenos del universo. [A. K.]

comunica el nombre de Dios, y no creo que un nombre, por muy complejo que sea, pueda designar el Principio de toda majestad, al Padre y Señor de todas las cosas. Sin embargo, es necesario darle un nombre, o mejor todos los nombres, puesto que Él es uno y lo es todo; por tanto debemos decir que Todo es Su nombre o debemos llamarle por los nombres de todas las cosas. Él, entonces, que es uno y todo, que posee la completa fecundidad de ambos sexos, que siempre impregnado por su propia Voluntad, da a luz a lo que Él ha querido engendrar. Su Voluntad es la Bondad universal, su propia bondad que existe en todas las cosas. La Naturaleza nace de su divinidad, con tal sabiduría que todas las cosas deberían ser como son, y como han sido, y de tal manera que la Naturaleza puede bastarse para generar de sí misma todo lo que nacerá en el futuro. Esto, Oh Asclepio, explica por qué y cómo todas las cosas son de dos sexos.

Asclepio:

¿Dices esto también de Dios, Oh Trismegisto?

Hermes:

No sólo de Dios, sino de todos los seres, sean animados o inanimados. Pues es imposible que nada que existe pueda ser estéril. Si fuéramos a suprimir la fecundidad de las cosas existentes, sería imposible para ellas permanecer como lo que son. Es por esto que digo que esta ley de la generación está contenida en la Naturaleza, en el intelecto, en el universo, y preserva todo lo llevado a la luz. Los dos sexos están llenos de procreación, y su unión, o mejor, su incomprensible armonía, puede ser conocido como Eros, o como Afrodita, o por ambos nombres al mismo tiempo. Si la mente puede percibir alguna verdad con mayor certeza y más claramente que otra, es este deber de procreación, que el Dios de la Naturaleza universal ha impuesto para siempre a todos los seres, y por el que Él ha unido la caridad suprema, el júbilo, la delicia, el antojo, y el más divino amor. Sería necesario demostrar el poder y la necesidad de esta ley, si cada uno no fuera capaz de reconocer y percibirlo por un sentimiento interno. ¡Observad, verdaderamente, como en el momento en que desciende del cerebro el flujo de la vida, las dos naturalezas se pierden, cada una en la otra, y uno se aferra ansiosamente y esconde en sí mismo la semilla de la otra! En este momento, por medio de este encadenamiento, la naturaleza femenina recibe la virtud de la masculina, y la masculina reposa en el seno de su pareja. Este misterio, tan dulce y tan necesario, se establece en secreto, para que la divinidad de las dos naturalezas no sea forzada a sonrojarse ante las burlas de los

ignorantes, donde la unión de los sexos está expuesta a observaciones irreligiosas. Pues los hombres piadosos no son numerosos en el mundo; son, incluso, raros, y uno puede contarlos con facilidad. En la mayoría de los hombres habita la malicia por falta de prudencia y de conocimiento de las cosas del universo.

La comprensión de la religión sagrada, la base de todas las cosas, lleva al desprecio de todos los vicios del mundo, y suple el remedio en su contra; pero cuando la ignorancia se sostiene a sí misma, entonces los vicios se desenvuelven e infligen al alma un dolor incurable. Infectado por los vicios, el alma es, de alguna manera, envanecida con veneno, y sólo puede ser curada con el conocimiento y el entendimiento. Déjanos, por tanto, continuar esta enseñanza, aunque sólo un pequeño número pueda sacarle provecho; y aprende esto, Oh Asclepio, porque sólo para el hombre Dios ha dado una parte de su inteligencia y su conocimiento. Por tanto, escucha.

Dios, el Padre y el Gobernador, después de los Dioses³⁵, creó a los hombres mediante la unión, en proporciones iguales, de la parte corruptible del universo y de la parte divina, y sucedió que las imperfecciones del universo se mantuvieron mezcladas en su carne. La necesidad de alimento que tenemos en común con todas las criaturas, nos sujeta al deseo y a todos los otros vicios del alma. Los Dioses, constituidos por la parte más pura de la Naturaleza, no tienen necesidad de la ayuda del razonamiento o del estudio; la inmortalidad y la eterna juventud son para ellos sabiduría y conocimiento. Aunque, al ver la unidad del Orden, y para que ellos no pudieran ser extraños a estas cosas, Dios distribuyó en ellos la eterna ley de la Necesidad para su razón e inteligencia.

Solo el hombre, entre todas las criaturas, sea para evitar o superar los males de la carne, tiene la ayuda de la razón, la inteligencia, y la esperanza de la inmortalidad. El hombre, creado bueno, y capaz de una vida inmortal, ha sido formado por dos naturalezas: una divina y otra mortal; y es formándole así, que la Voluntad Divina le volvió superior a los Dioses, que sólo tienen una naturaleza inmortal, como también a todo el resto de los seres mortales. Por esta razón, el hombre, unido en una estrecha afinidad con los Dioses, le rinde servicio religioso, y los Dioses, a su vez, miran con tierno afecto los asuntos del hombre. Pero hablo aquí sólo de los hombres piadosos; en cuanto a los perversos, no diré nada, para que al hablar de ellos, no manche lo sagrado de este discurso.

³⁵ Hermes se refiere aquí a las deidades mundanas. [A. K.]



PARTE IX

¡Y como hemos sido traídos aquí para hablar de la relación y las semejanzas entre los hombres y Dios, observa, Oh Asclepio, el poder y la capacidad del hombre! Incluso como Gobernador y Padre, o dándole el nombre más elevado –Dios– es el creador de los Dioses del firmamento, como el hombre es el creador de los Dioses que habitan en los templos, agradecidos con la proximidad humana, y no sólo iluminados ellos mismos, pero iluminadores. Y esto beneficia al hombre y refuerza a los Dioses. ¿No te maravilla, Asclepio? ¿O te falta fe como a muchos?

Asclepio:

Estoy confuso, Oh Trismegisto; pero voluntariamente dócil a tus palabras, juzgo a los hombres alegres si han conseguido tanta felicidad.

Hermes:

¡*Certes* merece admiración, ya que es el más grande de todos los Dioses! Pues la raza de los Dioses está formada por la parte más pura de la Naturaleza, sin mezcla de otros elementos, y sus signos visibles son, como han sido, sólo cabezas³⁶. Pero los Dioses que la humanidad crea, poseen dos naturalezas –una divina, que es la primera y de lejos la más pura, la otra perteneciente a la humanidad, que es la materia por la cual estos Dioses son compuestos, para que no sólo tengan cabeza, sino un cuerpo completo, con todos sus miembros. Así la humanidad, al recordar su naturaleza y su origen, persiste en esta materia, en la imaginación de la Deidad, pues incluso el Padre y Señor ha hecho a los Dioses eternos a su semejanza, como la humanidad también ha hecho sus Dioses a su propia imagen.

Asclepio:

¿Hablas de las estatuas, Trismegisto?

³⁶ Hermes habla de las Estrellas, los Poderes Astrales, pero no de las Divinas inteligencias. El discurso por completo tiene un profundo y escondido sentido, relacionado con el organismo humano, y con los genios elementales por los que los hombres son individualizados. [A. K.]

Hermes:

Sí, de las estatuas, Asclepio. ¡Mira que falto estás de fe! ¿De qué otra cosa debería hablar sino de las estatuas, tan llenas de vida, de sentimiento, y de aspiraciones, como de otras tantas cosas maravillosas; las estatuas proféticas que predicen el futuro dispensándonos sueños y por medio de tantas otras maneras; que nos golpean con enfermedades, o nos curan de nuestro dolor según nuestro merecimiento? ¿No te das cuenta, Oh Asclepio, que Egipto es la imagen del cielo, o mejor, que es la proyección en la tierra del orden de las cosas en lo alto? Si la verdad ha de ser dicha, esta tierra es verdaderamente el templo del mundo. Aunque —ya que los sabios deben prever todas las cosas— hay una cuestión que debemos saber; llegará el día en que parecerá que los egipcios han adorado tan piadosamente a los Dioses en vano, y que todas sus invocaciones sagradas han sido estériles y no escuchadas. La Divinidad saldrá de la tierra y volverá al cielo, abandonando Egipto, su arcano augurio, y dejará a la tierra viuda de religión y privada de la presencia de los Dioses. Extraños llenarán la tierra, y no sólo las cosas sagradas serán omitidas, sino también —aún más terrible— la religión, la piedad, y la adoración de los Dioses será prohibida y castigada por la ley. Entonces, esta tierra, consagrada por tantos altares y templos, se llenará de sepulcros y muertos. ¡Oh Egipto, Egipto!, sólo permanecerán de tu religión vagas leyendas que la posteridad rehusará creer; ¡sólo las palabras grabadas en piedras serán testigos de tú devoción! ¡Los sicilianos, los indios, u otros bárbaros vecinos poseerán Egipto! ¡La divinidad volverá al cielo; la humanidad, así abandonada, perecerá por completo, y Egipto quedará desierto, para desamparo de los hombres y de Dios!

¡Por ti lloro, Oh el más sagrado Río, por ti anuncio la próxima condena! ¡Olas de sangre, que contaminarán las aguas divinas, inundarán tus orillas; el número de los muertos sobrepasará el de los vivos; y si, verdaderamente, todavía permanecen algunos habitantes en la tierra, egipcios por su lengua, serán de todas las maneras extranjeros! ¡Llora, pues, Oh Asclepio! Pero todavía pasarán cosas más tristes. Egipto caerá en la apostasía, el peor de todos los males. Egipto, en un tiempo la tierra sagrada adorada por los Dioses y llena de devoción por sus logros, se convertirá en el instrumento de la perversión, la escuela de la impiedad, el modelo de toda la violencia. Entonces, lleno de hastío por todo, el hombre dejará de sentir admiración y amor por el mundo. Dará la espalda a este hermoso trabajo, el más parecido a la perfección en el presente, en el pasado y en el futuro. ¡Ni la languidez ni la fatiga de las almas permitirá que pueda

quedar a salvo del desdén de todo el universo, este trabajo inmutable de Dios, este glorioso y perfecto edificio, esta múltiple síntesis de formas e imágenes, lugar de la Voluntad del Señor, pródigo en maravillas, que ha unido todas las cosas en un armonioso y único todo, merecedor para siempre de veneración, de celebración y amor! Entonces la oscuridad será preferida a la luz, y la muerte será apreciada más que la vida, y ya ningún hombre podrá elevar sus ojos al cielo.

En esos días, al hombre religioso se le considerará loco; el hombre impío será saludado como un sabio; los hombres salvajes serán juzgados valerosos; los hombres de mal corazón serán aplaudidos como los mejores. El Alma, y todo lo que le pertenece, –haya nacido mortal o capaz de tener vida eterna– todas esas cosas que os he expuesto aquí, sólo serán modos de ridículo, y serán considerados estúpidos. Incluso habrá peligro de muerte, créeme, para aquellos que permanezcan fieles a la religión y a la inteligencia. Serán instaurados nuevos derechos, nuevas leyes, y no quedará nada de la palabra sagrada, nada de la sagrada creencia, nada de religión o de lo merecedor del cielo y las cosas celestiales. ¡Oh, lamentable separación entre el hombre y Dios! Entonces sólo permanecerán demonios malvados que se mezclaran con la miserable raza humana, su mano estará sobre ellos empujándoles a cometer toda clase de actos perversos; desde guerras, violaciones, falsedad, a todo lo contrario a la naturaleza del alma. La tierra ya no estará en equilibrio, el mar no será navegable nunca más, en los cielos el curso regular de las estrellas será perturbado. Toda voz sagrada será condenada al silencio; los frutos de la tierra se volverán podridos, y no volverá a ser fértil, el mismo aire se hundirá en un lúgubre estupor. Esta será la vieja edad del mundo; irreligión y desorden, ilegalidad, y la confusión de los hombres buenos.

Cuando todas estas cosas se cumplan, Oh Asclepio, entonces el Señor y el Padre, el Dios soberano que gobierna el inmenso mundo, al observar los malos modos y acciones de los hombres, detendrá estas desgracias mediante el ejercicio de su divina voluntad y bondad. Y, para poner punto y final al error y a la corrupción general, Él inundará el mundo con un diluvio o lo consumirá con fuego, o lo destruirá con guerras y epidemias, y después le devolverá su belleza primitiva; para que otra vez vuelva a parecer merecedor de admiración y deseo, y vuelva un coro de celebración y bendiciones a celebrar a Aquel que ha creado y realizado un trabajo tan hermoso. Este renacimiento del mundo, esta restauración de todas las cosas buenas, esta sagrada rehabilitación de la Naturaleza tendrá lugar cuando llegue el tiempo establecido por la divina y siempre eterna voluntad de Dios, sin principio e inamovible.

Asclepio:

Verdaderamente, Trismegisto, la naturaleza de Dios es su Voluntad reflejada; esto es, la absoluta bondad y sabiduría.

Hermes:

Oh Asclepio, la Voluntad es el resultado de la meditación, y la voluntad en sí es un acto de querer. Pues Aquel que es la plenitud de todas las cosas y Quien posee todo lo que quiere, no quiere por capricho. Sino que todo lo que Él quiere es bueno, y Él tiene todo lo que Él quiere; todo lo que es bueno Él lo piensa y lo quiere. Este es Dios, y el mundo es la imagen de su rectitud.

Asclepio:

¿Entonces, es el mundo bueno, Oh Trismegisto?

Hermes:

Sí, el mundo es bueno, Asclepio, como te voy a informar. Así como Dios concilia a todos los seres y todas las órdenes en el mundo y se benefician de diversas formas, tales como el pensamiento, el alma, y la vida, así a su vez el mundo divide y distribuye las cosas buenas entre los mortales, cambiando las estaciones, los frutos de la tierra, nacimiento, crecimiento, madurez, y otros dones similares. Y así está Dios en la cima del cielo, y presente sin embargo en todas partes y observando todas las cosas. Pues más allá de los cielos hay una esfera sin estrellas, que trasciende todas las cosas corpóreas. Entre el cielo y la tierra reina aquel que es el que confiere la vida, y a quien podemos llamar Zeus (Júpiter). Sobre la tierra y los mares reina aquel que alimenta todas las criaturas mortales, las plantas y los árboles frutales, y cuyo nombre es Zeus Sarapis (Júpiter Plutonium). Y aquellos a los que se les será encomendado dominar la tierra serán creados y establecidos en el extremo de Egipto, en una ciudad construida hacia el oeste, donde, por tierra o por mar, deberán llegar todas las razas mortales.

Asclepio:

¿Pero dónde están ahora, Trismegisto?

Hermes:

Están establecidos en una gran ciudad, en la montaña de Libia. Ya hay suficiente de esto³⁷.



PARTE X

Hermes:

Hablemos ahora de aquello que es inmortal y aquello que es mortal. La masa, ignorante de la razón de las cosas, está preocupada por el acercamiento de la muerte y el miedo a la muerte. La muerte se debe a la disolución del cuerpo, cansado de su afán. Cuando el número que mantiene la unidad está completo –pues el poder de ligazón del cuerpo es un número– el cuerpo muere. Y esto ocurre cuando no puede soportar más la carga de la vida. Esto, entonces, es la muerte; la disolución del cuerpo, y el final de las sensaciones corporales. Es superfluo preocuparse por esto. Pero aquí reside otra ley necesaria que la ignorancia e incredulidad humana también desprecian.

Asclepio:

¿Qué ley es esta que es así relegada e ignorada?

Hermes:

Escucha, Oh Asclepio. Cuando el alma se separa del cuerpo, el alma pasa a estar bajo el poder supremo de la Deidad, para ser juzgada según sus méritos. Si es considerada piadosa y justa, se le permitirá habitar en las moradas divinas, pero si aparece manchada de vicios, será precipitada desde las alturas a las profundidades, y enviada a las tempestades y a los funestos huracanes del aire, el fuego, y el agua.

Perpetuamente sacudida entre el cielo y la tierra por las olas del universo, será llevada de lado a lado en una penitencia eterna, su naturaleza inmortal da interminable duración

³⁷ Por “Egipto” se designa no sólo el país con dicho nombre, sino el sistema general del mundo, y especialmente –como en las escrituras hebreas– el cuerpo humano.

al juicio contra ella³⁸. ¡Cuánto debemos temer un destino tan terrible! Aquellos que ahora rechazan creer en estas cosas se convencerán contra su voluntad, no por la palabra, sino por la observación; no por las amenazas, sino por el dolor que sufrirán.

Asclepio:

¿Entonces las faltas de los hombres, Oh Trismegisto, no son sólo castigadas por las leyes humanas?

Hermes:

O Asclepio, todo lo que es terrenal es mortal. Aquellos que viven de acuerdo con su esta tus corporal, y que transgreden durante su vida las leyes impuestas por esta condición, están sujetos después de la muerte a un castigo mucho más severo si las faltas cometidas han permanecido escondidas; pues la presciencia de Dios hará el castigo proporcional a su transgresión³⁹.

Asclepio:

¿Quiénes son aquellos que merecen los mayores castigos, Oh Trismegisto?

Hermes:

Aquellos que, condenados por las leyes humanas, fallecen en una muerte violenta, en cuyo caso parece que no han pagado la deuda que deben a la Naturaleza, y que sólo han recibido los beneficios de sus acciones⁴⁰. El hombre justo, al contrario, encuentra en la

³⁸ Este fragmento se asemeja a un fragmento de Empédocles, citado por Plutarco: “Las fuerzas etéreas les persiguen hasta el mar, el mar los vomita a sus costas, la tierra a su vez los arroja arriba hacia el incansable sol, y él solo los conduce otra vez de vuelta al remolino del espacio. Así todos los elementos se los pasan unos a otros, y todos los mantienen horrorizados”. [No hace falta comentar que todo este fragmento es alegórico, y que la penitencia a la que se refiere es el purgatorio, o *Kama Loka* —el estado intermedio de purificación]. [A. K.]

³⁹ Este fragmento cualifica los anteriores postulados de la novena parte, concernientes a la duración del estado purgatorio, y muestra que no ha de ser considerado eterno, sino proporcional a las faltas cometidas. Además, da una razón para la costumbre católica de confesar al moribundo, al ver que los pecados no confesados conllevan castigos mayores que los pecados confesados, y por tanto dejan de estar “escondidos”. [A.K.]

⁴⁰ Un fragmento oscuro. Probablemente su significado sea que los grandes pecadores, desaparecidos por medios violentos en medio de su iniquidad, no tienen tiempo para desarrollar su penitencia en vida, y al verse privados de la oportunidad de enmienda y restitución, sufren más agudamente en el purgatorio. Como ya no pueden pagar su deuda en tierra, son enviados al tormento después de la muerte hasta que el “último céntimo” haya sido pagado.

[Las opiniones expresadas aquí, u otras notas incluidas, no deben ser consideradas de ningún modo necesariamente como opiniones iguales o similares a las mías. Robt. H. Fryar, Bath.]

religión y su piedad una gran ayuda, y Dios le protege contra todos los males. El Padre y Señor de todas las cosas, Aquel que Él solo lo es todo, se manifiesta con gusto a todos; no es que Él muestre a cualquier hombre su morada, ni su esplendor, ni su grandeza, sino que ilumina al hombre únicamente a través de su inteligencia, con lo que la oscuridad del error se disipa, y la gloria de la verdad se revela. Por estos medios, el hombre está unido a la Inteligencia Divina; aspira a aquel lugar donde es liberado de la parte mortal de su naturaleza, y concibe la esperanza de la vida eterna. Esta es la diferencia entre el bien y lo perverso. Aquel que es iluminado con la piedad, la religión, la sabiduría, el servicio y veneración de Dios, ve, como si tuviera los ojos abiertos, la verdadera razón de las cosas; y, a través de la confianza en su fe, sobrepasa a los otros hombres como hace el sol con los otros fuegos del cielo. Pues si el sol ilumina el resto de las estrellas, no es tanto por su grandeza y poder como por su divinidad y santidad. Debes ver en él, Oh Asclepio, a un Dios secundario, que gobierna el resto del mundo, e ilumina a todos sus habitantes, animados e inanimados.

Si la tierra es el ser animado que es, que ha sido, y que estará siempre vivo, nada en él es mortal. Cada una de sus partes está viva, pues en una sola criatura siempre viva no hay lugar para la muerte. Este es Dios, la plenitud de la vida y de la eternidad, pues Él vive necesariamente eternamente; el sol es tan duradero como el universo, y gobierna perpetuamente todas las criaturas, y es el distribuidor y la fuente de toda vitalidad. Dios es, entonces, el siempre presente Gobernador de todas las cosas que reciben vida, y de todas las que la dan, el eterno creador del ser del universo. Ahora bien, Él ha distribuido una vez y para siempre la vida de todas las criaturas vivas por la inmutable ley que te expondré. El movimiento del universo es la vida de la eternidad; la esfera del movimiento es la eternidad de la vida. El universo nunca cesará su movimiento, ni se volverá corrupto; la permanencia de la vida eterna le rodea y le protege como un muro. Da vida a todo lo que está en su seno; es el lazo de todas las cosas ordenadas bajo el sol. El efecto de su movimiento es doble: está vivificado por la eternidad que le circunda, y, a su vez, vivifica todo lo que contiene, y lo diversifica todo de acuerdo con ciertos números y estaciones fijas y predeterminadas. Todas las cosas se ordenan en el tiempo por la acción del sol y las estrellas, de acuerdo con la ley Divina. Los periodos terrestres se distinguen por la condición de la atmósfera, por las alternancias entre frío y calor; los periodos celestes por la rotación de las constelaciones, que vuelven a intervalos fijos de tiempo a los mismos lugares en los cielos. El universo es el escenario del tiempo, el

curso y el movimiento que mantienen la Vida. El orden y el tiempo producen la renovación de todas las cosas en el mundo a través de estaciones recurrentes.



PARTE XI

Como es este el estado del universo, no hay nada inmutable, nada estable, nada que no cambie en la naturaleza, tanto en los cielos como en la tierra. Sólo Dios, y rigurosamente sólo, es absoluto por completo y perfecto en Sí mismo, de Sí mismo, y alrededor Suyo. Él es Su propia estabilidad firme, y no puede moverse por ningún impulso, ya que todas las cosas están en Él, y Él sólo lo es todo. Exceptuando, claro, si nos atreviésemos a decir que su movimiento está en la eternidad, pero esta eternidad en sí misma es inmóvil, ya que todo el movimiento del tiempo gira en la eternidad y coge su forma de ella. Dios, entonces, ha sido siempre y es para siempre inmutable; y como Él la eternidad es inmutable, y lleva dentro de él, como imagen de Dios, el universo no creado todavía no manifiesto. De ahí que, el universo creado constituya la imitación de este universo eterno. El tiempo, a pesar de su perpetuo movimiento, posee, por medio de sus necesarias revoluciones sobre sí mismo, la fuerza y la naturaleza de la estabilidad. Pues, a pesar de que la eternidad es fija e inmutable, sin embargo, ya que el movimiento del tiempo se desenvuelve en la eternidad, y esta movilidad es la verdadera condición del tiempo, parece que la eternidad, inmutable en sí misma, aún gira por medio del tiempo que está dentro suyo, y que contiene todo el movimiento. De esto resulta que la estabilidad de la eternidad parece móvil, y la movilidad del tiempo, estable, por la ley fija de su curso. Y por ello puede parecer que incluso Dios se mueve en su propia inmutabilidad. Pues hay en la inmensidad del equilibrio un movimiento inalterable; la ley de su inmensidad es inalterable.

Esto, por tanto, que no está sujeto a los sentidos –lo Infinito, lo Incomprensible, lo Inconmensurable– no puede ser sostenido, ni conducido, ni visto; ni nosotros podemos saber cuando aparece, dónde va, dónde está, cómo está, ni qué es. Está contenido en su suprema estabilidad, y su estabilidad en ella; esté Dios en la eternidad o la eternidad en Dios, o ambos y los dos en cada uno. La eternidad es indefinible por el tiempo; y el tiempo, que puede ser definido por el número, por las alternativas, o por las revoluciones

periódicas, es eterno. Así, ambos parecen igualmente infinitos y eternos. Al ser la estabilidad el punto fijo que sirve como base al Movimiento, debe, por la propia estabilidad, contener un lugar principal. Dios y la Eternidad son, por tanto, el principio de todas las cosas; pero el mundo, que es mutable, no puede ser considerado un principio. La mutabilidad del mundo tiene como precedente su estabilidad, por medio de la ley del movimiento eterno en equilibrio. La absoluta conciencia de la Divinidad es, entonces, inmutable, y se mueve sólo en su equilibrio; es sagrada, incorruptible y eterna; o para definirla mejor, es la eternidad, que consiste en la verdad superior del Dios Supremo, la plenitud de todo sentimiento y saber, o verdaderamente, como si dijéramos, en Dios Mismo. La conciencia de la naturaleza del universo incluye todas las cosas y especies sensibles; la conciencia humana involucra la memoria, por la que el hombre recuerda representados sus actos.

Ahora bien, la conciencia de la Divinidad desciende incluso a las criaturas humanas. Dios no ha considerado adecuado extender a todos los seres esta suprema y divina conciencia, si fuera común a todos los animales, su gloria debería disminuir. La inteligencia de la mente humana –cualquiera que sea su cualidad y cantidad– reside por completo en la memoria, y ha sido mediante la tenacidad de su memoria que se ha convertido en el señor de la tierra. La inteligencia de la naturaleza, la cualidad y la conciencia del universo, puede ser comprendida por medio de las cosas sensibles que contiene. La eternidad, en siguiente lugar, se entiende como su conciencia y su cualidad, de acuerdo con el mundo sensible.

Pero la inteligencia del Ser Divino, la conciencia del Dios Supremo, es la única verdad, y esta verdad no puede ser descubierta –no, ni siquiera su sombra– en este mundo lleno de ilusiones, de apariencias cambiantes, y de error, donde las cosas sólo son conocidas en su dimensión temporal.

¡Ves, Oh Asclepio, que materias más elevadas nos atrevemos a tratar! ¡Te doy las gracias, Oh el más alto Dios, Aquel que me ha iluminado con la luz de tu Gracia! Y en cuanto a vosotros, Oh Tat, Asclepio, y Amón, guardad estos divinos misterios en un lugar secreto de vuestro corazón y ocultadlos en silencio. El intelecto difiere de la percepción en esto –en que el intelecto, por medio del estudio, es competente para entender y saber la naturaleza de las cosas.

El intelecto del universo penetra en la conciencia de la eternidad, y de los Dioses supermundanos. Y nosotros que somos hombres, percibimos cosas celestiales como si estuviera oscuro a través de la niebla, pues la condición de nuestros sentidos solamente nos permite observarlo así. Débil, verdaderamente, es nuestra capacidad para penetrar en cosas tan Divinas; pero, cuando por fin las merecemos, somos verdaderamente bendecidos por el júbilo de nuestra conciencia interior.



PARTE XII

Respecto al Vacío, al que se le otorga tanta importancia, mi juicio es que no existe, que nunca ha existido, y que nunca existirá. Pues todas las partes diversas del universo están llenas, como la tierra está completa y llena de cuerpos, diferenciándose en cualidad y forma, con sus distintas especies y magnitudes, unas mayores, otras menores, unas sólidas, otras tenues. Las mayores y más sólidas son fácilmente percibidas; las menores y más tenues son difíciles de aprehender, o hasta invisibles. Sólo sabemos de su existencia, por la sensación del sentimiento, mientras muchas personas niegan que estos seres sean cuerpos, y los consideran simples espacios, pero allí son imposibles esos espacios. Pues si verdaderamente hubiera algo fuera del universo, que yo no puedo creer, entonces sería un espacio ocupado por seres inteligentes análogos a su propia Divinidad, de tal forma que el mundo, que nosotros llamamos mundo sensible, estaría lleno de cuerpos y criaturas apropiadas a su naturaleza y cualidad. Nosotros no observamos todos los aspectos del mundo; algunos de estos son verdaderamente muy vastos, otros muy pequeños, o a nosotros nos parecen pequeños a razón de su distancia o por la imperfección de nuestra vista; su extrema tenuidad puede incluso hacernos ignorantes por completo de su existencia. Hablo de los genios, pues mantengo que habitan con nosotros, y de los héroes que habitan en lo alto, entre la tierra y los aires más altos; donde no hay ni nubes ni ninguna tormenta.

Pues en verdad, Oh Asclepio, no puede decirse que haya en algún lugar vacío, si no nos preocupamos de definir que se intenta decir con vacío; como, por ejemplo, el vacío del fuego, o del agua, o de alguna cosa similar. E incluso si este o aquel espacio, grande o pequeño, estuviera vacío de estos elementos, nada puede estar vacío del espíritu y del

fluido aéreo. Lo mismo puede decirse del lugar; este mundo por sí mismo no puede ser entendido, si no es relacionado con algo. Al omitir el término principal, el sentido pretendido se pierde; así, es correcto decir, “el lugar del agua”, “el lugar del fuego” o de cosas similares. Pues como es imposible que hubiera un espacio vacío de todas las cosas, también es imposible que hubiera un lugar sólo en sí mismo. Si se imagina un lugar sin sus contenidos, entonces es un lugar vacío, y, a mi juicio, dicho lugar no existe en el universo. Y si no hay nada vacío, entonces no puede haber tal cosa como un lugar por sí mismo, sino se cualifica por su longitud, anchura y profundidad, incluso como los cuerpos humanos tienen señales distintivas.

Si son entonces así estas cosas, Oh Asclepio y vosotros que también estáis presentes, sabed que el Mundo Inteligible, esto es, Dios, Aquel que sólo se percibe por el ojo de la inteligencia, es incorpóreo, y que nada corpóreo puede mezclarse con su naturaleza, ni nada que pueda ser definido por cualidad, cantidad o numeración, pues no hay nada de esta clase en Él. Este mundo, al que llamamos mundo sensible, es el receptáculo de todas las apariencias, cualidades, y cuerpos sensibles, y este universo no puede existir sin Dios. Pues Dios es todo, y todo surge de Él, y depende de su Voluntad; Él contiene todo lo que es bueno, ordenado, sabio, perfecto, sólo perceptible por Él, e inteligible sólo por Él. A parte de Él, nada ha sido, nada es, y nada será; pues todo procede de Él, está en Él, y por Él; sean múltiples cualidades, vastas cualidades, magnitudes que exceden la medida o especies de todas las formas. Si así entiendes estas cosas, Asclepio, rinde gracias a Dios; y, al observar el universo, comprende claramente que este mundo sensible, y todo lo que contiene, está envuelto, como si fuera un vestido, por el mundo supremo. Oh Asclepio, los seres de todas las clases, sean mortales, inmortales, razonables, animados, inanimados, sea cual sea la clase a la que pertenecen, llevan la impronta de esa clase, y aunque cada uno tiene la apariencia general de su clase, hay entre ellos diferencias específicas. Pero aún así, los seres humanos son uniformes, y podrían ser definidos por su tipo. Sin embargo, dentro de esta semejanza general, presentan muchas diferencias. Pues el carácter que procede de Dios es incorpóreo, como es todo lo que comprende la inteligencia. Ya que los dos principios que determinan la forma son el corpóreo y el incorpóreo, es imposible generar por completo una forma a imagen y semejanza de otra cosa, a cualquier distancia de tiempo o lugar. Las formas, sin embargo, son tan cambiantes como los momentos en una hora del espacio, en el círculo movable donde está aquel Dios omni-forme del que hemos hablado. Por tanto, los tipos persisten, y producen tantas imágenes de sí mismos como las revoluciones del mundo tienen instantes en el tiempo. El mundo tiene cambios en sus revoluciones, pero las especies (la individualidad) no tiene ni

periodos ni cambios. Así, las formas de cada especie son permanentes, y aún así, variadas en la misma especie.

Asclepio:

¿Y el mundo también varía en su especie, Trismegisto?

Hermes:

¿Qué sucede, Asclepio, es que has estado dormido todo este tiempo que hemos estado hablando? ¿Qué es el mundo, o de qué está compuesto, sino de todo lo que genera dentro? ¿O es que hablas del cielo, de la tierra, y de los elementos, como de otros seres que cambian continuamente de apariencia? Pero, incluso el cielo, ahora lluvioso, ahora seco, ahora caliente, ahora frío, ahora despejado, ahora cubierto de nubes, sólo tiene cambios sucesivos de aspecto bajo su aparente uniformidad. También la tierra cambia continuamente de aspecto, pues ahora nos trae sus frutos, ahora los esconde en su seno, y tiene productos de diversa calidad y cantidad; aquí hay reposo, aquí hay movimiento, y todas las variedades de árboles, flores, semillas, propiedades, olores, sabores, formas. El fuego, igualmente, tiene sus múltiples y divinas transformaciones, pues el sol y la luna tienen toda la variedad de aspectos comparable a la multitud de imágenes reflejadas en los espejos.



PARTE XIII

Volvamos al hombre, y preguntemos sobre el don divino de la razón que le permite llamarse criatura razonable. Entre todos los prodigios que hemos visto en el hombre, aquel que sobre el resto merece admiración es este: que el hombre ha descubierto la divinidad de la naturaleza, y la ha hecho eficiente de acuerdo con sus designios⁴¹.

⁴¹ Esta sección elucida y continúa con los argumentos de la sección IX. El conocimiento de la doctrina oculta respecto de los espíritus de la Naturaleza o Dioses mundanos creo que facilitará al lector inteligentemente las observaciones de Hermes respecto a las imágenes sagradas. Precisamente, las mismas virtudes, como las atribuidas por los antiguos a los ídolos de sus varias deidades, son atribuidas hoy día por los católicos a los ídolos de sus santos. Oímos que la “Virgen” de este o aquel pueblo es propicia a aceptar la petición que la “Virgen” de otro pueblo se ha negado a conceder. Las imágenes sagradas todavía curan a los enfermos, advierten de la peste, descubren manantiales ocultos, y bendicen a sus devotos. Hermes dice que los poderes por los que estas cosas se logran pertenece a la divinidad de

Nuestros ancestros, que erraban extraviados en materia de fe respecto a los Dioses, y eran incapaces de elevar sus mentes hacia el conocimiento Divino, descubrieron el arte de crear Dioses; y, habiéndolo descubierto, invistieron sus productos de virtudes apropiadas que habían sacado de la naturaleza del mundo. Y, como no podían crear almas, evocaron al espíritu de los genios y los ángeles, y les dotaron de imágenes sagradas y sacramentos, e incapacitaron a sus ídolos para ejercer su poder para el bien o la enfermedad. Este sabio antecesor tuyo, Oh Asclepio, el inventor de la medicina, tiene un templo en la montaña de Libia junto a la orilla del río frecuentada por cocodrilos, donde también yace enterrado todo aquello de él que perteneció a la tierra –esto es, su cuerpo. Pues el resto de él –su mejor parte, o más bien, él mismo– porque el principio de la conciencia y de la vida es el hombre por completo –está restaurado en el cielo. Y ahora, con su divinidad, ayuda a los hombres en su enfermedad, aquel que una vez los instruyó en el arte de la curación. Así también, Hermes, mi propio antecesor, cuyo nombre llevo, enterrado en la tierra que lleva su nombre, oye las oraciones de aquellos que vienen allí desde todas las partes de la tierra para obtener ayuda y salud. ¡Observa, de nuevo, que bendiciones Isis, la esposa de Osiris, confiere a los hombres cuando les es favorable, y que enfermedades les inflige cuando la enfadan! Pues estos Dioses mundanos y terrestres tienen acceso a la ira, al estar compuestos por los hombres de la Naturaleza. De este tipo es la adoración dada en Egipto a los animales; y así también honran las ciudades a las almas de los hombres que, en vida, promulgaron las leyes, y sus nombres son preservados. Y por esta razón, Oh Asclepio, las deidades que son adoradas en algunas partes, no reciben en otras adoración alguna; lo que provoca muchas guerras entre las distintas ciudades de Egipto.

la Naturaleza, individualizada y diferenciada por la intervención humana; y que el hombre pasa obligatoriamente por la fase de merecer esa naturaleza antes de ser competente para comprender el orden celestial y el ser de los Dioses celestiales. Pues, antes de que lo empírico pueda ser alcanzado por la inteligencia humana, debe atravesar la esfera inmediata entre el cielo y la tierra. Así, las *imágenes* de los Dioses son veneradas antes que los mismos Dioses sean conocidos; y no son estas imágenes necesariamente de piedra o madera. Todas las personalidades son *eidola* (ídolos), reflejan la verdadera esencia, y tienen, de alguna manera, una porción de la Divinidad atada a ellas, que resiste en sus formas, pero siguen siendo sólo imágenes, y por muy adorables y poderosas que puedan parecer a la multitud que no conoce la religión divina, sólo son para el Hermetista tipos y *personas* de esenciales que son eternamente independientes de su manifestación y están afectados por ella. Las señales de la verdadera religión son tres: trascendencia de la forma, trascendencia del tiempo y trascendencia de la personalidad. En vez de forma es esencia; en vez de tiempo, eternidad; en vez de personas, Principios. Los eventos se convierten en Procesos, y los fenómenos en Noúmeno. Siempre que la concepción de cualquier idea divina permanezca asociada, o dependiente, a alguna circunstancia física o histórica, será cierto que el vuelo celestial aún no ha sido alcanzado. Los símbolos, cuando son reconocidos como tales, no son ni peligrosos ni engañosos; son vehículos de luz que hacen visible la Oscuridad Divina hacia la que los Hermetistas aspiran. Incluso la más refinada, sutil, y metafísica expresión de la Verdad suprema es sólo un símbolo o una metáfora, pues la Verdad en sí misma es inexpressable, salvo de Dios a Dios. Es Esencia, Silencio, Oscuridad. [A.K.]

Asclepio:

¿Y de qué clase, Oh Trismegisto, es la divinidad de estos Dioses que habitan la tierra?

Hermes:

Esta clase consiste en la divina virtud, que naturalmente subsiste en hierbas, rocas, y los principios aromáticos, por lo cual estas deidades aman frecuentes sacrificios, himnos, y celebraciones, y dulce música a semejanza de las armonías celestiales, como ritos pseudo-celestiales, adecuados a su sagrada naturaleza, y les dibuja y les retiene en sus tumbas, para que entonces puedan soportar con paciencia su larga estancia junto al hombre. Es así como el hombre hace a los Dioses. Pero no debes suponer, Oh Asclepio, que los actos de estas deidades terrestres están controlados por el azar. Pues mientras los Dioses supremos habitan en las alturas del cielo, y cada uno mantiene el orden que le pertenece, nuestros Dioses también tienen sus funciones específicas. Algunos predicen el futuro; otros gobiernan, de varias maneras, sobre las cosas según su capacidad, o vienen como aliados a ayudarnos, como hombres del rey o amigos.



PARTE XIV

Asclepio:

¿Oh Trismegisto, qué papel juega dentro del orden de las cosas el Hado o Destino? ¿Si los Dioses celestes gobiernan el universo, y las deidades mundanas controlan eventos específicos, dónde está el papel del Destino?

Hermes:

Oh Asclepio, el Destino es la necesidad que obliga a todas las cosas que ocurren, la cadena que junta todos los hechos. Es por esto la causa de las cosas, la suprema deidad, o mejor el segundo Dios creado por Dios, que es la ley de todas las cosas en el cielo y en la tierra establecidas bajo ordenanzas divinas. Destino y Necesidad están unidos indisolublemente: el Destino provoca los principios de todas las cosas, la Necesidad

refuerza los efectos que siguen a estos principios. Y de aquí surge el Orden –esto es, la secuencia y disposición de las cosas que ocurren en el Tiempo; pues nada se forma sin Orden. Y así el mundo se perfecciona; pues el mundo está fundado bajo el Orden, y el universo consiste en el Orden. Por tanto, estos tres, el Destino, la Necesidad, y el Orden, dependen absolutamente de la Voluntad de Dios, que gobierna el mundo bajo su razón y ley divina, Estos tres principios no tienen voluntad en sí mismos; inflexibles e inaccesibles tanto al favor como a la rabia, no son más que los instrumentos de la Eterna Razón, que es inmutable, invariable, inalterable e indisoluble. Primero viene el Destino, que contiene, como tierra recién sembrada, el germen de los eventos futuros. Le sigue la Necesidad, que le incita a su consumación. Por último, el Orden mantiene la estructura establecida por el Destino y la Necesidad. Pues todo esto es una secuencia siempre duradera sin principio ni fin, sustentada por la inmutable ley de la continuidad de lo Eterno. Crece y decrece alternativamente, y mientras el tiempo sigue, aquello que ha desaparecido, vuelve a crecer eminentemente, Pues esta es la condición del movimiento circular; todas las cosas están interconectadas en esta sabiduría que ni tiene principio ni fin que pueda ser distinguido, y que parece preceder y seguir otro interminablemente. Pero como el accidente y la suerte, prevalecen en todos los asuntos mundanos.



PARTE XV

Y ahora, tanto como ha sido concedido a los hombres, y tanto como ha permitido Dios, hemos hablado al respecto de todo; sólo permanece, por tanto, el deber de rezar y bendecir a Dios y volver a nuestras mortales ocupaciones, habiendo satisfecho nuestras mentes al tratar sobre las cosas sagradas que son el alimento de la mente.

* * * * *

Luego, saliendo del Santuario, dirigen a Dios sus oraciones, volviéndose al sur, porque cuando el sol comienza a descender, aquel que reza a Dios debería dirigir su contemplación allí, y de igual modo, al amanecer, debería mirar hacia oriente. E incluso mientras pronunciaban sus invocaciones, Asclepio, en voz baja, hablaba así:

Oh Tatios, preguntemos a nuestro padre si nuestras oraciones pueden ir acompañadas por aromas de incienso y otros perfumes.

Trismegisto lo oyó, y se conmovió.

Sea la profecía favorable, Oh Asclepio, dijo. Es casi un sacrilegio quemar incienso u otro perfume durante la oración; Aquel que lo es todo y que contiene todo, no desea nada. Démosle sólo júbilo y adoración; los más divinos aromas son actos de gracia que los mortales ofrecen a Dios.

¡Te damos las gracias, Oh Señor, el Más Alto, pues por tu gracia hemos recibido la luz de tu conocimiento; sea tu nombre adorado y venerado, único Nombre por el que la Deidad es venerada de acuerdo con la religión de nuestros padres! Pues nos has concedido a todos nosotros la fe, piedad y amor ancestrales; y los más dignos y bondadosos dones, que así han sido otorgados a nuestra conciencia, razón e inteligencia. A través de la conciencia, podemos discernirte, a través de la razón te buscamos, y la inteligencia nos dota de la alegría del entendimiento de ti. Salvados por tu poder divino, estemos agradecidos de observar tu manifestación; estemos agradecidos de que, desde la hora de nuestra estancia en el cuerpo, nos haya designado para consagrarnos a la eternidad. ¡La única alegría del Hombre es el conocimiento de tu majestad! ¡Te hemos conocido, Oh magnífica Luz, cuyo arte sólo puede aprehenderse por la Inteligencia! ¡Te hemos conocido, Oh verdadero Camino de la Vida, inextinguible Fuente de todo conocimiento! ¡Te hemos conocido, Oh Plenitud Generadora de toda la Naturaleza, Permanencia Eterna! Y en nuestra oración, adorando la santidad de Tu gracia, preguntamos sobre ti sólo para que se nos conceda la capacidad de perseverar en el amor a tu conocimiento, con tal sabiduría que no podamos nunca separarnos de esta forma de vida. Con esta esperanza satisfecha, vamos hacia delante a coger el más puro alimento sin carne animal⁴².

⁴² Las palabras con las que el Discurso sobre la Iniciación termina están llenas de significado. La clave del Secreto Hermético se encuentra cuando el aspirante adopta la Vida Edénica: la vida de pureza y caridad que todos los místicos –hebreos, egipcios, budistas, griegos, latinos, vedas–, con su consentimiento, adscriben al hombre en la edad de oro de su perfección primera. La primera aparición de la Decadencia, o Degeneración, es el derramamiento de sangre y la comida de carne. La licencia para matar es la señal del “Paraíso Perdido”. Y el primer paso hacia el “Paraíso Recobrado” se consigue cuando el hombre, voluntariamente, vuelve al modo de vida indicado para su organismo como el único conveniente para él, y así se reúne con la armonía de la Naturaleza y la Voluntad de Dios. Ningún hombre que siga este camino y que lo mantenga fielmente fallará a la hora de encontrar finalmente las Puertas del Paraíso. No necesariamente en una sola vida, pues el proceso de purificación es uno largo, y las experiencias pasadas de algunos hombres pueden ser tales que cierren por varias vidas la adquisición

FINAL DE UN TRATADO DE INICIACIONES



de la tierra prometida. Sin embargo, cada paso firme y fielmente andado, les lleva cada vez más cerca de su fin, cada año de vida pura incrementa las fuerzas de su espíritu, purga la mente, libera la voluntad, y aumenta su humana majestad. Por otro lado, es vano buscar la unión con Dios en el Espíritu mientras el organismo físico y magnético se mantenga insurgente contra la Naturaleza. La armonía debe establecerse entre el hombre y la Naturaleza antes de que pueda conseguirse la unión entre el hombre y Dios. Pues la naturaleza es la manifestación de Dios; y si el hombre no está en perfecta afinidad con aquello que es visible, ¿cómo podrá amar aquello que es invisible? Las doctrinas Herméticas enseñan la afinidad y solidaridad entre todos los seres, redimidos y glorificados en el hombre. Pues el hombre no está lejos y apartado de las otras criaturas, como si fuera un ángel caído tirado de algún mundo supremo encima de la tierra, sino que es hijo de la tierra, el producto de la evolución, el hermano mayor de todas las cosas conscientes; su señor y rey, pero no su tirano. Es su deber ser para todas las criaturas su Buen Destino; es el guardián, el redentor, el regenerador de la tierra. Si es necesario, puede llamar a sus súbditos como si fuera su rey, pero nunca puede, sin sacrificar su caridad, maltratarlos o afligirlos. Todos los hijos de Dios, en cada lugar y edad, han sido privados de la sangre, en obediencia a una ley oculta que se afirma en el pecho de todos los hombres regenerados. Los Dioses mundanos no son contrarios a la sangre, pues a través de ella son envigorizados y habilitados para manifestarse. Pues los Dioses mundanos son las fuerzas de los elementos astrales en el hombre, cuyos elementos dominan a los no regenerados. Por tanto, los no regenerados están bajo el poder de las estrellas, y sujetos a la ilusión. Siempre que un hombre esté limpio de la contaminación de la sangre, será más difícil que sea engañado por la serpiente astral. Por tanto, dejemos a todos los que buscan el secreto Hermético hacer lo máximo para ganar la vida Hermética. Si la completa abstinencia de todas las formas de comida animal es imposible, dejemos que un grado inferior sea adoptado, y admitamos sólo las carnes menos sangrientas –leche, pescado, huevos, y la carne de los pájaros. Pero en tal caso, dejemos que la intención de los aspirantes esté siempre unida con la de la Naturaleza, y con la voluntad firme de dirigir, siempre que sea posible, una vida aún más perfecta; para que en un futuro nacimiento pueda serle facilitada su consecución. [A. K.]

LOS DISCURSOS DE ASCLEPIO AL REY AMÓN

PARTE I

Dirijo a ti, Oh Rey, un discurso⁴³ comprensible, que es, de alguna manera, la suma y compendio de todos los otros.

Lejos de estar de acuerdo con el vulgo, es totalmente contrario a él. Incluso a ti podría parecerte contradictorio con ciertos de mis discursos. Mi maestro, Hermes, que a menudo conversaba conmigo, solo o en presencia de Tatios, solía decir que aquellos que leyeran mis escritos afirmarían que su doctrina es simple y clara, mientras que en realidad sucede al contrario, está verdaderamente oculta y contiene un sentido escondido. Y se ha vuelto aún más obscura desde que los griegos se encargaron de traducirla de nuestro lenguaje al suyo. Este ha sido el origen de la dificultad y perversión de su sentido. Los caracteres del lenguaje egipcio, y la energía de las palabras que usa, refuerzan el significado en la mente. Y así, tanto como puedas, Oh Rey, y realmente tú eres omnipotente, impide que este discurso sea traducido para que estos misterios no lleguen a los griegos, y que su modo de discurso, adornado y elegante en la expresión, pueda tal vez debilitar el vigor y disminuir la solemne gravedad y fuerza de estas palabras.

Los griegos, Oh Rey, tienen nuevas formas de lenguaje para producir debate, y su filosofía es prodiga en el discurso. Nosotros, en cambio, empleamos el gran lenguaje de los hechos en lugar de palabras.

Empezaré este discurso invocando a Dios, el Maestro del Universo, el Creador y el Padre, el que lo contiene todo, el que es Todo en Uno, y Uno en Todo. Para la plenitud de todas las cosas es Unidad, y en Unidad; y no es ningún término inferior al otro, ya que los dos son uno. Ten en cuenta este pensamiento, Oh Rey, durante toda mi exposición, Vano es intentar distinguir el Todo y el Uno designando la multitud de cosas el Todo, y no su Plenitud. Tal distinción es imposible ya que el Todo no existiría separado de la Unidad; y

⁴³ Este discurso, que normalmente cierra, no precede, los “Fragmentos”, es a veces atribuido erróneamente a Apuleyo; véase el erudito y exhaustivo “Ensayo Introductorio” de Hargrave Jennings a mi Edición Anotada del “Divino Poimandres”. ROBT. H. FRYAR, Bath.

si la Unidad existe, es en la Totalidad; ahora bien existe realmente y nunca deja de ser Uno, si no fuera así la Plenitud se disolvería.

En el seno de la Tierra hay impetuosos manantiales de agua y de fuego; tales son las tres naturalezas de fuego, agua y tierra, procedentes de un origen común. Por lo cual podría pensarse que hay una fuente general de materia, que lo genera todo abundantemente y que recibe existencia desde arriba. Es de este modo que el cielo y la tierra están gobernados por su creador, esto es, el sol, quien causa esencia para fluir hacia abajo, y materia para hacer correr hacia arriba, y quien atrae hacia sí mismo el universo, dándole todo a todas las cosas, pródigas en los beneficios de su resplandor. Es él quien distribuye energías benéficas no sólo en el cielo y por todo el aire, sino también sobre la tierra, e incluso en las profundidades del abismo. Si hay una sustancia inteligible esta tiene que ser la sustancia misma del sol, cuya luz es vehículo de la misma. Pero cuál puede ser su constitución y fuente primera, sólo él lo sabe. Por inducción podemos entender que lo que está escondido a nuestra vista, está necesariamente cerca de él y es análogo a su naturaleza, Pero aquello que nos permite contemplar no es ninguna conjetura, es la espléndida visión que ilumina lo universal y el mundo supremo.

En medio del universo está establecido el sol, como el portador de las coronas; e incluso como un hábil conductor, dirige y mantiene el carro del mundo, manteniendo su curso. Sostiene diestramente las riendas de este, incluso de la vida, el alma, el espíritu, la inmortalidad, y el nacimiento. Y de esta manera, forma todas las cosas, dispensando a inmortales permanencia eterna. La luz, que desde su parte externa mana hacia el cielo, nutre los espacios inmortales del universo. El reposo que rodea e ilumina la totalidad de las aguas, la tierra y el aire, se convierte en la matriz donde germina la vida, donde se inician todos los nacimientos y metamorfosis, que transforman criaturas, mediante un movimiento espiral, haciendo que pasen de una porción del mundo a otra, de una especie a otra, y de una apariencia a otra; y mantiene el equilibrio de sus mutuas metamorfosis, como en la creación de las mayores entidades, Porque la permanencia de los cuerpos consiste en transmutación. Pero las formas inmortales son indisolubles, y los cuerpos mortales se descomponen; tal es la diferencia entre lo inmortal y lo mortal.

Esta creación de vida por el sol es tan continua como su luz; nada la detiene o limita. Alrededor del sol, como un ejército de satélites, hay innumerables coros de Genios. Estos moran en las cercanías de los Inmortales, y desde allí vigilan las cosas humanas.

Cumplen la voluntad de los Dioses por medio de tormentas, tempestades, transiciones de fuego, y terremotos; igualmente con carestías y guerras, para castigar a la impiedad. Pues el mayor crimen de los hombres es la impiedad hacia los Dioses. La naturaleza de los Dioses es hacer el bien, el deber de los hombres es ser piadosos, la función de los Genios es castigar. Los Dioses no responsabilizan a los hombres de las faltas cometidas por error o por valor, por la necesidad que pertenece al destino, o por ignorancia; sólo la iniquidad cae bajo el peso de su justicia.

Es el sol quien preserva y nutre todas las criaturas; e incluso como el Mundo Ideal que rodea el mundo sensible llena a este último con la plenitud y la universal variedad de formas, así el sol al envolverlo todo con su luz, lleva a cabo en todas partes el nacimiento y desarrollo de las criaturas, y cuando caen, destruidas en la carrera, las recoge otra vez en su seno. Bajo sus órdenes está el coro de los Genios, o más bien los coros, puesto que hay muchos y diversos, y su número corresponde al de las estrellas. Cada estrella tiene su Genio, bueno y malo por naturaleza, o más bien por su acción, ya que la acción es la esencia de los Genios. En algunos hay tanto buenas como malas acciones. Todos estos Genios rigen los asuntos mundanos, agitan y trastornan la constitución de Estados y de individuales; imprimen su apariencia en nuestras almas, están presentes en nuestros nervios, en nuestra médula, en nuestras venas, en nuestras arterias, y en nuestra misma sustancia cerebral, y en los rincones de nuestras vísceras. En el momento en que cada uno de nosotros recibe la vida y el ser, es tomado a su cargo por los Genios que rigen los nacimientos, y que están distribuidos bajo los poderes astrales. Estos cambian continuamente, no siempre de forma idéntica, sino girando en círculos. Penetran a través del cuerpo en las dos partes del alma, de modo que pueden recibir de cada una la huella de su propia energía. Pero la parte racional del alma no está sujeta a los Genios; está destinada a la recepción de Dios, que la ilumina con un rayo de sol. Aquellos iluminados de este modo son pocos en cantidad, y son ignorados por los genios; ya que ni los genios ni los dioses tiene poder alguno en presencia del único rayo de Dios. Pero el resto de los hombres, alma y cuerpo, están dirigidos por los genios, de los que parten, y cuyas acciones sufren. Pero la razón no es como el deseo, que engaña y nos conduce erróneamente. Los genios, entonces, tienen el poder sobre las cosas mundanas, y nuestros cuerpos les sirven como instrumentos. Es a este control a lo que Hermes llama Destino⁴⁴.

⁴⁴ Asclepio, a lo largo de su discurso, predica pura doctrina Hermética, la cual desalienta todo tráfico con elementales, astrales, y otras demoníacas influencias, sean benéficas o a la inversa, e instruye al

El Mundo Inteligible está ligado a Dios, el Mundo Sensible al Mundo Inteligible, y a través de estos dos mundos, el sol conduce el efluvio de Dios, que es la energía creativa. A su alrededor hay ocho esferas ligadas a él –la esfera de las estrellas fijas, las seis esferas de los planetas, y aquella que rodea la Tierra. A estas esferas están atadas los genios, y a los genios, los hombres; y de este modo están todos los seres ligados a Dios, que es el Padre universal. El sol es el creador; el mundo es crisol de creación. La Esencia Inteligible rige el cielo, el cielo dirige a los dioses, y bajo estos están clasificados los genios, que guían a la humanidad. Tal es la jerarquía divina, y tal es la acción que Dios lleva a cabo mediante los dioses y los genios por sí mismo. Todas las cosas son parte de Dios, de este modo Dios lo es todo. Creándolo todo, Él se perpetua a sí mismo sin interrupción alguna, ya que la energía de Dios no tiene pasado, y desde el momento en que Dios no tiene límites, su creación no tiene ni principio ni fin⁴⁵.



PARTE II

Si reflexionas, Oh Rey, percibirás que hay corporeidades incorpóreas.

¿Cuáles son? Dice el Rey.

Las corporeidades que aparecen en los espejos; ¿no son incorpóreas?

Es verdad, Tat, dice el Rey; ¡tienes una imaginación maravillosa!

Existen aún otras incorporeidades; por ejemplo, formas abstractas, ¿qué me dices de ellas? ¿No son ellas mismas incorpóreas? Sin embargo se manifiestan en corporeidades animadas e inanimadas.

hombre para buscar la gracia del Espíritu Santo, ascendiendo eternamente hacia adentro y hacia arriba, y habitando en la parte racional y divina de su naturaleza. [A.K.]

⁴⁵ Compárese con esta declaración el pasaje que abre la Sección III. En el *Libro de Hermes a Tatios*, y mi nota sobre ella. El Olimpo Divino, o Monte de Energías, emite un río continuo de Generación, o “Devenir”. Y el equilibrio de la Naturaleza se mantiene de forma continua por un perpetuo retorno de Materia a Esencia, de Existencia a Ser. Con la mano derecha Adonai proyecta; con la izquierda Él toma. La idea principal en este fragmento es el paralelismo entre Hombre y Universo. La totalidad del Sistema solar del Macrocosmos, con su jerarquía de dioses y poderes elementales, está reasumida en el sistema humano del Microcosmos. [A. K.]

Cierto otra vez, Tat.

Así que hay un reflejo de las incorporeidades en las corporeidades, y de las corporeidades en las incorporeidades. En otras palabras, el Mundo Sensible y el Mundo Ideal se reflejan el uno en el otro. Adora, pues, las imágenes sacras, Oh Rey, porque ellas son también formas reflexivas del Mundo Sensible,

Entonces el Rey se levantó y dijo, Me parece, profeta, que es momento de cuidar de nuestros invitados, mañana podemos continuar con esta controversia teológica⁴⁶.



PARTE III

Cuando un músico, deseando dirigir una melodía, es obstruido en su propósito por la falta de afinación de los instrumentos empleados, sus esfuerzos acaban por ser ridículos, y provocan la risa de los oyentes. En vano malgasta los recursos de su arte, o acusa de falsedad a los instrumentos que le reducen a la impotencia.

El gran músico de la Naturaleza, el Dios que preside por encima de la armonía de la canción, y que controla la resonancia de los instrumentos según el ritmo de la melodía, es incansable, porque el cansancio no alcanza a los dioses. Y si un artista dirige un concierto de música, y los trompetistas soplan de acuerdo con su habilidad, los flautistas expresan las delicadas modulaciones de la melodía, y la lira y el violín acompañan la canción, ¿quién pensaría en acusar la inspiración del compositor, o le negaría la consideración que su trabajo merece, si un instrumento perturbara la melodía con disonancia e impidiera al auditorio apoderarse de su pureza? Aún así no podemos culpar a la Humanidad por la impotencia de nuestro propio cuerpo sin impiedad. Para saber que Dios es un Artista de infatigable Espíritu, siempre maestro de su Ciencia, siempre afortunado en sus operaciones, y que concede en todos lados beneficios equitativos. Si Fidias, el creativo artesano, encontrara el material en el que tiene que trabajar, refractario a su destreza, permítenos no culparle a él, que ha trabajado hasta el máximo de su poder; ni acusar al músico de las faltas del instrumento, sino más

⁴⁶ Cuando leo este fragmento, veo que está escrito con un espíritu de gozo. Tat está arguyendo con el Rey, como el modo de su charla muestra claramente. Sin embargo, un significado oculto corre a través del discurso del hijo de Trismegisto. Cuando nombra las imágenes sacras, la alusión escondida es al culto a los Misterios. [A. K.]

bien quejarnos del coro imperfecto, que, bajando o alzando una nota, ha destruido la armonía; y lo peor de todo, más mérito merece aquel que es capaz de obtener de un coro así un tono certero. Lejos de reprochárselo a él, los oyentes estarán complacidos con él. Es de este modo, Oh ilustrísimos oyentes, que nuestra lira interior tiene que ser afinada a la intención del músico.

Puedo incluso imaginar que un músico, privado de la ayuda de su lira, y al ser llamado a producir algún gran efecto musical, pueda, por medios no ensayados, suplir el lugar del acostumbrado instrumento, y despertar con ello el entusiasmo del auditorio. Está relacionado con el que tocaba la cítara, a quien Apolo beneficiaba, que al ser una vez detenido de repente en su ejecución de una melodía por la ruptura de una cuerda, la bondad del Dios suplió la falta y magnificó el talento del artista; porque con la ayuda providencial, una cigarra se interpuso en su canción y ejecutó las notas perdidas con las que la cuerda rota habría sonado. El músico, tranquilizado, y no turbado ya por el incidente, obtuvo el triunfo. Siento en mí, Oh nobles oyentes, algo parecido; porque, ahora, estando convencido de mi incapacidad y debilidad, el poder del Ser Supremo para ayudarme ha suplido la melodía con la que alabar al rey, Porque la intención de este discurso es declarar la gloria de las realezas y sus hazañas. ¡Adelante, entonces! El músico lo desea, y ¡para eso está la lira afinada! ¡Que pueda la grandeza y dulzura de la melodía responder al propósito de nuestra canción!

Y ya que hemos afinado nuestra lira para cantar con himnos la alabanza de reyes, y para celebrar su renombre, permítenos alabar primero al buen Dios, al supremo Rey del universo. Después de Él glorificaremos a aquellos que reflejan Su imagen y sostienen el cetro de realeza. Los mismos reyes están satisfechos de que la canción descienda desde arriba, grado tras grado, que esta aspiración les eleve al Cielo desde donde la victoria les llega. Permite al cantor, entonces, alabar al poderoso Dios del universo, siempre inmortal, cuyo poder es eterno como Él mismo, el primero de los Vencedores, de Quien vienen todos los triunfos, sucediéndose uno a otro. Permítenos apresurarnos a cerrar nuestro discurso, que debemos ofrecer en alabanza a los reyes, incluso a aquellos que son guardianes de la paz y de la seguridad general; que sostienen del señor supremo su antiguo poder, y reciben la victoria de su mano; aquellos cuyos cetros brillan resplandecientes para anunciar las penalidades de la guerra, cuyos triunfos anticipan el conflicto; y a quienes se les concede no sólo reinar, sino también vencer; cuyo mismo avance para el combate bate al bárbaro enemigo con miedo.



PARTE IV

Este discurso termina donde empezó, con la alabanza del Ser Supremo, y después de los más sagrados reyes por los que obtenemos la paz. Así que habiendo celebrado la Omnipotente grandeza, es a esta grandeza a la que volvemos al finalizar este discurso. Así como el sol nutre todos los gérmenes, y recibe la promesa de los frutos con sus rayos, que como manos divinas, recoge para el Dios; así como esas manos divinas reúnen también los dulces aromas de las plantas, asimismo nosotros, tras haber empezado por la adoración del Más Alto y la emanación de su Sabiduría, después de haber reunido en nuestras almas la fragancia de esas flores celestes, tenemos ahora que recoger la dulzura de su sagrada cosecha, la que Él, con fecundas lluvias, bendecirá. Pero aún si tuviéramos diez mil bocas y diez mil voces para glorificar al Dios de toda la pureza, al Padre de las Almas, no seríamos capaces todavía de celebrarle dignamente; porque los recién nacidos no pueden, efectivamente, exaltar correctamente a su padre, pero como hacen todo lo que pueden, reciben indulgencia. Tal vez vemos en esto la gloria de Dios, que Él es superior a todas las criaturas; Él es el principio, Él es el Fin; en Él ellos reconocen a su Padre, todopoderoso e infinito.

Sucede lo mismo con nuestro rey. Nosotros, que somos sus hijos, amamos exaltado; y pedimos la indulgencia de nuestro padre, aún si, antes de pedirla, nos hubiera sido concedida. Un padre, lejos de dar la espalda a sus pequeños y a sus niños recién nacidos, debido a su debilidad, se regocija al reconocerse en ellos. La Gnosis universal que comunica la vida con todo, y nos permite alabar a Dios, es en sí misma un regalo de Dios. Porque Dios, siendo bueno, tiene en sí mismo la plenitud de toda perfección; siendo Inmortal, contiene en sí mismo inmortal quietud, y su poder eterno manda a este mundo una saludable bendición. En la jerarquía que Él contiene no hay diferencias ni variaciones, todos los seres en él son sabios, la misma providencia está en todos, la misma inteligencia los gobierna, el mismo sentimiento les incita a una bondad mutua, y el mismo amor produce entre ellos armonía universal.

Por tanto, permítenos alabar a Dios y después de Él a los reyes que de Él reciben el cetro. Y habiendo inaugurado las alabanzas a los reyes, déjanos glorificar la piedad hacia el Supremo.

Que nos instruya sobre como loarle, y pueda su ayuda asistirnos en este estudio. Que pueda nuestro primer y principal empeño servir de celebración del miedo a Dios y a la alabanza de los reyes. Ya que a ellos se debe nuestra gratitud por la fértil paz que por sus medios disfrutamos. Es la virtud del rey, y su nombre, lo único que obtiene paz; se llama Rey porque sobrepasa en realeza y poder, y porque reina por la razón y la paz, Está por encima de todas las realezas bárbaras, su mismo nombre es símbolo de paz. El sólo nombre del Reyes suficiente a menudo para ahuyentar al enemigo. Sus imágenes son faros de seguridad en la tempestad. Porque la misma imagen de nuestro Rey procura victoria, confiere seguridad, y nos hace invulnerables⁴⁷.

FINAL DE LOS DISCURSOS DE ASCLEPIO

⁴⁷ Patrizzi rechaza la adscripción del fragmento titulado “Asclepio al Rey Amón” al discípulo de Hermes, considerándolo indigno de alguien que ha disfrutado de las instrucciones de tan gran hombre. El Dr. Ménard apunta que a pesar de la invectiva contra los griegos y la lengua griega, la primera sección de este fragmento estaba sin duda escrita en esta misma lengua, como prueba la referencia hecha en la tercera sección βασιλενζ (el rey), y la derivación etimológica de la palabra βαινεν (sobrepasar), así como las alusiones a Fidias, y a Eunomio, un músico de Locris, en la segunda sección. La descripción del sol como un conductor de carros, y la referencia a “el que lleva las coronas”, están también inspiradas por usos griegos. En Egipto el sol era siempre representado transportado en una barca o bote flotante sobre las aguas del Nilo. El Dr. Ménard se inclina, por tanto, a creer que las observaciones despectivas concernientes a los griegos tienen que haber sido introducidas por una mano fraudulenta, para engañar al lector a propósito del verdadero origen del fragmento. El Dr. Ménard es de la opinión, además, de que el rey, o reyes de los que se habla en el fragmento, son los hermanos imperiales Valens y Valentinian. Yo me aventuro a diferir de este punto de vista, y creo, más bien, que el escritor, sea realmente el verdadero Asclepio o no, usa ciertamente las palabras “rey”, “reyes”, y “realezas” en un sentido oculto. Porque si pretendía, como el Dr. Ménard supone, un mero elogio común de un monarca reinante o monarcas –sea Amón, o Valens y su hermano– ¿qué propósito tendría la declaración de que sus escritos son “verdaderamente ocultos y contienen un sentido escondido”? Todo lo dicho en el fragmento concerniente a la realeza es perfectamente aplicable al místico Osiris, la naturaleza de cuya realeza ha sido explicada en otro lado. Osiris es el reflejo y copia en el Hombre del supremo Señor del Universo, el modelo ideal de la humanidad; por consiguiente el alma, o ego esencial, presentándose para el juicio en el mundo espiritual, es descrita en el Ritual Egipcio de los Muertos como “un Osiris”. Es a este Osiris, o rey dentro de nosotros, nuestra más alta Razón, el verdadero Mundo de dios, a quien debemos perpetua reverencia, servicio, y fiel obediencia. [A. K.]

FRAGMENTOS DEL LIBRO DE HERMES A SU HIJO TATIOS

PARTE I

Hermes:

Es por el amor al hombre y la veneración a Dios, Oh hijo mío, que empiezo a escribir esto. Porque no hay otra religión verdadera que meditar en el universo y dar gracias al Creador; y estas cosas no pararé de hacerlas nunca.

Tatios:

¿Oh padre, si nada aquí abajo es real, cómo puede uno emplear su vida de manera sabia?

Hermes:

Sé religioso, hijo mío, la religión es la filosofía elevada; sin filosofía no hay religión elevada. El que se instruye a sí mismo en el universo, su ley, su principio, y su fin, da las gracias por todas las cosas al Creador como a un padre misericordioso, un buen protector, y un profesor leal. Esta es la religión, y a través de ella sabemos donde está la verdad. El conocimiento hace crecer la religión. Porque cuando el alma, una vez encarcelada dentro del cuerpo, se ha alzado hacia la percepción del Bien y la Verdad verdaderos, no puede caer de nuevo. El poder del amor, y el olvido de todas las cosas malvadas, prohíben al alma que conoce a su Creador separarse del Bien. Aquí, hijo mío, está el objetivo de la religión; si puedes conseguirlo, tu vida será pura, tu muerte será feliz; tu alma sabrá hacia dónde debe dirigir su vuelo. Este es el único camino que conduce a la Verdad, el que nuestros ancestros pisaron, y por el cual llegaron al Bien. Este camino es hermoso y llano; sin embargo, es difícil para el alma andar en él mientras esté enclaustrada en la prisión del cuerpo. Porque primero tiene que luchar contra sí misma, y cuando ha conseguido la división de sí misma, debe someterse a esa parte de sí misma que es la primera en dignidad. Porque la *una* pelea en contra de la *dos*, la primera se elevaría de

buen grado, pero la segunda la arrastraría hacia abajo⁴⁸. Y su victoria tampoco es la misma en ambas partes; porque la *una* tiende hacia el Bien, y la *dos*, hacia el Mal; la *una* sería libre, la *dos* se inclina hacia la servidumbre. Si se venciera a la *dos*, quedaría un baluarte como defensa para ellas y para su maestro; pero si la *una* es la más débil, es arrastrada por la *dos*, y castigada en esta vida aquí abajo. Es la *una*, hijo mío, quien debe ser tu guía. Asegúrate de que te unges con aceite para la batalla, lucha durante toda la vida, y mantente victorioso.

Y ahora, hijo mío, estoy a punto de resumir nuestros principios; entenderás mis palabras recordando aquello que has aprendido.

Todos los seres están dotados de movimiento; sólo el no-ser es inmóvil. Todos los cuerpos se transforman; sólo algunos se descomponen. No todas las criaturas son mortales; pero tampoco son todas inmortales. Aquello que es disoluble es corruptible; aquello que es permanente es inmutable; aquello que es inmutable es eterno; aquello que se genera continuamente se corrompe continuamente, pero aquello que sólo nace una vez no se corrompe y no se transforma en ninguna otra cosa. Primero Dios, luego el Universo, y después el Hombre; el Universo para el Hombre, y el Hombre para Dios. La parte emocional del Alma es mortal; su parte racional es inmortal, toda sustancia está sujeta al cambio. Todo ser es dual; ningún ser es permanente. No todas las cosas están animadas por el alma, pero todo lo que es un ser está animado por el alma. Todo lo que es pasivo es sensible. Todo lo que sufre y disfruta es una criatura mortal; todo lo que disfruta y no sufre no es un ser inmortal. No todos los cuerpos están sujetos a la enfermedad, pero todos los cuerpos que están sujetos a ella son destructibles. En Dios está la Inteligencia; en el hombre la Razón. La Razón está en la Inteligencia, la Inteligencia no es transitoria. No hay nada real en lo corpóreo; no hay nada falso en lo incorpóreo, Todo lo que nace cambia, pero no todo lo nacido se corrompe. No hay nada perfecto sobre la tierra, ni nada malo en el cielo. Dios es perfecto; el hombre es malvado. El bien viene por voluntad; el mal en contra de la voluntad. Los Dioses eligen lo bueno como bueno. El tiempo es divino; la ley humana. El Mal es el pábulo del mundo; el Tiempo es la destrucción del hombre. Todas las cosas en el cielo son inmutables; nada en la tierra es inmutable. En el cielo, entonces, no hay servidumbre; en la tierra no hay libertad. Nada en el cielo es desconocido; en la tierra nada es conocido. No hay nada en común entre las cosas celestiales y las cosas terrenales.

⁴⁸ Como Platón, dice el Dr. Ménard, aquí Trismegisto opone la Inteligencia, *primera* parte del alma, a las otras dos partes, la Pasión y el Deseo. [A. K.]

Nada puede tener reproches en el cielo; en la tierra no hay nada sin reproche. Lo inmortal no conoce la mortalidad; como lo mortal no conoce la inmortalidad. Aquello que se siembra no crece siempre; pero aquello que crece ha sido siempre sembrado. Los cuerpos corruptibles tienen dos periodos de existencia: el de la concepción al nacimiento, y el del nacimiento a la muerte, pero la entidad eterna tiene solamente un periodo desde el momento del nacimiento. Los cuerpos disolubles crecen y decrecen. La materia disoluble se divide de acuerdo con dos términos contrarios –destrucción y nacimiento; la sustancia inmortal se divide o entre sí misma o entre sus similares. El nacimiento del hombre es la destrucción; la destrucción del hombre es un elemento de nacimiento. Aquello que termina empieza; aquello que empieza termina. Entre los seres, algunos están en cuerpos, otros en formas, otros en energías. El cuerpo está en formas; la forma y la energía están en cuerpos. Lo inmortal no recibe nada de lo mortal; pero lo mortal recibe de lo inmortal. Lo mortal no entra en una forma inmortal; pero lo inmortal entra en un cuerpo mortal. Las energías no tienden hacia arriba, pero tampoco hacia abajo. Aquello que está en la tierra no se beneficia de aquello que está en el cielo; pero todo lo que está en el cielo se beneficia de lo que está en la tierra. El cielo contiene entidades inmortales; la tierra contiene cuerpos que perecen. La tierra es irracional; el cielo es racional. Las cosas celestiales están bajo el poder del cielo; las cosas terrenales están sobre la tierra. El cielo es el elemento primordial. La divina providencia es el orden; la necesidad es el instrumento con el que trabaja la providencia. La casualidad es el vehículo del desorden, la falsa imagen de la energía, una apariencia ilusoria. ¿Qué es Dios sino inmutable Bien, o el hombre sino continuo mal?

Recordando estos principios, fácilmente recordarás las cosas que te he explicado más extendidamente, y que se resumen en ellos. Pero evita hablar de ellos a la multitud; no es que desee prohibir que la multitud sepa tales cosas, pero no quiero exponerte a las burlas de los vulgares. Lo similar atrae a lo similar; pero entre disimilares no hay comunión. Estos discursos deberían tener un reducido número de oyentes, de otra manera hasta dentro de mucho tiempo no tendrán ninguno. Además hay también un peligro especial, porque mediante ellos los malvados podrían investigar formas de hacer el mal. Guárdate, entonces, de la masa, que no puede entender la virtud de estos discursos.

Tatios:

¿Qué quieres decir, padre mío?

Hermes:

Escucha, hijo mío. La raza humana está arrastrada hacia el mal. El mal es su naturaleza, y le satisface. Si los hombres aprendieran que el mundo es creado, que todo está hecho de acuerdo con la necesidad y la providencia, y que todas las cosas están gobernadas por la necesidad y el destino, empezarían pronto a despreciar todas las cosas porque han sido creadas; a atribuir vicio al destino, y a dar rienda suelta a todo tipo de iniquidad, entonces, abstente de la multitud, para que mediante la ignorancia se mantenga al vulgo en unos límites, incluso a través del miedo a lo desconocido.



PARTE II

Tatios:

Me has explicado estas cosas, padre mío, pero instrúyeme más sobre esto. Me has dicho que el conocimiento y el arte son las actividades de la razón; y ahora dices que a los animales salvajes se les llama así porque no tienen razón. Entonces obligatoriamente se deduce que no tienen ni conocimiento ni arte.

Hermes:

Sí, así es, hijo mío.

Tatios:

¿Cómo puede ser entonces, padre, que contemplemos a determinados animales haciendo uso de conocimiento científico y constructivo; como, por ejemplo, las hormigas que almacenan provisiones para el invierno, los pájaros que diseñan nidos, el ganado que conoce sus establos y vuelve allí?

Hermes:

No es ni la ciencia ni el arte lo que les dirige, hijo mío, sino la naturaleza. La ciencia y el arte se adquieren, pero estas criaturas no han adquirido nada. Aquello que se realiza de manera natural es producto de la actividad universal; la ciencia y el arte pertenecen sólo a aquellos que los han adquirido. Las funciones que son el patrimonio común son

funciones naturales. Así, todos los hombres pueden hacer uso de sus ojos, pero no todos son músicos, arqueros, cazadores, etc. Sólo unos cuantos entre la multitud aprenden una ciencia o un arte, lo ejercitan. Si de alguna manera algunas hormigas hicieran lo que otras hormigas no hacen, entonces podrías decir con razón que poseen la ciencia o el arte de almacenar provisiones. Pero todas actúan de la misma manera bajo los impulsos de la naturaleza y sin un intento deliberado; de donde se deduce que no les dirige ni la ciencia ni el arte.

Las actividades, Oh Tatios, son incorpóreas, y están ejercitadas en el cuerpo y mediante el cuerpo. Como son incorpóreas, puedes llamarlas inmortales; como no pueden ser ejercitadas de otra manera que mediante un cuerpo, yo digo que están siempre dentro de un cuerpo. Aquello cuyo fin y causa están determinados por la providencia y la necesidad no puede permanecer inactivo. Aquello que es debe seguir siendo, allí está su cuerpo y su vida. Por esta razón siempre habrá cuerpos; por lo que la creación de los cuerpos es una función eterna. Porque los cuerpos terrenales son corruptibles; sin embargo, los cuerpos son necesarios como moradas e instrumentos de las energías. Ahora, las energías son inmortales; y aquello que es inmortal está siempre activo. La creación de los cuerpos es, entonces, una función, y una función eterna.

Las energías o facultades del alma no se manifiestan a la vez; algunas de ellas se manifiestan desde el momento del nacimiento del hombre, en la parte no racional de su alma; y a medida que la parte racional se va desarrollando con la edad, las facultades elevadas ceden su asistencia. Las facultades están unidas a los cuerpos. Descienden de las formas divinas a las formas mortales, y mediante ellas se crean los cuerpos. Cada una de las facultades ejerce una función ya sea del cuerpo o del alma, pero sobreviven en el alma independientemente del cuerpo. Ella no puede vivir sin él, pero las facultades no pueden manifestarse a menos que sea en un cuerpo. Esto, hijo mío, es un discurso arcano. El cuerpo no puede permanecer sin el alma, pero los seres sí.

Tatios:

¿Qué quieres decir, padre mío?

Hermes:

Compréndeme, Oh Tatios. Cuando el alma se separa del cuerpo, el cuerpo permanece, pero está socavado por la disolución interior, y acaba por desintegrarse. Este efecto no podría producirse sin una causa activa; entonces, permanece alguna energía en el cuerpo después de la retirada del alma. Entre una entidad inmortal y una entidad mortal hay esta diferencia: la primera está formada por una sustancia simple, pero la segunda no. Una es activa, la otra pasiva. Todo ser activo domina, todo ser pasivo obedece; uno es libre y gobierna; el otro está en servidumbre, y está sujeto a la impulsión.

Ahora, las energías no están sólo en cuerpos animados, sino también en cuerpos inanimados. Mediante las energías estas cosas crecen, fructifican, maduran, se descomponen, se disuelven, se pudren, se desintegran y sufren todos estos cambios a los que son susceptibles todos los cuerpos inanimados. Porque la energía es lo que produce el cambio, o el *devenir*. Y el devenir es múltiple, o más bien universal. Nunca le faltará al universo nada capaz de nacer, porque los seres son continuamente dados a luz por él y son continuamente destruidos. Toda energía es pues indestructible, no importa de qué naturaleza sea o en que cuerpo se manifieste, Pero entre las energías, algunas se ejercen en entidades divinas, algunas en entidades mortales; algunas son universales, otras especiales; algunas actúan sobre las especies, otras en los individuos que pertenecen a estas. Las energías divinas se ejercen en entidades divinas, y son perfectas como ellas, Las energías parciales actúan mediante seres vivos; las energías especiales en todo lo que existe. De lo que resulta, hijo mío, que todo el universo está lleno de energías. Como las energías necesariamente se manifiestan en cuerpos, hay muchos cuerpos en el universo. Sin embargo, las energías son más numerosas que los cuerpos, porque a menudo existen una, dos, tres energías en un cuerpo, sin contar aquellas que están distribuidas universalmente. Yo llamo a estas energías universales que son inseparables de los cuerpos y que se manifiestan mediante sensaciones y movimientos, y sin las cuales no podría existir ningún cuerpo. Las sensaciones acompañan a las energías, o más bien son la consecuencia de estas.

Comprende, Oh hijo mío, la diferencia que existe entre las energías y las sensaciones. La energía proviene de arriba; la sensación es del cuerpo, y del cuerpo nace su ser. Es el asiento de la energías, que se manifiestan a través de él, y del que obtiene, de alguna manera, un vehículo. Por esta razón yo digo que las sensaciones son corpóreas y mortales; su existencia está ligada a la del cuerpo, nacen en él, y en él mueren. La energías inmortales no tienen sensaciones, precisamente por la naturaleza de su esencia,

porque no puede haber otra sensación que la de un bien o un mal que sucede a un cuerpo o que proviene de él, y las entidades inmortales no están sujetas a estos accidentes.

Tatios:

¿La sensación, entonces, es experimentada por todos los cuerpos?

Hermes:

Sí, hijo mío, y en todos los cuerpos actúan las energías.

Tatios:

¿Incluso en los cuerpos inanimados, padre mío?

Hermes:

Incluso en los cuerpos inanimados. Las sensaciones son de diferentes tipos, aquellas de los seres razonables están acompañadas de la razón; aquellas de los seres sin razón son puramente corpóreas; aquellas de los seres inanimados son pasivas, y consisten sólo en el crecimiento y la descomposición. Empezando desde un principio y llegando a un fin, la pasión y la sensación son de la misma manera producto de las energías. En los seres animados, hay otras dos energías que acompañan a las pasiones y a las sensaciones –a saber, la alegría y la tristeza. Sin ellas, el ser animado, y sobre todo, el ser razonable, no sentirían nada: se las podría considerar entonces como modos de afecto en los seres razonables, y en realidad en todos los seres vivos. Son actividades manifestadas por las sensaciones, movimientos corpóreos producidos por la parte irracional del alma. La alegría y la tristeza son igualmente malas; porque la alegría –esto es, la sensación acompañada por el placer– lleva consigo grandes males; la tristeza, de la misma manera, conlleva castigos y sufrimiento, pero más severos. Tanto la alegría como la tristeza son, entonces, malas.

Tatios:

¿Es la sensación la misma cosa en el cuerpo y en el alma, padre mío?

Hermes:

¿Qué quieres decir, hijo mío, con la sensación del alma?

Tatios:

El alma es completamente incorpórea, Pero la sensación es como un cuerpo, pues existe en el cuerpo.

Hermes:

Si la situamos en el cuerpo, hijo mío, es cierto que la asimilamos al alma o ~ las energías, que, aunque estén en el cuerpo, son incorpóreas, Pero la sensación no es ni una energía ni un alma, ni nada distinto del cuerpo; no es, por tanto, incorpórea. Si no es incorpórea, debe ser entonces corpórea, porque no hay nada que no sea ni corpóreo ni incorpóreo.



PARTE III

El Señor, el Creador de las formas inmortales, Oh Tatios, después de haber realizado su Trabajo, no hizo nada más, ni tampoco ahora hace nada más. Una vez encomendadas y unidas las unas a las otras, estas formas eternas se mueven sin necesidad de nada; o si, en verdad, son necesarias las unas a las otras, no tienen al menos necesidad de ninguna impulsión superflua, ya que son inmortales, Esta debería ser en verdad la naturaleza de las creaciones del Dios supremo. Pero nuestro creador (inmediato) tiene un cuerpo; nos ha dado a luz, e incesantemente da a luz, y dará a luz cuerpos mortales y disolubles, porque no debe imitar a su propio Creador, y sobretodo, no puede. Al principio ha desarrollado sus creaciones de su propia esencia, primordial e incorpórea; después nos ha formado de aquello que es corpóreo y engendrado.

De lo que se deduce naturalmente, que las formas celestiales nacidas de esencias incorpóreas son imperecederas, mientras que nuestros cuerpos, constituidos de materia corpórea, son consecuentemente débiles en sí mismos, y necesitan ayuda externa.

Porque ¿cómo podría la combinación que compone nuestros cuerpos estar sustentada, si no estuviera alimentada y apoyada continuamente por la misma naturaleza? La tierra, el agua, el fuego, y el aire fluyen en nosotros y renuevan nuestra envoltura. Somos tan débiles que ni siquiera podemos soportar un solo día de movimiento. Tú sabes bien, hijo mío, que sin el reposo de la noche nuestros cuerpos no resistirían la fatiga del día. Por esta razón nuestro bondadoso creador, en su providencia universal, ha asegurado la vida continua de las criaturas inventando el sueño, el regenerador del movimiento, y le ha asignado al reposo un tiempo igual o incluso mayor (al del trabajo). Piensa, hijo mío, en la virtud del sueño, opuesta a la del alma, y no menos energética. Porque si la función del alma es el movimiento, los cuerpos no pueden vivir sin el sueño, que libera y desata el yugo del organismo, y mediante su acción restauradora le concede la materia que necesita, dando agua a la sangre, tierra a los huesos, aire a los nervios y a los vasos sanguíneos, y fuego a los ojos. Y de aquí proviene el gran placer que el cuerpo encuentra en el sueño⁴⁹.



PARTE IV

Se establece un gran poder divino, Oh hijo mío, en medio del universo, contemplando todo lo que hacen los hombres en la tierra. En el orden divino todo está gobernado por la providencial Necesidad; entre los hombres la misma función le pertenece a la Justicia. El primero de estos gobiernos incluye las cosas celestiales, que los Dioses ni transgredirán ni podrán transgredir; como no están sujetos al error, que es la fuente del pecado, están libres de pecado. La segunda, la Justicia, debe corregir, sobre la tierra, el mal que hay entre los hombres. La raza humana, como es mortal, y formada de una materia corruptible, está es disposición de caer cuando la visión de las cosas divinas no la alimenta (en virtud). Mediante las energías que toma de la Naturaleza, el hombre está sujeto al Destino; mediante los errores de su vida, a la Justicia.

⁴⁹ El pasaje inicial de este discurso fragmentario no confundirá al lector si tiene presente el carácter panteísta de todas las enseñanzas Herméticas. El influjo de la sustancia divina en el universo es perpetuo, pero los canales o formas a través de los que fluye son inmutables, incambiables, y autosuficientes. El método de la naturaleza está determinado desde el principio, y no tiene capacidad para la variación o la intermitencia. Pero el descenso de las almas a la generación es un proceso continuo, y no cesará hasta que el periodo creativo o “Día de la Manifestación” se cierre. No ha habido nunca ninguna suspensión de las energías divinas desde el comienzo del trabajo primordial. El flujo del Ser en la Existencia es interminable, si no fuera así la generación natural cesaría, y la evolución se detendría. El creador secundario mencionado en este fragmento es Demiurgo, el fabricante del universo material. [A. K.]



PARTE V

Aquí está, entonces, lo que puede decirse de los tres tiempos. No existen por sí mismos, y no están ligados los unos a los otros; de nuevo, están ligados los unos a los otros y existen por sí mismos. ¿Puede el presente suponerse sin la existencia del pasado? Uno no puede existir sin el otro, porque el presente está generado por el pasado, y es del presente de donde surge el futuro. Si queremos ir a la raíz de la cuestión, debemos razonar así: El tiempo pasado está encerrado en lo que ya no es; el futuro no existe ya que no se ha convertido en presente; el presente, a su vez, deja de ser él mismo en el momento en que se mantiene. ¿Puede llamarse presente a aquello que no resiste por un instante y que no tiene un centro fijo cuando ni siquiera puede decirse que exista? Además, como el pasado no puede distinguirse del presente, y el presente del futuro, se convierten en uno. Hay entre ellos identidad, unidad y continuidad. Entonces, el tiempo es continuo y divisible, incluso cuando es uno e idéntico.



PARTE VI

Oh hijo mío, la materia deviene; antes era, pues la materia es el vehículo del devenir⁵⁰. El devenir es el modo de actividad del Dios no creado y previsto. Habiendo sido dotado con el germen de devenir, nace la materia, pues la fuerza creativa la modela de acuerdo

⁵⁰ El Dr. Ménard observa que en griego la misma palabra significa *nacer* y *devenir*. La idea es que lo material del mundo es en su esencia eterno, pero que antes de la creación o del “devenir”, estaba en una condición de pasividad y sin movimiento. Entonces “era” antes de ser “puesto en operación”; ahora bien, “deviene”, esto es, es móvil y progresivo. La Creación es entonces el periodo de actividad de Dios, que, según el pensamiento Hermético, tiene dos modos: Actividad, o existencia –Dios desarrollado (Deus explicitus); y Pasividad del Ser– Dios supuesto (Deus implicitus). Ambos modos son perfectos y completos, como lo son los estados de conciencia y de sueño del hombre. Fichte, el filósofo alemán, distinguía el Ser (Seyn) como Uno, que conocemos sólo a través de la existencia (Daseyn) como Múltiple. Esta visión es completamente Hermética. Las “Formas Ideales”, que se mencionan en este fragmento, son las ideas arquetípicas o formativas de los Neoplatónicos; las concepciones eternas y subjetivas de las cosas subsisten en la mente Divina anterior a la “creación” o el “devenir”. [A.K.]

con las formas ideales. Cuando la materia no se había engendrado, no tenía forma; deviene cuando se pone en funcionamiento.



PARTE VII

Hablar de lo Real con certeza, Oh Tatios, es una cosa imposible para el hombre, siendo una criatura imperfecta, compuesta de partes imperfectas, y constituida de una colección de partículas extrañas; sin embargo, de la manera que me es posible y permisible, afirmo que la Realidad existe sólo en los seres eternos, las formas de los cuales son también reales. El fuego es el fuego y nada más; la tierra no es otra cosa que la tierra; el aire es sólo aire. Pero nuestros cuerpos están compuestos de todos ellos. Tenemos dentro nuestro, fuego, tierra, agua y aire, que todavía no son ni fuego, ni tierra, ni agua, ni aire, ni nada verdadero. Si, entonces, desde el principio la Realidad es extraña a nuestra constitución, ¿cómo debemos contemplar la Realidad, o hablar de ella, o entenderla, a menos que sea por la Voluntad de Dios? Las cosas mundanas, Oh Tatios, no son entonces reales por sí mismas, sino simulacros de la Realidad, y no todas son ni siquiera eso; algunas son ilusión y error, Oh Tatios, apariencias fantásticas, meros fantasmas. Cuando estas apariencias reciben un influjo de arriba, entonces, se convierten en una similitud de lo Real, pero sin esta influencia superior se mantienen como una ilusión. De la misma manera un retrato es una imagen pintada del cuerpo, pero no el cuerpo que representa. Parece tener ojos, pero no ve nada; orejas, pero no oye nada; y lo mismo sucede con el resto. Es una imagen que engaña a la vista; parece una realidad, pero no es más que una sombra. Aquellos que no contemplan la Falsedad contemplan la Verdad; si, entonces, comprendemos y lo vemos todo realmente como es, vemos lo Real; pero si vemos lo que no es, no podemos ni entender ni saber nada de lo real.

Tatios:

¿Hay entonces, padre, una Realidad sobre la tierra?

Hermes:

La Realidad no está en la tierra, hijo mío, y no puede estar allí, sino que solo puede ser comprendida por unos pocos hombres a quien Dios concede la visión divina. Nada en la tierra

es real, sólo hay apariencias y opiniones en la tierra; pero todo es real por la inteligencia y la razón. Por eso pensar y decir la verdad debe considerarse como real.

Tatios:

¿Qué es lo que dices? ¿Es correcto pensar y decir aquello que verdaderamente es, y sin embargo nada es real en la tierra?

Hermes:

Esto es verdad, que no sabemos nada de la Verdad. ¿Cómo podría ser de otra manera, hijo mío? La verdad es la virtud suprema. El Bien soberano que no es ocultado por la materia, ni circunscrito por el cuerpo; el Bien desnudo, evidente, inalterable, augusto, inmutable, Ahora bien, las cosas que están aquí abajo y que tu ves, hijo mío, son incompatibles con la Bondad; son perecederas, cambiantes, variantes, pasan de forma a forma. Aquello que ni siquiera es idéntico consigo mismo, ¿cómo puede ser real? Todo lo que se transforma es ilusorio, no sólo en sí mismo, sino por las apariencias que nos presenta una tras otra.

Tatios:

¿No es ni siquiera el hombre real, padre mío?

Hermes:

Él no es real, hijo mío, como hombre. Lo real consiste solamente en sí mismo, y permanece como lo que es. El hombre se compone de múltiples elementos, y no continua idéntico consigo mismo. Mientras habite un cuerpo, pasa de una edad a otra, y de una forma a otra. A menudo, después de un corto intervalo de tiempo, los padres no pueden ya reconocer a sus hijos, ni los hijos a sus padres. ¿Aquello que cambia de manera que ya no pueda reconocerse por sí mismo, puede ser algo real, Tatios? ¿No sería mejor pensar que esta sucesión de apariencias diversas es una ilusión? Considera sólo lo eterno y lo Bueno como real. El hombre es transitorio, entonces no es real; no es más que una apariencia, y la apariencia es la ilusión suprema.

Tatios:

Entonces los cuerpos celestiales no son reales en sí mismos, padre mío, ya que ellos también cambian.

Hermes:

Aquello que está sujeto al nacimiento y al cambio no es real, pero los trabajos del gran Padre pueden recibir de Él una sustancia real. Sin embargo, hay en ellos una cierta falsedad, viendo que ellos también son variables, porque nada es real excepto aquello que es idéntico con sí mismo.

Tatios:

¿A qué, entonces, podemos llamar real, padre mío?

Hermes:

El sol, la única criatura que no cambia, y que se mantiene la misma, Por esta razón sólo se le confía a él la ordenanza del universo; el es el jefe y el creador de todo; yo le venero y me postro ante su verdad, y, después de la primera Unidad, le reconozco como creador.

Tatios:

¿Y cuál es, entonces, la Realidad primordial, Oh padre mío?

Hermes:

Aquel que es Uno y solo, Oh Tatios; el que no está hecho de materia, ni de cuerpo, que no tiene color ni forma, Aquel que no cambia ni se transmuta, pero que siempre Es.

Aquello que es ilusión es perecedero, hijo mío. La providencia de lo Real ha limitado y limitará por disolución todas las cosas mundanas, porque la disolución es la condición de todo nacimiento; todo lo que es dado a luz se disuelve para ser de nuevo dado a luz. Es necesario que fuera de la disolución la vida tenga existencia, y que a la vez la vida se descomponga, para que la generación de criaturas no cese nunca. ¡Contempla, entonces, en este nacimiento perpetuo, el Creador ante nosotros! Las criaturas que nacen de la disolución son meras sombras, se convierten a veces en esto, otras veces en aquello, porque no pueden ser lo mismo, ¿y cómo es posible que aquello que no es idéntico a sí mismo, sea una cosa real?

Estas cosas deben, hijo mío, llamarse apariencias, y el hombre debe ser contemplado como una apariencia de la Humanidad; al igual que un niño es la apariencia de la infancia, un hombre joven de la adolescencia, un adulto de la madurez, y un hombre mayor de la senilidad. Porque ¿cómo puede decirse que un hombre es un hombre; un niño, un niño; un joven, un joven; un hombre adulto, un hombre adulto; un hombre mayor, un hombre mayor; cuando, mediante incesantes transformaciones nos engañan respecto a lo que eran y a lo que se han convertido? Contempla, entonces, en todas estas cosas, hijo mío, sólo las apariencias ilusorias de una Realidad superior; y, como esta es la verdad, yo defino Ilusión como la expresión de lo Real.



PARTE VIII

Entender a Dios es difícil; hablar de Dios, imposible. Porque lo corpóreo no puede expresar lo incorpóreo; lo imperfecto no puede comprender lo perfecto. ¿Cómo puede asociarse lo eterno con lo transitorio? Lo primero vive para siempre, lo otro es fugaz; lo primero es lo Real, lo otro es una sombra reflejada. Del mismo modo que la debilidad difiere de la fuerza, o la pequeñez de la grandeza, así difiere lo mortal de lo divino. La distancia que divide el uno del otro oculta la visión de lo hermoso. Los cuerpos son visibles, y aquello que el ojo contempla lo expresa la lengua. Pero aquello que no tiene cuerpo, ni apariencia, ni forma, ni materia, no puede percibirse mediante los sentidos.

Yo comprendo, Oh Tatios, comprendo que aquello que es imposible de definir –aquello es Dios.

[LOS FRAGMENTOS PRECEDENTES PERTENECEN A LAS “ÉGLOGAS FÍSICAS” Y A EL
“FLORILEGIUM” DE STOBÆUS]



FRAGMENTOS DE LOS ESCRITOS DE HERMES A AMÓN

PARTE I

Aquello que con las reglas del universo es Providencia; aquello que contiene el universo y lo limita es la Necesidad; el Destino impulsa y envuelve todas las cosas con la fuerza obligatoria que le pertenece. Es el Destino lo que causa el nacimiento y la disolución de la Vida. El universo, pues, recibe primero la Providencia, la primera ordenada. La Providencia se extiende a los cielos, donde se mueven los Dioses, en perpetuo e inagotable movimiento. Hay Destino porque hay Necesidad. La Providencia prevé, y el Destino determina, la posición de las estrellas. Tal es la ley del universo.



PARTE II

Todas las cosas están producidas por la Naturaleza y el Destino, y ningún lugar está vacío de Providencia. La Providencia es la Libre Voluntad del Dios Supremo; de donde salen dos fuerzas espontáneas, Necesidad y Destino. El Destino está sujeto a la Providencia y a la Necesidad; y al Destino están sujetas las estrellas. Por consiguiente, ningún hombre puede escapar al Destino, ni armarse contra la acción de las estrellas. Porque estas son instrumentos del destino; mediante ellas la voluntad del Destino se cumple en toda la Naturaleza y en la existencia humana⁵¹.

⁵¹ Encomiendo que estos fragmentos sean considerados con cuidado por los Hermenéuticos. Muchas personas encuentran difícil reconciliar la creencia en el “gobierno de las estrellas” con la creencia en la libre voluntad. A primera vista parece injusto y arbitrario que ciertas líneas de vida –incluso las viciosas– estuvieran indicadas por los “gobernantes de natiuidades” como la única línea donde los “nativos” prosperarían; y preguntan de manera incrédula si se puede suponer racionalmente que el “accidente” del día y la hora de nacimiento pueda, a través de la divina providencia, dirigir y dominar toda la carrera de un ser inteligente y responsable. Pero esta objeción es superficial, y el resultado de un conocimiento incompleto. Porque las dificultades de la ciencia astrológica, analizadas a la luz de la Predestinación Kármica o del Destino, no sólo desaparecen, sino que dan lugar al desarrollo de un



PARTE III

El alma es, pues, una esencia incorpórea, y aún cuando está en un cuerpo no pierde completamente su manera de ser. Su esencia es la del movimiento perpetuo, el movimiento espontáneo del pensamiento; pero no se mueve en otra cosa, ni hacia otra cosa, ni por otra cosa. Porque es una fuerza primordial, y aquello que es primordial no necesita aquello que es secundario. La expresión “en otra cosa” es aplicable a espacio, a tiempo, a naturaleza; “hacia otra cosa” es aplicable a armonía, a forma, a figura; “por otra cosa” es aplicable al cuerpo, porque tiempo, espacio, naturaleza, y forma están ligados al cuerpo. Todos estos términos están unidos por lazos recíprocos. El cuerpo requiere espacio, puesto que es imposible concebir un cuerpo sin un espacio ocupado por él, un cuerpo cambia su naturaleza, tal cambio no es posible si no es en un tiempo, y por medio del movimiento en la naturaleza; ni pueden las partes componentes de un cuerpo estar unidas si no es por la armonía de la forma. El espacio existe debido a la corporeidad, contiene sus cambios y le permite no ser aniquilado en esos cambios. El cuerpo pasa de una condición a otra, pero al abandonar su primera condición no deja de ser cuerpo, sólo toma otra condición. Era cuerpo, permanece cuerpo, únicamente su estado varía; por

sistema de causalidad responsable más que lúcido y admirable. Sólo hay una hipótesis capaz de resolver el enigma del Destino, y esta hipótesis es una doctrina común a todas las escuelas de pensamiento –veda, budista, cabalista, Hermética, platónica– la hipótesis, a saber, de múltiples existencias, o la doctrina de la Metempsicosis. El Destino, en opinión de estas filosofías, no es arbitrario, sino adquirido. Cada hombre hace su propio Destino; y nada es más cierto que el dicho que dice *“El carácter es el Destino”*. Porque aquello que en una existencia es Voluntad, se convierte en la siguiente en Destino. Las líneas natales se reparten por las manos de los mismos hombres, ya sean agradables y virtuosos, o en caminos dolorosos y viciosos. Porque de qué manera un ego se conduce a sí mismo en una existencia, sino es por ese conducto, por ese orden de pensamiento y hábito se construye para sí mismo su destino en una existencia futura. Y el ego está encadenado por estas influencias prenatales, y estas le obligan irremediabilmente a una nueva natividad al tiempo de esta conjunción de planetas y signos, como le obligan a ciertos cursos, o le inclinan fuertemente a ellos. De ahí que Hermes diga que el “Destino” o Karma “determina la posición de las estrellas”. Y si el curso que se define es malvado, y el gobierno tal que favorezca propensiones mayoritariamente viciosas, el aquejado ego, aunque esté recogiendo los frutos de sus propios deméritos, no está libre de remedio. Porque el ego puede oponer su voluntad al gobierno estelar, y heroicamente adoptar un curso opuesto a la dirección de sus influencias natales. Entonces, el ego puede ponerse bajo una maldición durante el período en que estas influencias tengan poder, porque, como Hermes nos dice “ningún hombre puede escapar de su destino, ni protegerse de la acción de las estrellas”, pero a la vez, la voluntad ejercida de esta manera invertirá las afinidades planetarias adquiridas, y dará un nuevo “escenario” a la corriente de predestinación Kármica, de manera que los signos gobernantes de la próxima natividad serán favorables a la virtud y a un estado más elevado. Pero las “estrellas” y las influencias “estelares” que son así los “instrumentos del Destino” son directamente microcósmicas y sólo mediadamente macrocósmicas. [A. K.]

consiguiente, lo que cambia en la corporeidad es cualidad y modo de ser. Espacio, tiempo, y movimiento de la naturaleza, faltos de cuerpo, tienen cada uno su propiedad especial. La propiedad del espacio es la de contener; la propiedad del tiempo es el intervalo y el número; la propiedad de la naturaleza es el movimiento; la propiedad de la armonía es la afinidad; la propiedad del cuerpo es el cambio; la propiedad del alma es el pensamiento.



PARTE IV

Entonces, el alma es una esencia incorpórea; si tuviera un cuerpo sería incapaz de preservarse, ya que cada cuerpo tiene necesidad de respiración y de vida en lo que consiste el orden. Allá donde hay nacimiento hay flujo. “Devenir” presupone magnitud, que es argumentación; argumentación implica disminución, que, a su vez, implica destrucción. Aquello que recibe la forma de vida participa de la existencia por medio del alma. Para producir existencia, es necesario existir; defino existencia como devenir racional y participación en la vida inteligente. La vida constituye la criatura, la inteligencia la hace racional, el cuerpo la hace mortal. El alma es pues incorpórea, y posee una fuerza inmutable. ¿Puede una criatura inteligente existir sin una esencia de vida? ¿Puede ser racional si una esencia inteligente no mantiene en ella vida racional? Si la inteligencia no se manifiesta en todas las criaturas, es debido a la constitución del cuerpo en lo que respecta a la armonía. Si el calor domina en su constitución, la criatura es volátil y ardiente; si domina el frío, es pesada y lenta. La naturaleza distribuye los elementos del cuerpo de acuerdo con la ley de la armonía. Esta combinación armónica tiene tres formas: el calor, el frío y lo templado, La conjunción está establecida conforme a la influencia astral. El alma se apropia del cuerpo destinado a ella, y le da vida por la acción de la naturaleza. La naturaleza asimila la armonía de los cuerpos a la disposición de las estrellas, y la combinación de sus elementos a la armonía de las estrellas; de modo que tiene que haber afinidad recíproca. Porque el propósito de la armonía de las estrellas es generar afinidades conforme con el Destino.



PARTE V

El alma es entonces, Oh Amón, una esencia que contiene su fin en sí misma, que recibe desde el principio la vida preparada para ella, y que atrae hacia ella, como una materia, cierta razón dotada de pasión y deseo. La pasión es una materia, si se conjuga con la parte inteligente del alma, se convierte en coraje, y no cede al miedo. El deseo es también una materia, en asociación con la parte racional del alma, se convierte en aspiración y no cede a la voluptuosidad. Porque la razón ilumina la ceguera del deseo, Cuando las facultades del alma están de este modo coordinadas bajo la supremacía de la razón, producen justicia. El gobierno de las facultades del alma pertenece al Principio Intelectual que subsiste en sí mismo en su razón providente, y tiene como autoridad a su propia razón, Este gobierna como un magistrado; su razón providente le sirve como consejero. La razón de este Principio es el conocimiento de las razones que proporcionan la imagen de racionalidad a lo irracional; una imagen relativamente oscura si la comparamos con la razón, pero racional si la comparamos con lo irracional, como un eco comparado con una voz, o la luz de la luna comparada con la del sol. La pasión y el deseo están constituidos conforme a cierta razón, se atraen mutuamente, y establecen entre ellos una corriente circular de pensamiento, Cada alma es inmortal, y está siempre en movimiento. Porque hemos visto que los movimientos proceden o de energías, o de cuerpos. Hemos visto, también, que el alma, al ser incorpórea, no procede de materia alguna, sino de una esencia incorpórea misma. Cada cosa que nace está necesariamente producida por alguna otra cosa. Dos movimientos acompañan necesariamente cada cosa cuya generación implique descomposición; el del alma que la mueve, y el del cuerpo que la aumenta, la disminuye y la descompone, al descomponerse a sí mismo. Es de esta manera como defino el movimiento de los cuerpos perecederos. Pero el alma está perpetuamente en movimiento, se mueve y produce movimiento sin cesar. Así, cada alma es inmortal y está siempre en movimiento, movida por su propia actividad. Existen tres tipos de alma: la divina, la humana, y la irracional. El alma divina habita en una forma divina, es allí donde ella tiene su energía; allí es donde se mueve y actúa. Cuando este alma se separa de las criaturas mortales, abandona sus partes irracionales y entra en la forma divina; y, como está siempre en movimiento, está suspendida en el movimiento universal. El alma humana tiene algo de divino, pero está ligada a elementos irracionales –deseo y pasión; estos elementos son imperecederos, porque son energías; pero son energías de cuerpos mortales, por lo tanto están alejadas de la parte divina del alma, que habita la forma divina. Cuando esta parte divina entra en un cuerpo

mortal y encuentra allí estos elementos irracionales, se convierte, por medio de su presencia, en un alma humana. El alma de los animales está compuesta de pasión y deseo, por eso los animales son llamados bestias, porque su alma está privada de razón. El cuarto tipo de alma, la que poseen las criaturas inanimadas, está situada fuera de los cuerpos animados. Este alma se mueve en la forma divina, y la impulsa pasivamente⁵².



PARTE VI

El alma es, pues, una esencia eterna e inteligente; que tiene como pensamiento su propia razón. Está asociada al concepto de armonía. Separada del cuerpo físico, perdura en sí misma, es independiente en el mundo Ideal. Controla su razón, y confiere a la entidad que emerge a la vida un movimiento análogo a su propio pensamiento, que es existencia, ya que la propiedad del alma es la de asimilar otras cosas a su propio carácter. Existen dos tipos de movimiento vital: uno conforme a la esencia del alma, el otro conforme a la naturaleza del cuerpo. El primero es general, el segundo particular; el primero es independiente, el segundo está sujeto a la necesidad. Porque toda cosa que se mueve está sujeta a la ley necesaria del motor. Pero el movimiento motor está unido por afinidad al principio inteligente. Corresponde al alma ser incorpórea, y ser esencialmente diferente del cuerpo físico, porque si tuviera un cuerpo no tendría ni razón ni pensamiento. Todos los cuerpos son ignorantes, pero al recibir el espíritu se animan y respiran. La respiración pertenece al cuerpo, pero la razón contempla la belleza de lo esencial. El espíritu sensible discierne las apariencias. Se distribuye en sensaciones orgánicas, la percepción mental es parte de ellas, así como los sentidos del oído, el olfato, el gusto y el tacto. Este espíritu, atraído por el pensamiento, discierne las sensaciones, de otra forma sólo crearía fantasmas, porque pertenece al cuerpo, y recibe todas las cosas. La razón de lo esencial es el juicio. A la razón pertenece el conocimiento de las cosas elevadas; pero al espíritu sensible pertenece la opinión. Este último recibe su energía del mundo externo; en cambio la razón la recibe de sí misma.

[LOS FRAGMENTOS PRECEDENTES PROCEDEN DE “ÉGLOGAS FÍSICAS” DE STOBCEUS]

⁵² Este fragmento me parece extremadamente oscuro e insatisfactorio. Lo incluyo en la serie de escritos Herméticos porque está anotado como tal por Stobreus, pero necesitaría ciertamente mucha interpretación y explicación, si fuera verdaderamente auténtico. [A.K.]



VARIOS FRAGMENTOS HERMÉTICOS

PARTE I

Existen, entonces, el espíritu esencial, la razón, la inteligencia, la percepción. La opinión y la sensación tienden a la percepción, la razón al espíritu esencial; el pensamiento avanza de forma independiente. El pensamiento está asociado a la percepción. Unidos todos ellos se convierten en una única forma, que es la del alma. La opinión y la sensación tienden también a la perfección, pero no perduran en la misma condición, presentan exceso, falta, o variación. Separados de la percepción, se deterioran; aproximándose a ella y siguiéndola, participan de la razón intelectual a través de las ciencias. Nosotros tenemos poder de elección; depende de nosotros elegir lo peor o lo mejor de nuestra voluntad. La elección de la maldad nos aproxima a la naturaleza corpórea, y nos somete al Destino. El espíritu intelectual que está en nosotros, es libre; la razón intelectual es libre también, siempre idéntica a sí misma, e independiente del Destino. Entonces, siguiendo esta razón elevada e inteligente, ordenada por el Dios supremo, el espíritu es superior a la regla de la Naturaleza sobre las criaturas; pero el alma que se ata a esas criaturas participa de su destino, aun siendo ajena a su naturaleza⁵³.



PARTE II

Existe, entonces, un estado del Ser superior a todos los seres, y a todo lo que realmente es. El Ser es aquello por lo que la esencialidad universal es común a todas las entidades

⁵³ En este fragmento el poder de la voluntad humana se afirma de forma clara como el único instrumento con el que puede controlarse el Destino. Mediante un continuado y ardiente esfuerzo hacia lo puramente espiritual e inteligente, el alma se libera del poder del Destino (Karma), y pasa a la beatitud. Trasciende el orden natural, y entra en lo divino. Esto es Santidad. Inversamente, al atarse a las cosas sensibles, y al consentir ser guiado por la pasión y el deseo hacia una existencia ilusoria, es atrapada por la rueda del Destino que siempre gira, y queda sujeta al orden de la Naturaleza, que es el de la Metamorfosis. Mientras que su verdadero deber y felicidad son la aspiración continua hacia arriba, dirigiéndose por medio de la pasión y el deseo purificados hacia el Único, y lejos de lo Múltiple. [A.K.]

inteligibles que realmente existen. La naturaleza es esencialidad sensible, e incluye en sí misma a todos los objetos sensibles. A mitad de camino se encuentran los dioses intelectuales y conscientes, Los conceptos de inteligencia están ligados a los dioses intelectuales, los conceptos de opinión a los dioses conscientes, que son reflejo de las inteligencias; como, por ejemplo, el sol, es imagen del Dios creador y celestial. Porque Dios ha creado el universo, así el sol crea los animales, produce plantas, y gobierna las cosas fluidas.

[ESTOS FRAGMENTOS PROCEDEN DE LAS ÉGLOGAS DE STOBEUS, "FÍSICA Y MORAL"]



PARTE III

Por consiguiente la visión incorpórea proviene del cuerpo para contemplar la belleza, elevándose a sí misma y adorando, no la forma, ni el cuerpo, ni la apariencia, sino aquello que, detrás de todo, está calmado y tranquilo, es substancial e inmutable; aquello que es todo, solo y único, aquello que es por sí mismo y en sí mismo, similar a sí mismo, y sin variación.



PARTE IV

Si entendieras este único y solo Bien, no encontrarías nada imposible, porque allí está toda la virtud, No pienses que este Bien es cualquiera, ni que está fuera de cualquiera. No tiene límite, siendo el límite de todo. Nada lo contiene, lo contiene todo en sí mismo. Porque ¿qué distinción hay entre lo corpóreo y lo incorpóreo, lo creado y lo no creado; entre aquello sujeto a la necesidad y aquello libre; entre las cosas terrestres y las cosas celestiales, las cosas corruptibles y las cosas eternas?

¿No es que estas subsisten libremente y aquellas están sujetas a la servidumbre de la necesidad? Aquello que es inferior es imperfecto y perecedero.



PARTE V

Bajo la naturaleza y el mundo ideal está situada la pirámide. Su ángulo de piedra, situado en su cima, es el Mundo creador del Señor universal, el cual, después de Él, es el primer Poder, no creado, infinito, engendrado de Él y precedente a todas sus creaciones. Él es la producción del Más Perfecto, el Hijo fecundo y verdadero. La naturaleza de este Mundo Inteligente es generadora y productiva. Llámalo como quieras –generación, o naturaleza, o carácter. Pero piensa esto sólo, que él es perfecto en lo Perfecto, y surgido de lo Perfecto, que todas sus obras son perfectamente buenas, y que él es la fuente de creación y de vida. Siendo tal su naturaleza, él está bien nombrado.

* * * * *

Si no fuera por la providencia del Señor del universo, quien me induce a revelar estas palabras, no tendrías un deseo tan grande de investigar en estos asuntos. Ahora, por tanto, escucha el final de este discurso. Este espíritu del que he hablado tan a menudo es necesario a todo; porque todo lo mantiene, a todo da vida, todo lo nutre. Fluye de la Fuente sagrada, y acude sin cesar en ayuda de los espíritus y de todas las criaturas vivientes.

[LO PRECEDENTE PROVIENE DE CYRIL]



PARTE VI

“Así la Luz Ideal era antes la Luz Ideal, y la Inteligencia luminosa de la Inteligencia existió siempre, y su unidad no era otra que el Espíritu envolviendo el universo. Fuera de Él no está Dios, ni los Ángeles, ni otros esenciales, porque Él es el Señor de todas las cosas y el poder y la luz; y todo depende de Él y está en Él. Su Mundo perfecto, generativo y creador, al descender a la Naturaleza generativa y al agua generadora, hace el agua fértil”.

Habiendo hablado así, se alzó y dijo: “¡Te conjuro por la Palabra, único Hijo del Padre que sostiene todas las cosas: sé favorable, sé favorable!”

[ESTE FRAGMENTO ES CITADO POR SUIDAS]



PARTE VII

Siete Planetas giran en los caminos del Olimpo, y por ellos se mide la Eternidad: La Luna que ilumina la noche, el sombrío Cronos, el venerable Sol, la Diosa Paphian, protectora del matrimonio, el valiente Ares, el fecundo Hermes, y Zeus el principio de nacimiento y la fuente de la naturaleza. Estos, asimismo, han recibido la raza humana en herencia; y están, dentro de nosotros, la Luna, Zeus, Ares, Afrodita, Cronos, Febo, Hermes. Además, dibujamos con el fluido etéreo nuestras lágrimas, nuestra risa, nuestra ira, nuestra palabra, nuestra generación, nuestro sueño, nuestro deseo. Las lágrimas son de Cronos, la generación de Zeus, el habla de Hermes, el valor de Ares, el sueño de Artemis, el deseo de Cítrea (Afrodita), la risa de Apolo, porque es él quien esparce júbilo en el pensamiento humano y en el mundo infinito.

[ESTE FRAGMENTO, CITADO POR STOBEO, ESTÁ EN VERSO, Y HEEREN SUPONE QUE ES PARTE DE UN HIMNO ÓRFICO. ES ENTERAMENTE HERMÉTICO, Y SU RECONOCIMIENTO DEL HOMBRE COMO EL EPÍTOME Y REFLEJO DEL UNIVERSO ESTÁ TOTALMENTE DE ACUERDO CON LA ENSEÑANZA CABALÍSTICA] [A.K]



PARTE VIII

Hermes afirma que aquellos que conocen a Dios están preservados de los ataques del malvado, y no están ni siquiera sujetos al Destino. El conocimiento de Dios es religión.

[DE LACTANIUS: “DIVINE INSTITUTIONS”]



FIN DE LA OBRA